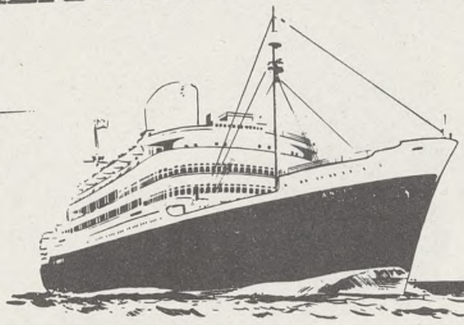
MUNDO HISPANICO



NUMERO 122
15 pesetas

LA MALA REAL INGLESA



Tres tipos diferentes de trasatlánticos con espléndidas acomodaciones de Primera, Segunda y Tercera clase, para dar satisfacción a todos los gustos y al alcance de todas las economías.

Salidas de: Vigo, Lisboa y Las Palmas para Recife (Pernambuco), Salvador (Bahía), Río de Janeiro, Santos, Montevideo y Buenos Aires.

PROXIMAS SALIDAS

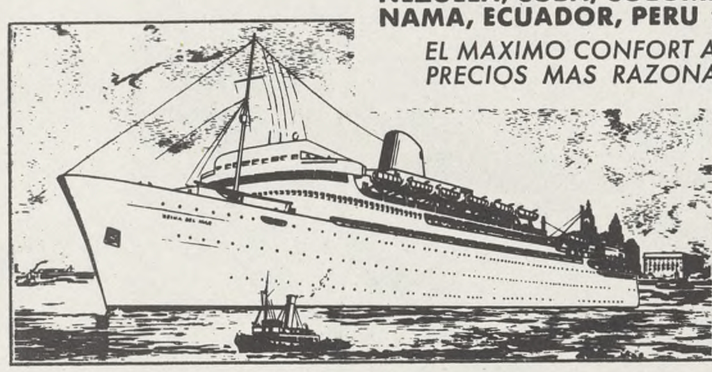
VAPOR	De VIGO	De LISBOA	De LAS PALMAS
Highland Brigade. . . .	6 de Mayo	7 de Mayo	9 de Mayo
Highland Chieftain. . . .	27 de Mayo	28 de Mayo	30 de Mayo
Highland Princess. . . .	17 de Junio	18 de Junio	20 de Junio
Highland Monarch. . . .	1 de Julio	2 de Julio	4 de Julio
Highland Brigade. . . .	22 de Julio	23 de Julio	25 de Julio

CIA. DEL PACIFICO

(PACIFIC STEAM NAVIGATION CO.)

Servicio regular de los grandes trasatlánticos "Reina del Pacífico" y "Reina del Mar", entre **ESPAÑA y VENEZUELA, CUBA, COLOMBIA, PANAMA, ECUADOR, PERU y CHILE**

EL MAXIMO CONFORT A LOS PRECIOS MAS RAZONABLES



PROXIMAS SALIDAS

"Reina del Pacífico"
De Santander: 13 de Julio
De La Coruña: 14 de Julio

"Reina del Mar"
De Santander: 25 de Mayo
De La Coruña: 26 de Mayo

Consulte a su Agencia de Viajes o a los AGENTES GENERALES PARA ESPAÑA

ESTANISLAO DURAN E HIJOS, S. A.

VIGO: Avenida Cánovas del Castillo, 3 - Teléfonos 1245 - 1246
MADRID: Pl. Cortes, 4 - Teléfonos 22·46·43 - 22·46·44 - 22·46·45

HIJOS DE BASTERRECHEA
Paseo de Pereda, 9 - SANTANDER

SOBRINOS DE JOSE PASTOR
Edificio Pastor: LA CORUÑA y VIGO

RETRATOS



ESTUDIO DE PINTURA DE

JOSE DEL PALACIO

Logramos de un mal retrato fotográfico un buen cuadro, al óleo, pastel o acuarela

MINIATURAS SOBRE MARFIL, PAISAJES, MARINAS, BODEGONES, COPIAS DE CUADROS DEL MUSEO DEL PRADO, RESTAURACION DE CUADROS Y CLASES DE DIBUJO Y PINTURA

VISITE NUESTRA EXPOSICION

PELIGROS, 2 — MADRID

NAVIERA AZNAR

SOCIEDAD ANONIMA

IBAÑEZ DE BILBAO, 2 :-: BILBAO

Dirección telegráfica: AZNARES, Bilbao - Teléf. 16920
Apartado núm. 13

LINEA DE CABOTAJE

Servicio regular semanal entre los puertos de Bilbao, Barcelona, escalas intermedias y regreso.

LINEA DE CENTROAMERICA

Con salidas mensuales desde España a los puertos de San Juan de Puerto Rico, La Guaira, Curaçao, Barranquilla, La Habana y Veracruz.

LINEA DE NORTEAMERICA

Con escalas en Filadelfia y Nueva York.

LINEA DE SUDAMERICA

Salidas regulares mensuales desde Bilbao, Gijón, Vigo y Lisboa, con destino a Montevideo y Buenos Aires.

TODOS LOS BUQUES DESTINADOS A ESTOS SERVICIOS ADMITEN PASAJEROS Y CARGA GENERAL

☆

PARA INFORMES SOBRE PASAJE Y ADMISION DE CARGA, DIRIGIRSE A LAS OFICINAS:

NAVIERA AZNAR, S. A.: Ibáñez de Bilbao, 2, BILBAO
LINEAS MARITIMAS: Plaza de Cánovas, 6 (bajos Hotel Palace) - Teléf. 21 30 67 - MADRID

MUNDO HISPÁNICO

LA REVISTA DE VEINTITRES PAISES

Director: JOAQUIN CAMPILLO
Director adjunto: MANUEL SUAREZ-CASO
Redactor-jefe: JOSE GARCIA NIETO

NUMERO 122 ☆ MAYO 1958 ☆ AÑO XI ☆ 15 PESETAS

Depósito legal M. 1034-1958.

SUMARIO

Colaboración artística: Iraola, Molina Sánchez, Lorenzo Goñi, José Fco. Aguirre, Eduardo Vicente y Daniel del Solar.

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION
Avenida de los Reyes Católicos
Ciudad Universitaria - Madrid

Teléfonos:

Redacción 57 32 10
Administración 57 03 12
Administración y Redacción. 24 91 23

Dirección postal para todos los servicios:
Apartado de Correos 245 - Madrid

EMPRESA DISTRIBUIDORA
Ediciones Iberoamericanas (E.I.S.A.).
Pizarro, 17 - Madrid

IMPRESORES
Tipografía y encuadernación: Editorial Magisterio Español, S. A. (Madrid). — Huecograbado y Offset: Heraclio Fournier, S. A. (Vitoria).

PRECIOS
Ejemplar: 15 pesetas. — Suscripción semestral: 85 pesetas. — Suscripción anual: 160 pesetas (5 dólares). — Suscripción por dos años: 270 pesetas (8,50 dólares).

ENTERED AS SECOND CLASS MATTER AT THE POST OFFICE AT NEW YORK. MONTHLY: 1958. NUMBER 122. ROIG, NEW YORK «MUNDO HISPANICO». SPANISH BOOKS, 576, 6th Ave. N. Y. C.

NUESTRA PORTADA



«Agua de la Fuentecilla» son las palabras con las que comienza una popularísima canción madrileña. Junto al brocal de esa fuente, enclavada en uno de los barrios más populares de la capital, aparece hoy, para nuestra portada, esta bella mujer madrileña, ataviada típicamente.





CIENTO CINCUENTA AÑOS: 1808 - 1958

El Dos de Mayo en la topografía madrileña

El Arco de Monteleón, reliquia máxima de la lucha contra el invasor

Del Madrid de 1808 al de 1958 van muchas cosas metidas en el tiempo. Muchos cambios. Muchas diferencias. Pero los lugares son los mismos. Y la gloria en ellos nacida, con el tiempo creció. La puerta del Parque de Monteleón, escenario de la epopeya, es hoy reliquia máxima de la lucha contra el invasor.

EL Madrid de 1808 es un gran pueblo de ciento sesenta mil habitantes. Está trabajando por ser la gran capital de España desde que los Austrias señalaron la ciudad geográficamente más central para que fuera corte. El Madrid de 1808 es una ciudad circundada por una endeble muralla—tapia, mejor—de ladrillo. Una tapia en la que se abren las cinco puertas que comunican a Madrid con el exterior: las de Alcalá, Atocha, antigua de Toledo, Segovia y San Fernando. Tiene además este Madrid doce portillos, que cada amanecer se abren para que vengan desde los pueblos vecinos los carros cargados de vituallas para la capital.

Pero el Madrid de 1808—este Madrid que se va haciendo capital poco a poco—está ocupado por las tropas francesas. A Madrid le han llovido, no del cielo, sino de Francia, sesenta mil vecinos más, sesenta mil soldados, que imponen la autoridad extranjera, frente a los ocho mil soldados españoles que tienen en Madrid su guarnición. Madrid está militarmente ocupado, estratégicamente dominado por las tropas francesas. En los cuarteles de la subida del Retiro se ha instalado la artillería de la Guardia Imperial, y en el gran parque de Madrid, en tiendas de campaña, han acabado de acoplarse las dotaciones artilleras; en los cuarteles del Pósito, al lado de Recoletos, han montado su guarnición la caballería de la Guardia, los mamelucos, los cazadores y los lanceros; el cuartel de la calle de Alcalá ha acogido—forzosamente—a los fusileros del coronel Friederichs, mientras que la Guardia Imperial de Marina ha sentado sus reales en el cuartel del Conde Duque. La topografía de Madrid se ha convertido en una lista de enclaves franceses. Franceses son los soldados que hay en los cuarteles del Soldado, Santa Bárbara, San Mateo, Inquisición, Prado Nuevo, Tesoro, San Nicolás, San Francisco y la Cebada. El



De nuevo vemos al fondo la puerta del Parque de Monteleón, el gran recinto artillero de aquel Madrid heroico. El tiempo ha sido impío con el lugar. Sólo la puerta ha quedado. Puerta de ejemplar y fecunda gloria, hoy en el centro de la recoleta plaza del Dos de Mayo.

En una ilustración de la época vemos el paseo del Prado, vasto escenario de la lucha. A Madrid le llovieron de pronto, sesenta mil vecinos, sesenta mil soldados franceses, que tratan de imponer su autoridad frente a los ocho mil soldados españoles que guarnecen la ciudad.



Dos de Mayo

EL PASEO DEL PRADO

general Cobert ha ocupado el convento de San Bernardino, en el que ha alojado sus cuatro regimientos de infantería y el batallón de irlandeses. Y fuera del recinto amurallado—Carabancheles, El Pardo, Casa de Campo...—también la topografía tiene nombres franceses.

Del Madrid de 1808 al Madrid de 1958 van muchas cosas metidas entre el tiempo, muchos cambios, muchas diferencias. Pero los lugares son los mismos, y la gloria en ellos nacida también con el tiempo creció. Porque en el Madrid de 1808 había muchos nombres franceses, pero todos fueron borrados por el temple único del pueblo español.

LA MAÑANA
DEL DOS DE MAYO

Hay un toque de campanas en aquel amanecer del 2 de mayo de 1808. Las campanas de la misa cotidiana, temprana. Hay un toque de tambores y cornetas en la diana cuartelera. Por puertas y portillos, recién abiertos, viene la caravana bulliciosa de quienes acuden a la capital a vender sus mercancías. Madrid se dispone a vivir un día más, un día como todos los que está pasando desde la aciaga fecha en que tropas francesas campean por la ciudad.

Son las siete de la mañana. Ante el Palacio Real hay dos carruajes detenidos. Algunas mujeres madrugadoras curiosean. A las ocho y media baja la reina de Etruria. Su Majestad, con sus hijos, el aya y un mayordomo, se instala en una de



La gran ciudad está llena de rincones, de casas y de calles que hace ciento cincuenta años fueron campo de dolor donde Madrid fué redimido. De personas humildes descendientes de aquellos famosos héroes del Dos de Mayo, que fueron auténtica admiración del mundo.

En la fotografía superior hemos visto el paseo del Prado campo de batalla. En ésta, el paseo del Prado en la actualidad. Campo de paz. Bellísimo campo de la aircsa geografía urbana donde está plantado el famoso, maravillosamente rico, Museo de Pinturas de Madrid.



«¡Traición, traición! ¡Se quieren llevar a los infantes!»

las carrozas. En la otra, algunos servidores. Parte la primera carroza, queda la segunda. ¿A quién se espera?

Y entonces—son las nueve de la mañana—un grito, una alarma. Un hombre cualquiera, un hombre del pueblo, un hombre de quien sabemos sólo que se llamaba José Blas Molina Soriano, cerrajero de profesión, ha dado la señal: «¡Traición, traición! ¡Se quieren llevar a los infantes!» En aquel momento comenzaba la más heroica gesta que jamás emprendiera el pueblo de Madrid.

Han comenzado a acudir hombres y mujeres. Han crecido los gritos, han aumentado las protestas. Ha llegado un piquete de soldados franceses; ha llegado un ayudante de campo del duque de Berg; y O'Farril ha increpado a la indignada multitud, que retrocede, que vacila, que pide la muerte de los soldados franceses. Y entonces el duque de Berg ha enviado al batallón de granaderos de la Guardia Imperial; han disparado sobre la multitud. Han caído diez españoles. La guerra, la guerra a muerte, ha comenzado. Ante el Palacio Real —primer nombre de este camino sangriento—se ha levantado el telón de la tragedia.

LA RESPUESTA DE UN PUEBLO

Ha corrido la noticia. Es todavía pequeño Madrid y en pocos minutos ha llegado hasta el último rincón como una llamada contra el invasor. Desde la Puerta del Sol y por las calles Mayor y del Arenal, camina la muchedumbre hacia Palacio. Ante el regio alcázar se ha congregado la multitud, portadora de cuchillos, escopetas, hoces, y busca al francés para luchar, porque ha llegado la hora de la sangre.

Desde Palacio la muchedumbre se dirige a la Puerta del Sol, mientras por las calles de Alcalá, Carretas y San Jerónimo llegan nuevos madrileños. Por el callejón de la Zarza apareció un pelotón de soldados franceses. La muchedumbre cargó sobre ellos y ninguno quedó en pie. A poco, por la calle de Alcalá, desembocaron en la Puerta del Sol dos mamelucos a caballo, portadores de partes militares, que la muchedumbre les arrebató, entre vituperios y amenazas. Llegados ambos a la calle de la Montera, salieron a galope, tras disparar sus pistolas sobre la gente. La persecución fué breve. Uno fué alcanzado y muerto en la Red de San Luis; en la calle de la Luna el otro. Las calles de Madrid comenzaban a formar un itinerario de sangre.

La lucha ha encendido Madrid por sus cuatro esquinas. Se lucha donde hay un francés; se combate en los barrios extremos y en las calles céntricas. Madrid se ha levantado. ¿Quién podrá detenerlo? Si hasta dos niños—el mayor tiene once años—han luchado a pedradas en la calle de Carretas con unos franceses hasta encontrar la muerte.

LOS LUGARES DE LA GUERRA

Palacio Real, calle del Arenal, calle Mayor, Puerta del Sol, Carretas, Montera, Red de San Luis... Madrid se va haciendo geografía de sangre. El Madrid de 1808 nos ha legado algo más que una gesta. Nos ha dejado esos lugares, sobre los que ni siquiera la modernización progresiva de la capital ha podido borrar las huellas de aquel día.

Otra vez el cerrajero Molina Soriano. El cerrajero ha comprendido que será difícil luchar contra los invasores si el pueblo no consigue armas. Y entonces, sin pensarlo quizá, y desde luego sin comprender el significado histórico de su decisión, hace el primer gran reclutamiento de defensores de la libertad. Se le ha ocurrido lanzar una consigna: «¡A por armas al Parque de Monteleón!» Y la muchedumbre marcha tras él: Monjas de Santa Clara, calle del Espejo, plazuela de Herradores, calle de las Hileras, Postigo de San Martín, Hita, Tudescos, Corredera de San Pablo, plazuela de San Ildefonso, Palma Alta, Maravillas: Parque de Monteleón.

Va a comenzar el segundo acto de la tragedia. El Parque de Monteleón es el gran recinto artillero de aquel Madrid. El tiempo ha sido impío con aquel lugar. Sólo la puerta nos ha quedado, puerta para que entre ancha y fecunda la gloria.

Parque de Monteleón. En el Parque de Monteleón se salvó Madrid quizá para siempre. En el Parque de Monteleón se jugó a muerte la voluntad de un pueblo que no quería morir. Que no murió. Dar nombres—sacar listas de los archivos, de los libros que guardan la Historia—no es sino empequeñecer la verdad. Decir Daoíz, Velarde, Ruiz, Manuela Malasaña, Clara del Rey, Manuel González Blanco, Benita Pastrana, María Beano, es nombrar unos héroes de un pueblo de héroes. En el Parque de Monteleón—la más singular reliquia de aquel Dos de Mayo—hay todo un pueblo anónimo, ignorado, luchando por su libertad. En Monteleón se ha escrito la más asombrosa, la más desgarradora página de la historia de Madrid.

LOS LUGARES HOY

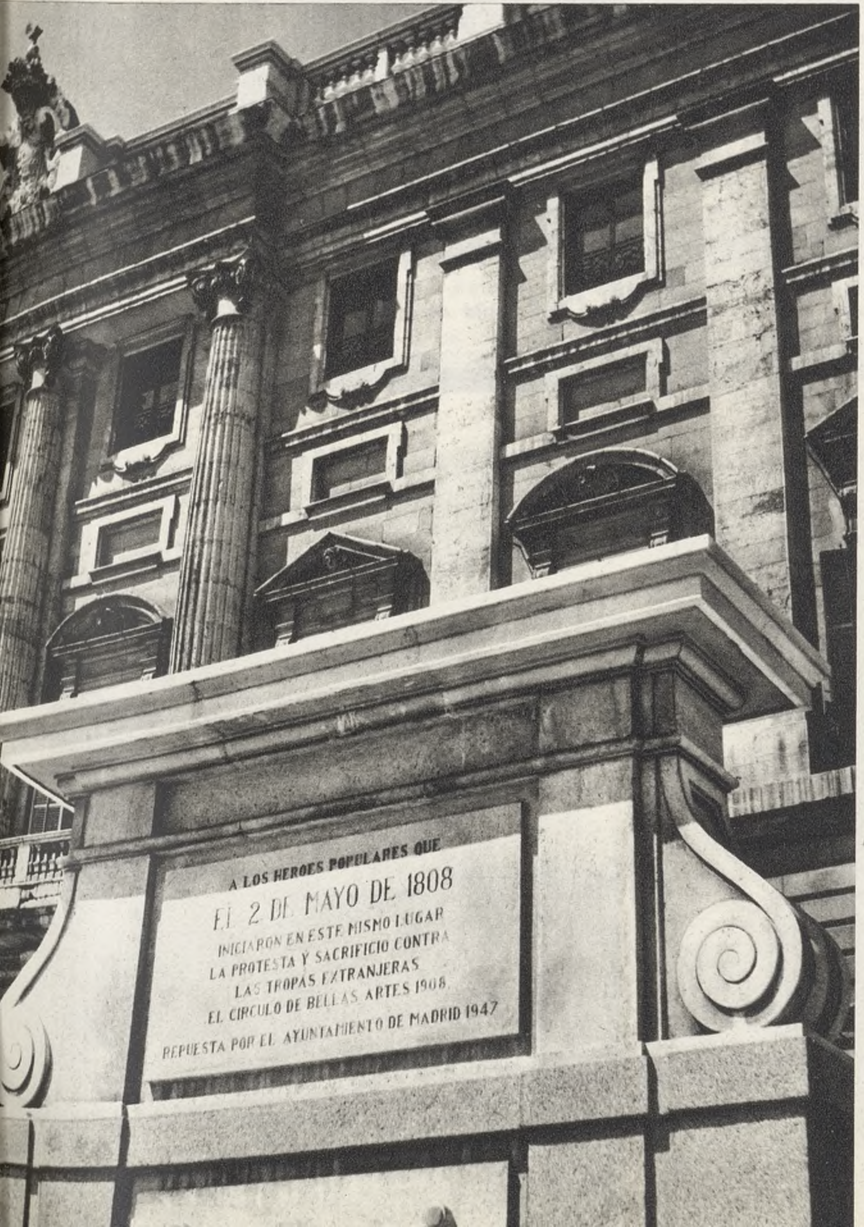
El Madrid de 1808 es un gran pueblo de ciento sesenta mil habitantes. El Madrid de 1958 es una gran capital de dos millones de habitantes. El tiempo, mudador de todas las cosas, ha cambiado a Madrid y ha cambiado los lugares de la gesta. Por la calle de Alcalá no baja la caballería francesa ni en el Parque de Monteleón hay un arsenal, ni siquiera parque. Hace ciento cincuenta años que el príncipe Joaquín Murat escribía: «La sangre francesa y española se ha derramado hoy en la villa de Madrid.» Hoy, los lugares donde aquella sangre fué derramada apenas dicen nada al viajero que, indiferente, por ellos pasa. Nada dice hoy la Puerta del Sol, la calle de San Bernardo, la plaza de Palacio, Monteleón. Pero allí se hizo historia. No basta un recuerdo piadoso, una memoria de simple calendario. Como tampoco basta—ni es necesario—un monumento, un obelisco, una placa. El Dos de Mayo de Madrid tiene su mejor monumento, su recuerdo mejor, no transitorio, no perecedero, en la sangre de un pueblo por el pueblo vertida. Aunque nada nos digan los lugares de la tragedia en este Madrid de 1958, cuando el gran pueblo de ciento sesenta mil habitantes se ha convertido en la gran ciudad de dos millones de personas. Pero la gran ciudad está llena de rincones, de casas y de calles que fueron admiración del mundo. Rincones, casas y calles que recorremos todos los días sin pensar que hace ciento cincuenta años fueron campo de dolor donde Madrid fué redimido.

PEDRO BARCELO



FRENTE A PALACIO

Ante el Palacio Real, en la mañana del 2 de mayo, hay dos carruajes detenidos. Alrededor, algunos curiosos. A las ocho y media baja la reina con sus hijos, el aya y un mayordomo, y se instala en una de las carrozas. En la otra, unos servidores. El grupo de curiosos es ya numeroso. Parte una de las carrozas. De pronto, un grito. Un hombre del pueblo es quien da la señal: «¡Traición, traición! ¡Se quieren llevar a los infantes!» Grito que inicia la más heroica gesta del pueblo de Madrid. Con un grabado de la época, damos aquí dos fotos actuales de la plaza de Oriente: una vista general, con el Palacio al fondo, y la lápida que conmemora el lugar exacto donde dió comienzo el alzamiento.





La Antártida

Ha terminado la epopeya del casquete polar del sur

El fabuloso continente de que hablaban los geógrafos medievales como de una «terra australia nondum cognita» ha dejado de ser una fábula para convertirse en una realidad. Una realidad de 15 millones de kilómetros cuadrados de tierra rocosa recubierta por un edredón de hielo que alcanza en algunos puntos los 3.000 metros de espesor. Junto al helado mar de Ross, el único volcán activo de estas tierras, el «Monte Erebus», destrenza su larga cabellera de humo; otras montañas cubren con su negro casquete de lava sus entrañas estériles. La auténtica tierra de nadie, el séptimo y último continente y el primero que el hombre ha descubierto realmente—América había sido descubierta por «otros» hombres antes de que llegasen las carabelas españolas—, el desierto del hielo y del silencio, el reino de los vientos y tormentas mayores del mundo, la tierra que ha esperado al hombre en silencio durante miles de años y que durante dos siglos se ha resistido tenazmente a admitirlos, la Antártida, ha sido vencida. La hazaña del doctor Fuchs cruzando de costa a costa el continente ha puesto punto final a la epopeya.

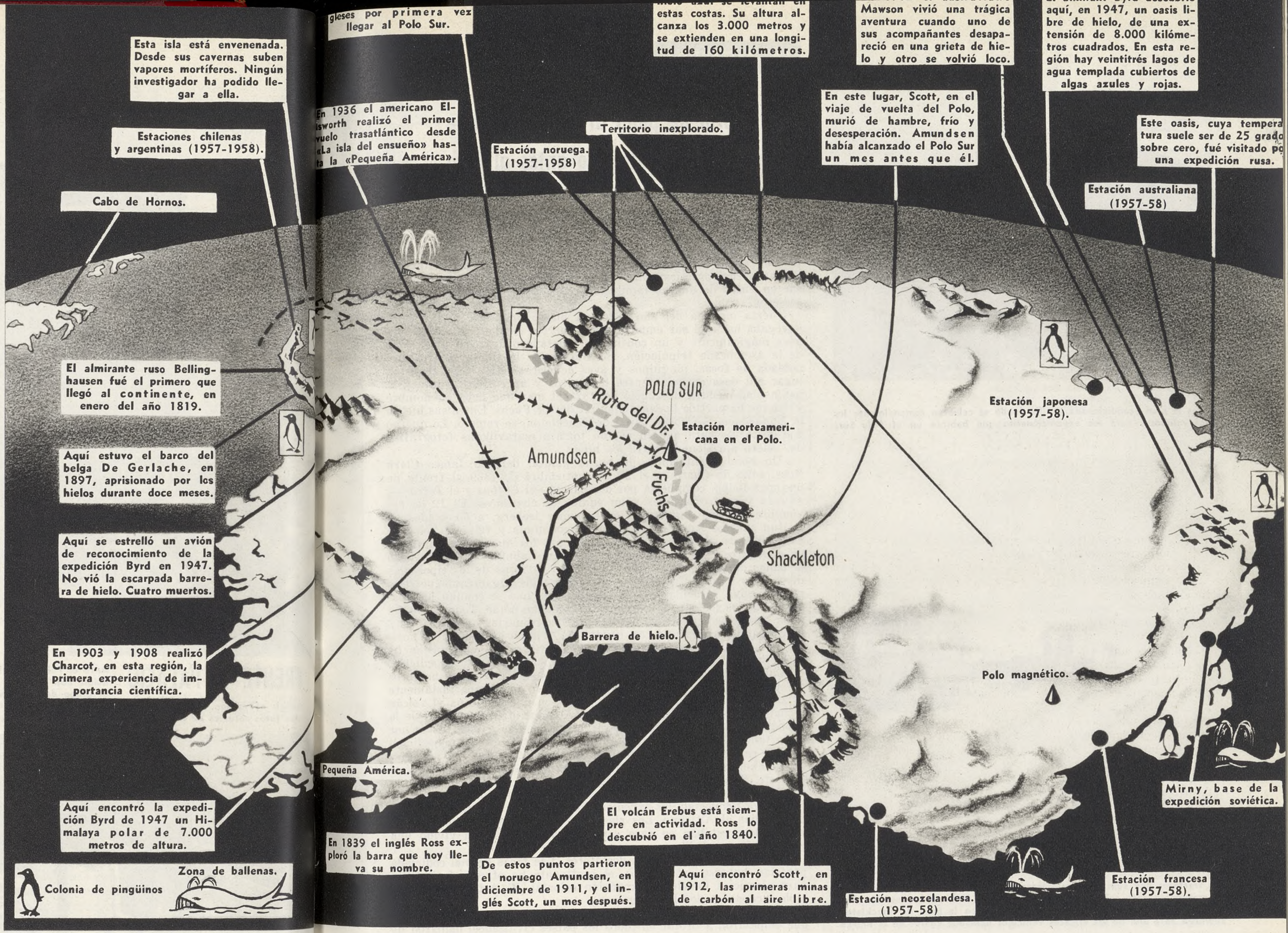
Sin embargo, sólo desde hace pocos años ha instalado el hombre allí residencias permanentes. Las condiciones de vida en muchas de ellas no son fáciles. Pero ¿acaso es fácil la vida en las grandes ciudades? En ocho horas se puede llegar, volando, al Polo austral, allí adonde Scott llegó tras mil fatigas para descubrir que otro lo había hecho antes que él. El hombre desafía el invierno polar, las temperaturas más bajas registradas en la superficie terrestre. Los tractores de Fuchs vencen lo que no pudieron vencer los perros esquimales y los caballos siberianos. El «desierto del hambre» de que hablara Shackleton es un lugar donde se pueden comer ocasionalmente buenas tartas rociadas con champaña. El hombre rastrea el pulso magnético de la tierra y logra cazarlo, aunque, como el de todo ser vivo, ese pulso se desvía año por año. Los norteamericanos instalan una base en el Polo y los rusos otra en el geomagnético. Los dos grandes colosos, ¿librarán la batalla en el séptimo continente? ¿Encierra la Antártida yacimientos de uranio? ¿Qué hay de la internacionalización? ¿Se impedirá la militarización del continente.

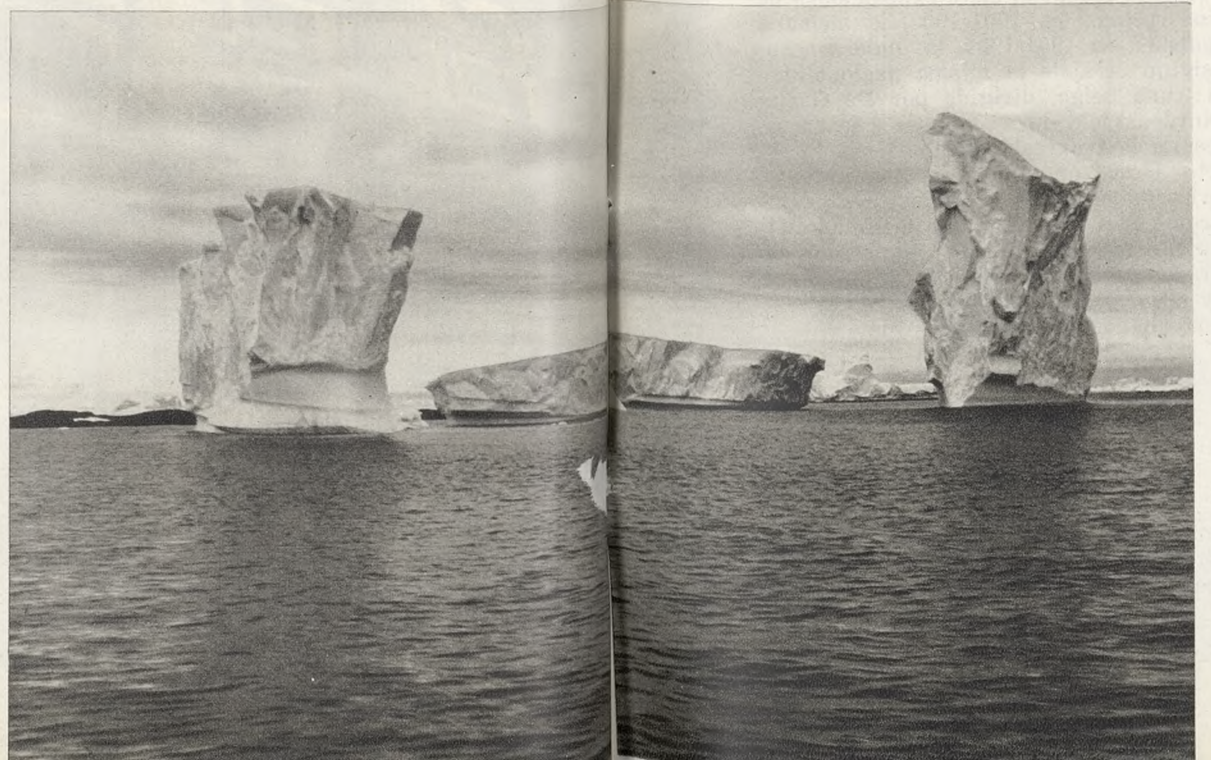
Un pasado, un presente, un porvenir. Cuando el 2 de marzo de 1958, a la una cuarenta y siete minutos de la tarde, el doctor Fuchs llegó a la base Scott, junto al mar de Ross, después de cruzar en noventa y nueve días el continente, el último enigma terrestre acababa de ser vencido. La esfinge de hielo no devorará más hombres. La epopeya ha terminado.

La sirena del Sur

Desde que el capitán Cook acaudilló la primera expedición científica a las tierras heladas del Sur, hasta que el doctor Fuchs llegó en un día de increíble belleza al mar de Ross, han pasado casi dos siglos. Dos siglos de lucha, heroísmo y obstinación. Pero mucho antes que Cook, atrevidos navegantes y codiciosos balleneros se habían aventurado con frecuencia por los mares australes, entre borrascas e icebergs. Españoles y portugueses fueron los primeros, tras el descubrimiento de América, que, doblando el cabo de Hornos, sospecharon la existencia de un continente separado de cualquier tierra conocida, al cual habría que llegar cruzando mares peligrosos.

Fué un mercader inglés, Anthony de la Roche, el primero en añadir a los mapas, en 1675, una isla subantártica, South Georgia. Otros les siguen sus huellas y descubren, bautizan y reclaman para su país de origen nuevas islas. Deli-









Esta es la bien acondicionada capilla donde se celebran semanalmente los cultos religiosos para los expedicionarios que habitan en el Polo Sur.



Los tractores hoy suplen ventajosamente a los trineos en los transportes de material pesado sobre la helada superficie. Abajo: Algunos miembros del equipo expedicionario de Nueva Zelanda, en la base de Shackleton, aparecen ante uno de los eficaces vehículos llamados «gatos de la nieve».



LA ANTARTIDA

Scott murió de pena al comprobar que Amundsen había llegado antes al Polo

ciosos grabados en color dan testimonio de lo que fué el viaje de Cook cuando, en 1775, después de explorar el Atlántico y el Pacífico, cruzó, con su velero *Resolution*, el círculo polar antártico, y tomó posesión formalmente, en nombre de su soberano, de South Georgia. La isla resultó ser una mina para los cazadores de focas. Pero como acabaran casi prácticamente con ellas, fué preciso ir más hacia el sur en busca de nuevas familias. Y así los descubrimientos se sucedieron.

Cierta mañana del año 1820, un buque británico, el *Williams*, navegaba hacia el sur empujado por fuertes vientos; la niebla rasgóse mágicamente y un continente montañoso apareció a los ojos de la asombrada tripulación. Se trataba de la tierra de Graham, poblada de focas, pingüinos y aves acuáticas. Más tarde tendrían lugar allí desavenencias entre británicos y argentinos. Junto a la península, Weddell descubrió en 1823 el mar que lleva su nombre y del que ha partido la expedición del doctor Fuchs. Entre sus hielos, la *Endurance*, el famoso barco de Shackleton, se rompió. Lo que no fué obstáculo para que su patrón tomara maravillosas fotografías del velero aprisionado entre los hielos.

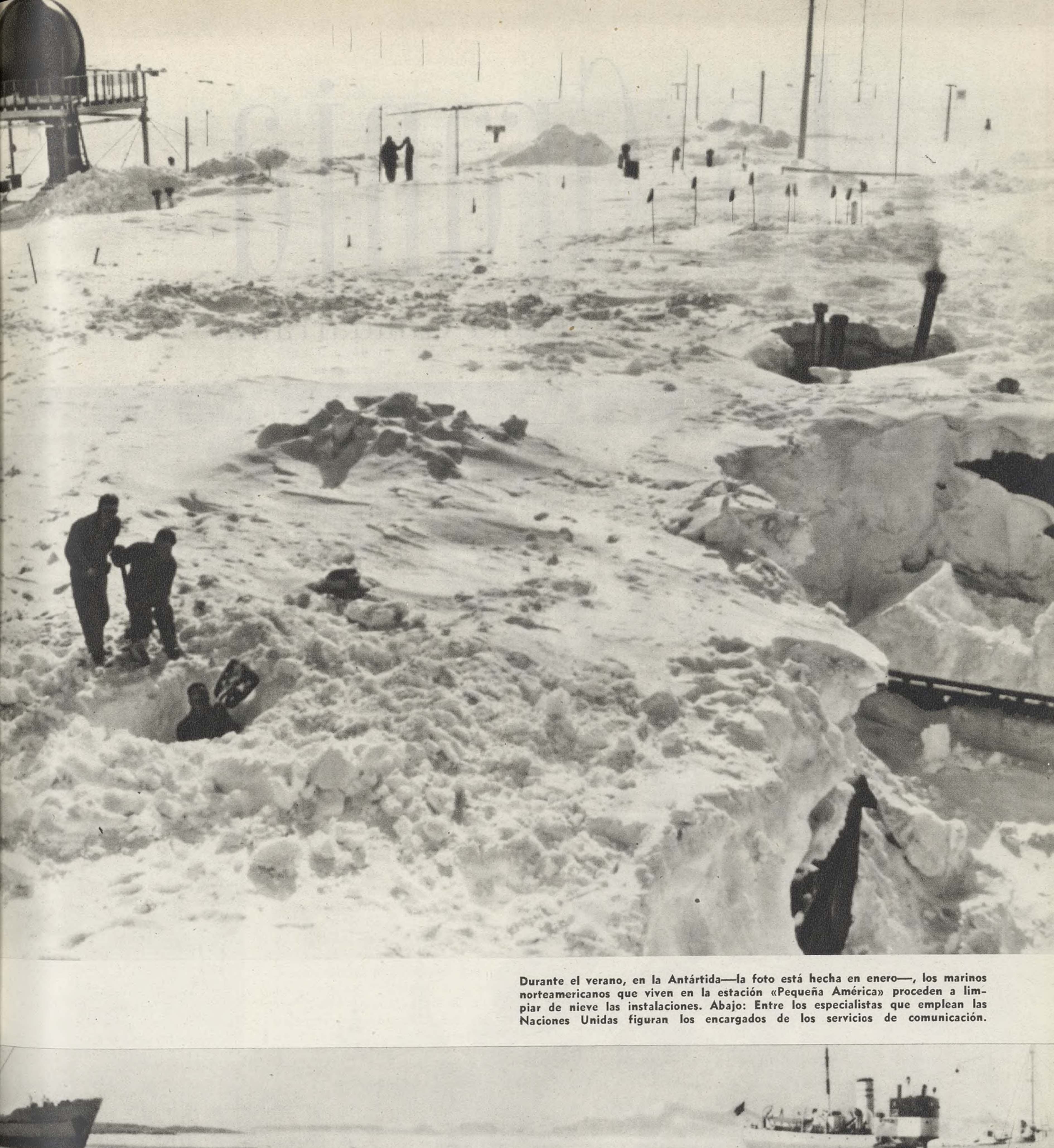
Un hombre intrépido, de buena planta, llamado James Clark Ross, salió de Chatham el 25 de septiembre de 1839 al frente de una expedición, compuesta por dos barcos—el *Erebus* y el *Terror*—, sesenta y cuatro oficiales y un equipo de científicos. El 12 de noviembre del año siguiente vió el primer iceberg, a 63 grados de latitud sur. Le llamó la atención la monotonía y falta de color de estos bloques flotantes, en contraste con los que había admirado en el Artico, y su forma, no en pico, sino tabular. En enero llegó al banco de hielo; había allí un ejército de focas de los tipos más diversos y pájaros acuáticos, entre ellos los gigantescos petreles negros, cuya voracidad era tan desmedida, que se comían los cuadernos de los zoólogos mientras éstos tomaban notas. Todo resultaba para los expedicionarios de Ross extraordinario y maravilloso; pero cuando, avanzando con los trineos, vieron alzarse en el horizonte las altas montañas de una nueva tierra, su entusiasmo no tuvo límites. Como el Almirantazgo había pagado la expedición, el capitán Ross bautizó los picos más importantes con los nombres de sus superiores; se reservó para sí el mar que estaba justamente a la otra cara del de Weddell y la isla en que humeaba el volcán —mar de Ross, isla de Ross—, dejando a los otros miembros de la expedición el consuelo de bautizar cabos, bahías e islas de menor importancia: cabo Crozier, bahía de MacMurdo, etc. La expedición llevó a cabo un cometido científico muy importante, con sondajes del océano, estudios hidrográficos y magnéticos, y, en suma, fué el «Abrete, Sésamo», del continente. Cuando tras cuatro años de ausencia, y después de haber chocado los dos buques en una noche de fantástica tempestad, los expedicionarios llegaron a Inglaterra. Ross dió gracias al Altísimo. Los riesgos y penalidades no habían escaseado, pero estaban en casa sanos y salvos y habían vivido una experiencia maravillosa.

Hubo luego una época de desinterés. Las focas de piel codiciada parecían haberse extinguido; el continente no ofrecía facilidades para ejercicios navales o expansión colonial. El Artico, más accesible, acaparó todos los esfuerzos.

Sin embargo, hacia el final del XIX, las sociedades geográficas, que empezaron a brotar en todos los países civilizados, llamaron de nuevo la atención sobre el continente antártico. Entre finales del siglo XIX y comienzos de la presente centuria, siete expediciones de distintos países llegaron a sus costas: en 1901-1903, la alemana dirigida por el profesor Drygalski; en 1901-1904, la inglesa acaudillada por Scott, a la que siguió otra de la misma nacionalidad encabezada por Borchgrevink; una belga, dirigida por De Garlache, es de la misma época; Nordenskjold dió el nombre a la sueca, y Charcot, que volvió dos veces, a la francesa, mientras que la escocesa fué presidida por el doctor Bruce, que dejó a súbditos argentinos encargados del observatorio instalado en la península de Graham. Tres nombres destacan como tres luminarias en los años difíciles de la conquista: el de Amundsen, noruego, que alcanzó el Polo en 1911; el de Scott, que pereció después de haberlo alcanzado, a principios del año siguiente, y el de Shackleton, que intentó cruzar por dos veces la Antártida derrochando sobrehumano valor.

La tragedia de Scott

Vive o vivía hasta hace muy poco uno de los compañeros de Scott, sir Edward Evans, el último hombre que vió vivo al intrépido explorador. «No recuerdo—dice Evans—haber conocido a otro hombre más inteligente. Robert Falcon Scott era una personalidad completa: un brillante oficial de Marina, *(Pasa a la pág. 51.)*



Durante el verano, en la Antártida—la foto está hecha en enero—, los marinos norteamericanos que viven en la estación «Pequeña América» proceden a limpiar de nieve las instalaciones. Abajo: Entre los especialistas que emplean las Naciones Unidas figuran los encargados de los servicios de comunicación.



La Granja

Un Olimpo al pie del Guadarrama

POR

LUIS G. DE CANDAMO



ENTRE los Sitios Reales en que la corte de España solía establecer sus jornadas durante ciertas temporadas del año, sujetas a un preciso protocolo, La Granja de San Ildefonso es posiblemente el que nos ofrece más curiosos contrastes.

Sobre el cielo castellano, zarco y limpio, destaca la silueta impresionante del pico de Peñalara. Reverbera el sol en sus neveros y los nubarrones plomizos se enganchan en los últimos roquedales de las cumbres. Las albas cigüeñas atisban desde la torre de la Colegiata y dominan con su ojo perspicaz las praderas en que florecen las manzanillas de pétalos blancos. He aquí un escenario de alta montaña, de pergeño silvestre, en el que no parece fácil concebir las ficciones bucólicas de un jardín barroco.

Sin embargo, lo imprevisto del Real Sitio de San Ildefonso estriba precisamente en el vigoroso orden natural que encuadra sus caprichos bucólicos y mitológicos, la bravura paisajista que sirve de contraste a las fuentes y a los parterres. Por eso resulta necesario desbaratar el primer tópico que suele aplicarse al regio conjunto de La Granja y que entraña su comparación con Versalles. Nada puede resultar semejante entre el castillo de los Luises emplazado en la llanura de la Isla de Francia y este caprichoso palacio español, inserto en el Guadarrama y a cuyas lindes alcanzan los mastines de los rebaños armados de sus carlancas contra el lobo.

El ritmo dieciochesco

La cortesanía del siglo XVIII estableció en La Granja los mismos ritmos que se habían empleado en el parque Boboli, de Florencia, o en Versalles, pero todo este artificioso Olimpo no tiene otro propósito que el puramente espectacular. El que visita La Granja puede pensar equivocadamente en el sensualismo de unos reyes capaces de trazar este refinado escenario para sus orgías. No hay en ello nada de cierto, y me parece lo más próximo a la verdad la justificación que expone un viejo historiador del Real Sitio cuando explica el propósito de Felipe V, este Borbón con tanta melancólica sangre de los Austrias en sus venas, de alzar un palacio, después de la paz de Utrecht, en La Granja de San Ildefonso. Este propósito, como se verá, es idéntico al que movió a Felipe II a levantar El Escorial. «Más que todo—dice Martín Sedeño—, su tímida conciencia de buen padre, con que deseaba ofrecer al Señor holocaustos por los defectos suyos y de sus amados súbditos los





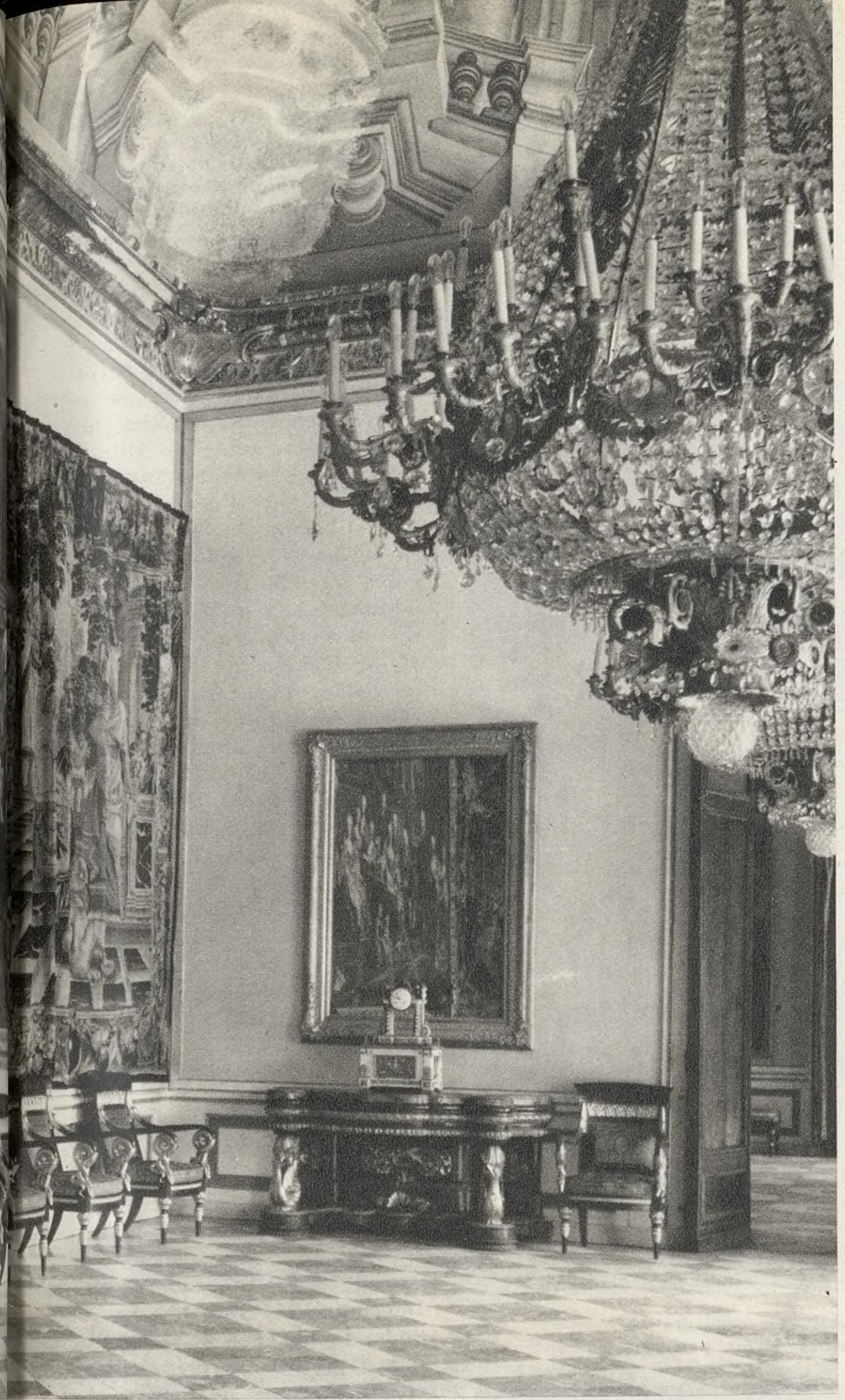
El rey Felipe V de Borbón, pintado por Ranc. Abajo: Isabel de Farnesio, segunda mujer de Felipe V, y su hijo Carlos III antes de partir para Nápoles.







Salón del trono del Palacio Real de La Granja. Y en él el famoso cuadro «La familia de Felipe V», por el francés Luis Miguel Vanloo, primer pintor de cámara.



Abajo: El «refugio que alzara Felipe V en el Real Sitio para su misticismo y su melancolía» está enriquecido con una excepcional colección de tapices.





La Granja

españoles, le movieron a echar los cimientos al altar y casa dentro de la cual, según las disposiciones de su espíritu, pensó entregarse a Dios en perpetuo sacrificio.»

Biografía de la obra

Esta razón mística había contribuído a elegir el emplazamiento del Real Sitio en este paraje donde Enrique IV, a mediados del siglo XV, erigió una ermita a San Ildefonso por haberle librado del ataque de un jabalí durante una jornada de caza. Los Reyes Católicos donaron la ermita a los monjes jerónimos del Parral, y ellos construyeron la hospedería que fué origen de La Granja. Felipe V compró a la comunidad y a la ciudad de Segovia gran parte de los montes de Balsaín. Las obras comienzan en abril de 1721 y se bendice el palacio el 27 de julio de 1723. Un año más tarde se produce la abdicación de Felipe V en su hijo Luis I. El decreto fué expedido en La Granja, y el monarca sólo se reserva para él y la reina el Real Sitio, con una cantidad para su sostenimiento y poder terminar los jardines.

Nadie puede evadirse de las influencias que predominan en su tiempo, y Felipe V, rey del barroco, tiene que forjar el refugio para su misticismo y su melancolía dentro del orden barroco. En este sentido no existe un ejemplo más definido de jardinería dieciochesca que este conjunto de escenarios vegetales, ante los que se desarrollan las fábulas mitológicas de las fuentes.

Fábula de Fuentes

Estos escenarios son: la Cascada Nueva, con la fuente de Las Tres Gracias, la de Anfitrite y el delicioso templete de color rosa de la cima, contemplado desde el gran balcón de la fachada principal; la Carrera de Caballos, con las fuentes de Neptuno y de Apolo, y otras secundarias, que llevan como remate el grupo de Andrómeda; la fuente de la Selva, contemplada desde el puente, sobre la ría, frente al bosquecillo del Nocturnal; las fuentes del Canastillo y, sobre todo, las de la Fama y las de Diana.

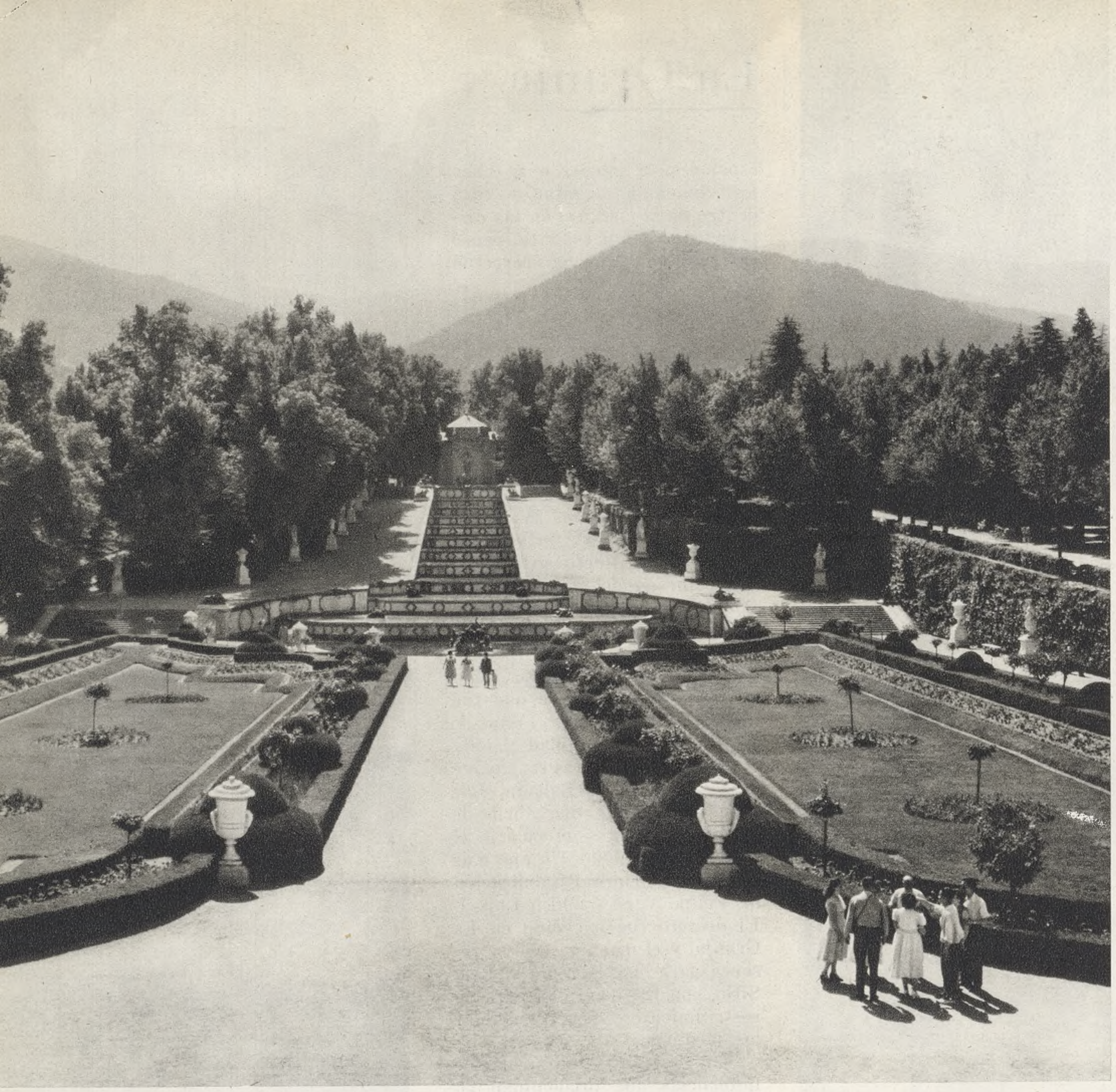
Los argumentos de todas ellas son las leyendas mitológicas. La de Diana representa la historia del cazador Acteón, que sorprendió a la diosa cuando se solaza-



En el escenario de montaña sorprende el hallazgo de un jardín barroco.



Resulta un tópico comparar La Granja con Versalles. Y poco puede haber semejante en el castillo de los Luises, emplazado en la llanura de la Isla de Francia, y este caprichoso palacio español, a la vera del Guadarrama.



Lo imprevisto del Real Sitio de San Ildefonso estriba en el vigoroso orden natural que encuadra sus caprichos bucólicos y mitológicos; la bravura del paisaje contrasta con las fuentes y los parterres.

VERDUGO



CIFRA

ba en el baño con sus ninfas y fué convertido en ciervo por la cruel deidad y perseguido y devorado por sus propios perros. Ante la de Andrómeda se recuerda que esta princesa, hija de Casiopea, reina de Etiopía, se hizo objeto de las furias de Juno por haber competido con ella en belleza. La terrible esposa de Júpiter envió para castigarla un monstruo marino que devastase sus reinos. Los consternados etíopes no discurrieron mejor recurso que sujetar a la doncella a una roca batida por el mar para que el dragón la devorase. Perseo, prendado de ella, inmovilizó a la bestia mostrándole la cabeza de Medusa, y le dió muerte con la espada.

La fuente de las Ranas representa la cólera de otra diosa, Latona, que convirtió en ranas a los labradores que no quisieron apagar su sed cuando huía con sus hijos Apolo y Diana de las iras de Juno.

Los artífices

Para componer estos escenarios mitológicos, Felipe V trajo un equipo de escultores formados en la gran escuela de Versalles, y entre los que destacaban Carlier, Fremin, Thierri, Demaudré y Pitué. Los grupos de las fuentes son de plomo fundido y pintado de color de bronce. El marqués de Lozoya sale al paso, muy acertadamente, de los que achacan a estas obras un escaso mérito artístico. «En realidad—dice—, nada se pudiera imaginar tan de acuerdo con el fin para el que fueron labradas. Sobre el fondo del follaje, las diosas y las ninfas de mármol destacan con gracia incomparable, llenas de gentileza, y, en semejante lugar, las obras de los cinceles más famosos no causarían mejor efecto. Es la subordinación de los artistas al plan general del conjunto lo que originó en los siglos pasados semejantes aciertos. En cuanto a los grupos de las fuentes, son un prodigio de movimiento y de expresión. En toda la imaginería barroca, pocas creaciones pueden encontrarse que superen en dinamismo a aquel carro de Neptuno en el cual el dios, sus tritones, sus nereidas y sus caballos marinos se agitan como las llamas de una hoguera impulsadas por el viento.

Un gesto fatigado y melancólico de la mano del rey Felipe V sería suficiente para desencadenar el asombroso espectáculo mitológico.

Fotos en color: VERDUGO









CANTO

¡A Bolívar mi canto,
al que sembró luceros,
al poético soldado
que interpretó la angustia
del gran dolor humano!

En una ruta larga de silencio
meditaste, ¡oh Bolívar,
hablando con los astros!

Cuando, alzando los brazos
hacia los nubarrones tempestuosos,
invocaba tu espíritu al arcano...,
con un fulgor de púrpura en el cielo,
las nubes te ofrendaron un airón de relámpagos
para armarte soldado y caballero.

La luna de los sueños
ciñó el casco en tu frente,
las cumbres te invitaron su cimera
y tú ardiste en un fuego sacrosanto
que impetuoso corría por tus venas.

Una cruz sobre el mármol de tu frente
signaron cuatro estrellas.

Desafiando al acaso de la suerte
con ímpetu bravío,
tu férrea voluntad templó su acero
con el rayo tremante de la idea
y en ti despertó el genio. A tu presencia
temblaron las estrellas en el cielo.

Ardió la tempestad bajo los cielos.
y empuñando la espada,
airado te lanzaste como un rayo.
entre los torbellinos de la guerra.

Al clamor de los pueblos oprimidos
tu espada fulguró. Te abriste paso
y luchaste y venciste, caballero.

Siete generaciones vascongadas
dejaron su calor en tus arterias.
Siete ríos azules remataron
sus torrentes de luz entre tus venas;
dulces evocaciones circundaron
tu soledad de flores y quimeras
besándote en la frente inmaculada,
yendo a buscarte hasta lejanas tierras.

Después, en Santa Marta,
en la quinta San Pedro Alejandrino,
con la gloria a tus pies como una lámpara,
y entre un tierno evocar de horas distantes,
soñaste a media luz, en tus desvelos,
en todo el esplendor de tus hazañas
y en la triste agonía de tus sueños.

Allá mismo, ¡oh Bolívar,
genio noble y austero que luchaste imponente,
al fulgor de tu espada
con flamígero verbo;

A BOLIVAR

tú, el militar de corazón magnánimo
y visión luminosa del futuro,
hallábaste rendido,
después de heroicas proezas,
en los pueblos de América!

Hasta hoy, diáfana y pura,
en las orillas cálidas del Guaire
vaga tu infancia, y tus palabras sobrias
se oyen en el rumor del agua clara
y simbólicamente
arden fraguas de luz en Occidente.

Cinco naciones te bendicen ahora,
que justicia y piedad fueron contigo
enarbolando sus banderas blancas
en todos los caminos recorridos.

Tu gloria es tan inmensa,
que resplandece sobre las altivas
cumbres nevadas de la cordillera
de los Andes ciclópeos:
monumentos de siglos y milenios
que por Dios mismo fueron esculpidos.

Tu audacia de relámpago, tus sueños
de libertad, más grande que esas cimas,
han de magnificarte agigantado
tus épicas proezas diamantinas,
y tu discurso fulgurante
en el gran Chimborazo
perpetuará tu nombre y tu memoria
desde el amanecer hasta el ocaso.

Cinco repúblicas bendicen
el fulgor de tu espada redentora
que te ciñó imponente
las coronas triunfales de la gloria...
De evo en evo, en tumulto,
la humanidad emocionada
exaltará su gratitud profunda
de epifánica lumbre eternizada.
La patria de tu nombre,
que amó tu corazón, mantendrá incólume
tus nobles ideales, tus audacias
de guerrero y de mártir en la Historia.

¡En el cosmos, tu espíritu latente
lampos de luz irradia
en las constelaciones refulgentes!

Soñador de los sueños inmortales,
la libertad de América quisiste,
tornaste en realidad esos anhelos.
¡Qué humano y qué divino,
cual Don Quijote aventurero fuiste!

¡Gloria a ti, gran guerrero,
romántico soldado,
cruzado del ensueño!
¡Gloria a tu genio austero,
luchador imponente,
incansable, invencible hasta la muerte!

MARÍA QUIROGA VARGAS







Madrid visto por un catalán

Cuando se ha mirado mucho y a todas horas y desde varios talantes un paisaje—tanto da que sea de dentro o de fuera de nuestro espíritu—, es saludable contrastar la opinión propia con la de unos ojos o una mente nueva libre de prejuicios, asomados por primera vez al horizonte que ya es tópico en nosotros.

Lo que en español entendemos por «saber de memoria» es en francés «saber de corazón». No les falta en la expresión a nuestros vecinos su carga de acierto. Aun nuestra propia palabra «recordar» viene a decir lo mismo: traer de nuevo al corazón. Porque es precisamente el colorido sentimental que acompaña al recuerdo, al surgir una y otra vez en presencia de las mismas cosas, lo que nos puede hacer dudar de la objetividad de lo que vemos. Lo que nos hace pensar, en momentos de reflexión, que tal vez la literatura, la carga afectiva o la costumbre nos está mixtificando la verdad que yace ahí, ante nosotros, y nos la empañan y adulteran, como el tiempo y el polvo empañan los viejos óleos, escamoteando la viveza del color y la nitidez del dibujo.

Todo esto, que puede aparecer como una divagación extemporánea, viene a cuento de unos dibujos de rincones madrileños realizados por Ernesto Ibáñez y que el lector está viendo en estas páginas. Ernesto Ibáñez es un joven pintor catalán, de Lérida. Hasta hace unos meses, que llegó a Madrid en una rápida y evidentemente fructuosa visita, no conocía la capital de España. Tal vez porque era algo al alcance de la mano, había ido dejando para mañana su contacto con la Villa y Corte, viajando antes incansablemente por su región y más arriba de los Pirineos.

Y he aquí que llega a Madrid. Y lo descubre. No sólo para sí mismo, sino para confirmación de otros. Con estas sus versiones de paisajes madrileños nos confirma Ernesto Ibáñez en que, a pesar de todo, a pesar de la costumbre, a pesar de la literatura, Madrid es eso que sentimos y vemos y definimos cuando queremos decir a los demás qué es Madrid.

El Madrid que ha visto y captado este pintor catalán en su primera ojeada es el Madrid esencial que creemos ver los que lo vemos a diario. Lo que, a la vez que nos asegura que no estamos viendo visiones cuando creemos conocer a Madrid y que la costumbre aun no nos ha velado el trasfondo metafísico de la ciudad entrañable, habla del acierto y la intuición del artista, que ha logrado captar la realidad radical al primer intento.

La obra de Ernesto Ibáñez, de la que ofrecemos en estas páginas una reducida muestra, es de una indiscutible calidad artística. Buceador inquieto, el pintor ha ido pasando en pocos años por una evolución urgida desde dentro, tentando todos los caminos y modos de la pintura de hoy en busca de «su» manera...

Hoy, Ernesto Ibáñez inicia una vuelta a lo figurativo que tiene toda la sencillez expresiva de quien, paso a paso y sincronizando su propia evolución con la metamorfosis de los últimos lustros de la pintura, ha cruzado con fruto, y sacando todas las lecciones que podían ofrecerle, las fases del puro color y de las simplificaciones abstractas.

J. C.













MADRID: genio y figura

Texto: MANUEL F. DELGADO MARIN-BALDO
Ilustraciones: EDUARDO VICENTE

Hay un cuento de Azorín en que el único personaje, un escritor, enloquece, desesperado, porque, al ensayar nuevas fórmulas literarias juzgadas más perfectas, ha olvidado la suya propia, que le granjeara la devoción del público.

Con mejor suerte que el personaje azoriniano, Madrid ha logrado hallar su fórmula perdida...

¿Cómo os lo explicaré? No creo posible más que sugerirlo, y aun temo que sólo para aquellos que conocen Madrid desde hace bastantes años. Por lo menos, en mí ha surgido la idea barajando recuerdos de una serie cuyos extremos distan, casi justo, un cuarto de siglo.

Ahora, en persecución de mi idea fugitiva, tengo que abrirme paso a través de una fronda de imágenes y—lo que obstaculiza más





aún—entre una maleza sentimental de nostalgias. Desde—incipiente otoño de 1929—aquel primer itinerario madrileño, en que Neptuno y la Cibeles me producían, al conocerlos en la realidad, una curiosa y placentera sensación de vistas estereoscópicas, mientras rodábamos en el simón alquilado por la certera solicitud paterna, hasta—1953—el recuerdo próximo de primavera tardía, saboreada al margen de unas oposiciones y en distanciado suplemento del viaje nupcial, de codos al balcón de un cuarto piso de la calle de Hermanos Miralles, asomado a la clausura de un apacible huerto conventual...

Tarea difícil abrirle paso al intelecto por esta lujuriante selva de rememoraciones. Aunque de ellas se haya originado precisamente la idea de una fórmula perdida y reencontrada.

Sucede con frecuencia que las personas y las ciudades se empeñan en mixtificarse, y, sin que ello sea suficiente para retirarles nuestra simpatía, les notamos algo chocante, afectado y lamentable. Qué satisfacción, en el mejor caso, si, al vernos otra vez en o con ellas, encontramos que han vuelto a encontrarse y las sentimos de nuevo, fieles a sí mismas, cumplidoras del pindádico «Sé el que eres».

No importa que su fisonomía, al correr de los años, haya forzosamente variado, si el gesto—en las ciudades, el ambiente—se mantiene y pervive. «Cuando vemos un rostro, vemos un alma», ha dicho Ortega. «Pero del rostro—nos aclara—lo que primeramente percibimos no es la corporeidad, el bulto y dimensión de las facciones, sino ese algo inmaterial—el gesto—que transparenta el alma.»

Y el gesto y, a su través, el alma de Madrid los reconocería su gran enamorado: don Ramón de Mesonero Romanos, a pesar de las luces fluorescentes, los autobuses de dos pisos y los edificios de veintitantos que hoy son «desprecio al aire».





Los reconocería además con facilidad, porque don Ramón no era todavía, gracias a Dios, un «madrileñista»; no padecía esa especie de daltonismo espiritual que consiste en no ver más que «el color local». Tesitura especialmente necia tratándose de Madrid, capital de España, que ha llegado a ser prisma de todos los colores: locales, provinciales y regionales. (Tipismo, no; «arquetipismo», si acaso, como hubiera dicho, en uno de sus juegos de prestidigitación filológica, Miguel de Unamuno.)

Madrid, igual y distinto de sí mismo, como en el fluvial ejemplo de Heráclito: «No nos bañamos dos veces en el mismo río», ni siquiera en el moroso aprendiz llamado Manzanares; pero el río sí que es siempre el mismo.

Y ya que hemos evocado al viejo Heráclito, ¿por qué no pedirle también la clave para un entendimiento de Madrid, del Madrid eterno y auténtico, del no mixtificado, del que volvió a encontrar gozosamente su fórmula perdida?

«Armonía de los contrarios», ésta es la clave: tradición y progreso, ocio y negocio, revolución y paz...

Y la parte de la armonía que, en frase de los tratadistas, consiste en la concordancia armoniosa de voces contrapuestas, es el contrapunto.

Desde mi rincón provinciano oigo este «tiempo» de la no inacabada, sino inacabable, sinfonía de Madrid, como una especie de florido contrapunto:

— la lenta y espiral ascensión de las hiedras del Botánico y las mansiones próceres frente al vertical impulso de los ascensores de los rascacielos;

— el aroma de la Rosaleda y el tufo de los autobuses de gas-oil;





—la calma de la Feria de Libros viejos junto al tráfago febril de la estación de Atocha;

—el musgo de las calles sin tránsito que desembocan en el asfalto, constantemente hollado, de las vías populosas;

—la industria pesada y la pequeña industria de juguetes «para el niño y para la niña»;

—los majestuosos desfiles diplomáticos y la prosopopeya de aquel loco inofensivo que paseaba su uniforme arbitrario por la calle de Alcalá;

—los escaparates fastuosos de la Gran Vía y los pueblerinos de las tiendecitas de barrio;

—el más aerodinámico «último modelo» de muchos caballos y el último simón de uno solo y rocinante que todavía cruza melancólicamente Recoletos...

Madrid, recobrado, alegre, vital, en el gozo de haber hallado su fórmula perdida, no algébrica, sino de magia y encantamiento.

Madrid, en el *allegro* de otra próxima primavera que vuelva a reír—y a sonreír—en el mejor escenario, telón de fondo y luces de don Diego Velázquez. Contrapunto florido de violines y timbres de tranvías; de surtidores de cristal y de señales acústicas de la circulación; de gorriones y motores; de arpas de conservatorio y de troqueles, yunques, fresadoras, de fábrica y taller...

En la atmósfera pura, las torres de sus emisoras—agujas de un nuevo gótico de acero—expanden por el aire de «un mundo sin melodía la música ejemplar y paradójica—es decir, increíble—de Madrid, capital y resumen de la España una y varia: «concordancia armoniosa de voces contrapuestas».

MANUEL F.-DELGADO MARIN-BALDO



PASEO NOCTURNO POR MADRID

Por JUAN J. REMOS

PARA quienes gustan de la divertida vida nocturna, Madrid ofrece un panorama animado, en que las tascas y los teatros y cines ocupan el primer término; no faltan las llamadas salas de fiestas, en que la frivolidad y la coreografía hacen el gasto. Sin embargo, para quienes saben que una ciudad como ésta tiene mayores razones para expansionar el espíritu, hallan en el deambular, principalmente por el viejo Madrid, una atracción superior y un encanto especial. A medida que la noche avanza y la madrugada se despereza, hay una tradición que habla su lenguaje de piedra, a veces más elocuente que todo otro lenguaje, porque permite dialogar *de viva voz* con el pasado, cargado de significación y pleno de sugerencias.

Muchas veces nos hemos ido a cenar a un figón en que no hay presupuesto para manteles y en que la rústica banqueta acerca al limpio mármol, en que se sirve la fuerte vajilla para el yantar, fabricada en loza que resiste todos los maltratos; y tras el menú suculento, de típicos platos, culminando en la aromática *queimada*, remontamos las calles que tanto dicen del ayer, pletórico de leyenda, de historia y de romanticismo. Nos inició en estas emociones, hace años, ilustrándonos con su palabra enterada, un querido amigo, el profesor don Manuel Ballesteros Gaibrois, de cuyos labios prendía nuestra atención, escuchando mil y una referencias, que daban a nuestros paseos una seducción incalculable.

Así íbamos recorriendo la historia de Madrid, sin una guía cronológica, pero sí emotiva, a salto de oportunidades y de interés, porque según nos iba abriendo ocasión el camino, nos iba explicando el docto cicerone la esencia de la evocación que en cada plaza o en cada recodo nos asaltaba. La ciudad duerme; el pasado reverdece en el recuerdo. El arco de Cuchilleros se nos ofrece en pleno auto de fe, y por aquellas mismas baldosas que pisaron los personajes encausados del siglo XVII, atravesamos, reviviendo la estampa, y subimos los escalones de piedra hasta *El Púlpito*, en que parecía resonar la voz del sacerdote, haciendo un último llamamiento a la retractación; y llevados por la curiosidad, como por el tiempo, desembocamos en la plaza Mayor, centro supremo del Madrid de los Austrias, acta abierta a todas las pesquisas y especulaciones, que cuajan a veces en documento y a veces en rumor que alcanza jerarquía de tradición respetable. Plantados en medio de la plaza, junto a la estatua ecuestre de Felipe III, parecía que se animaban alrededor nuestro personajes, casas y dramáticas escenas de más de un comediógrafo del Siglo de Oro, que dió colorido a los pasajes de su obra, reviviendo las fiestas de toros y cañas. El Madrid de *El Diablo Cojuelo*, de Luis Vélez de Guevara, cobraba actualidad en nuestra imaginación; pero teníamos que reducirnos a lo que la mera fantasía nos iba permitiendo, ya que el profesor no disponía del poder de aquel introductor maravilloso que el ingenio del novelista puso a disposición del afortunado estudiante para levantar los techos de las casas y observar qué sucedía dentro.

Paseo tras paseo, nos fuimos familiarizando con ese Madrid que duerme a la hora de nuestras incursiones y que permanece despierto al conjuro de la evocación. Las impresiones van teniendo intermitencias de épocas, según el acaso pone al paso los objetivos; y así, la casa de Eugenio d'Ors, con todo lo que el insigne pensador representaba, nos detenía unos instantes a desglosar ideas del *Glosario*, y andando un poco más, la memoria nos hace variar de protagonista y de clima histórico, porque estamos delante de la casa del Cardenal Cisneros (de la estirpe de los grandes estadistas), en la sugerente plaza de la Villa; y es un correr de edades inclusive, porque, al lado de esta casa, por tantas razones venerable, nos topamos con una puerta de estilo mudéjar, que habla de otras cosas a las que precisamente puso fin el ilustre príncipe eclesiástico; y más allá, la Torre de los Lujanes, donde la tradición habla de la agudeza de Carlos V para hacerle bajar la cabeza a Francisco I; y como equilibrando aquel conflicto de edades, la Casa Consistorial, con su fachada señorial y su inapreciable valor testifical del Madrid popular.

Ya sé que alguien podría objetar que estas palpitaciones del Madrid de solera podrían ser percibidas también de día, porque ahí están hieráticas. Pero no; en el fárrago diurno suelen perder el embrujo que nos da la noche, o más, la madrugada, porque entonces son dos factores a actuar: el documento de piedra y el ensueño nuestro, que nunca como en esas horas tiene tanta aptitud. De ese modo hemos logrado ver *palpablemente* momentos de la vida de Antonio Pérez, que Gregorio Marañón relata en su apasionante biografía; y parecernos que sucedían ante nuestra vista atónita tantos hechos curiosísimos y peculiares como Deleito Piñuela ha narrado en los capítulos vívidos de sus sabrosísimos libros sobre la época de Felipe IV. ¡Qué inolvidables noches por la Puerta del Sol, a lo largo de Alcalá, por la calle de la Montera, hasta remontarnos a la de Embajadores, por Atocha... y tantas más, en cada una de las cuales hay tanto que rememorar, para hacernos pensar inclusive, en comparación, con realidades y evidencias presentes.

Pero no es ese Madrid nocherniego el único reservado a los noctámbulos; no se asusten los turistas de ligera visión, ni los que comienzan su vida permanente en esta hermosa capital de España; no se preocupen los que prefieren solazarse por las tardes en el Retiro y pasar de largo ante el Museo del Prado, que para todos los gustos hay; pero, además, para éstos y para los que saben de la emoción del deambular nocturno por el viejo Madrid, siempre es atractivo el «ir de tascas» (de vez en cuando, desde luego), apurando los «chatos» de manzanilla y escuchando aquí y allá el cante jondo y mirando el baile flamenco con que algunos de estos lugares amenizan la visita de sus parroquianos. ¿Que esto es andaluz y no madrileño? No; esto es español, y tiene sabor dondequiera que haya quien sepa hacerlo. Y tanto ahonda ese canto, que se ha calado hasta lo más recóndito del alma española; como que tiene profundidad y sintetiza en el espíritu de su letra y en el mismo y característico juego de las manos lo que de angustia y alborozo, en paradójica fusión, hay en la larga y fecunda y gloriosa historia de esta tierra, de mucho más que de manolas y chulapas y calés; pero que en ellas tiene la flor de su garbo y el primor de sus ensueños.

Para nosotros es una fortuna que podamos vivir el viejo Madrid de noche (aunque de vez en cuando nos asomemos al otro), para vivir de día el de la casa de Lope de Vega, el de los ricos museos, el del invierno con sol, que no todos los pueblos tienen el privilegio de gozar..., y para los fanáticos de ellos, los toros y los deportes. Y entre lo mucho que el Madrid diurno atrae y lo que el de la madrugada dice, el teatro como un paréntesis jugoso. No hay duda. Como decimos en mi tierra: «¡A Madrid, *le zumba*!»


SABENA
Avis
RENT a CAR

METRO
SALIDA


SEPU



LA MEDIA NOCHE DE MADRID

Por
RAMON DE MESONERO ROMANOS
(«El curioso parlante»)
De «Escenas matritenses», 1837.

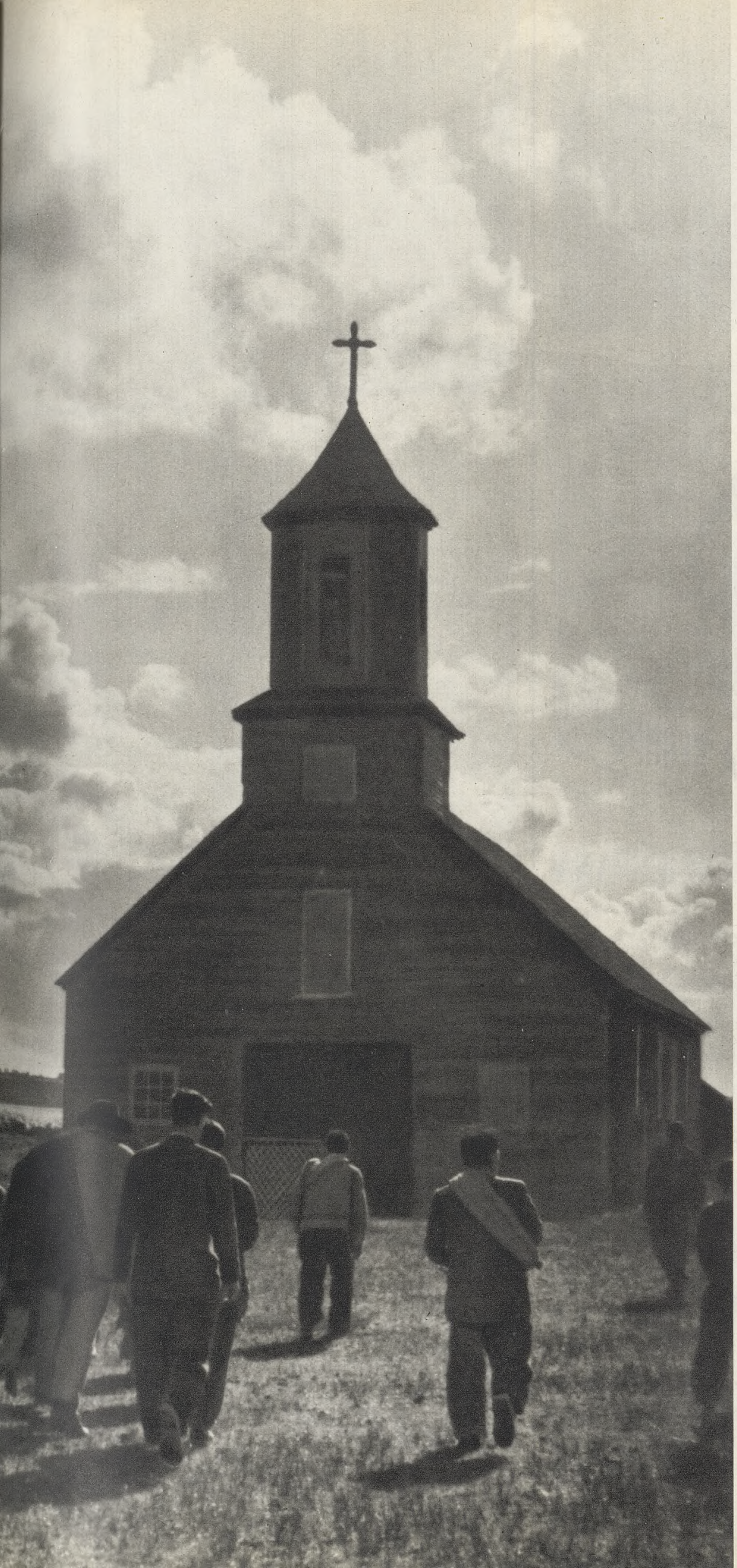
HACIA ya larga media hora que todos los relojes de la capital sonaban sucesivamente las once de la noche. Los hermosos reverberos (una de las señales más positivas del progreso de las luces en estos últimos tiempos) iban negando sus reflejos y cediendo al nocturno fanal la alta misión de iluminar el horizonte, por manera que el primer rayo de la luna servía de señal al último destello del último farol, combinación ingeniosamente dispuesta, que honra sobremanera a los conocimientos astronómicos del director del alumbrado. Los encargados subalternos de esta artificial iluminación recogían ya sus escalas y antorchas propagadoras; las tiendas y cafés, entornando sus puertas, despedían políticamente a sus eternos abonados, y los criados de las casas, cerrando también sus entradas, dirigían una tácita reconvención a los vecinos perezosos o distraídos. Veíase a alguno de éstos llegar apresurados o ganar su mansión antes que la implacable mano del gallego se interpusiese entre ellos y la cena, y llegando a la puerta y encontrándola ya cerrada, daban los golpes convenidos, y el gallego no parecía, y volvían a llamar una vez y otra y desesperaban grotescamente, hasta que se oía acercar un ruido compaseado, semejante a los golpes de un batán o a las descargas lejanas de la artillería, y eran los férreos pies del gallego, que bajaba, y, medio dormido aún, no acertaba la cerradura, y apagaba la luz, y se entablaba entre amo y mozo un diálogo interesante y entre puertas, hasta que, en fin, abiertas éstas, iba desapareciendo en espiral el rumor de los que subían por la escalera.

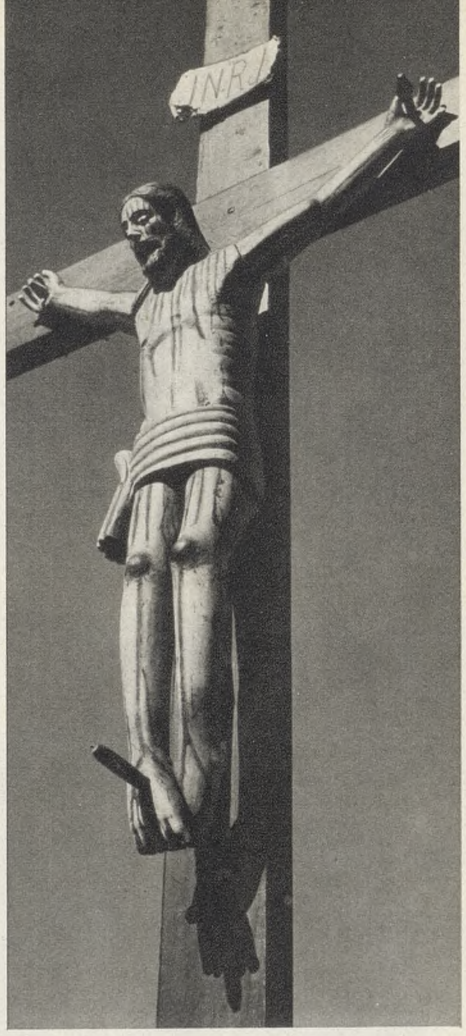
Los amantes dichosos habían concluído ya por aquella noche su periódica tarea de suspiros y juramentos y trocaban el aroma de sus diosas respectivas por el grato olorcillo de la ensalada y la perdiz; en el teatro había muerto ya el último interlocutor, y Norma se metía en el «simón» y Antony tomaba su paraguas para irse a dormir tranquilamente, a fin de volverse a matar a la siguiente noche; el celoso amo de casa hacía la cotidiana requisa de su habitación y se parapetaba con llaves y cerrojos; la esposa discutía con el comprador sobre varios problemas de aritmética referentes a su cuenta, y el artesano infeliz, en su buhardilla, descansaba tranquilo hasta que viniesen a herir su frente los primeros rayos del sol.

No todo, sin embargo, dormía en Madrid. Velaba el magnate en el dorado recinto de su gabinete, agotando todos los recursos de su talento para llegar a clavar la voluble rueda de la fortuna; velaba el avaro, creyendo, al más ligero ruido, ver descubierto su escondido tesoro; velaba el amante bajo el balcón esperando una palabra consoladora; velaba el malvado, probando llaves y ganzúas para sorprender al infeliz dormido; velaba el enfermo, contando los minutos de su agonía y esperando por momentos la luz de la aurora; velaba el jugador sobre el oscuro tapete, viendo desaparecer su oro a cada vuelta de la baraja; velaba el poeta, inventando situaciones dramáticas con que sorprender al auditorio; velaba el centinela, mirando cuidadosamente a todos lados para dar en caso necesario el alerta a sus compañeros dormidos; velaba la alta deidad en el baile, siendo objeto de mil adoraciones y agasajos; velaba la infeliz, escarbando en la basura para buscar en ella algún resto miserable del festín.

Y, sin embargo, en medio de este general desvelo, la población aparecía muda y solitaria; las largas filas de casas eran un fiel trasunto de las calles de un cementerio, y sólo de vez en cuando se interponía este monótono silencio por el lejano rumor de algún coche que pasaba, por el aullido de un perro o por el lúgubre cantar del vigilante, que en prolongada lamentación exclamaba: «¡Las doce en punto, y... sereno!»







CHILOE,

herencia de la religiosidad española

CERCA de cincuenta islas constituyen el archipiélago de Chiloé, que sigue la silueta del continente entre los 44º 44' y 43º 17' de latitud sur y entre los 72º 45' y 74º 30' de longitud oeste.

La «Isla Grande»—o Chiloé—presenta, en su parte oriental, costas desmembradas, que forman profundas rías con abrigados y pintorescos puertos.

El primero que divisó desde el continente los perfiles boscosos de estas islas australes fué don Pedro de Valdivia.

En 1567, mediante el arribo de Martín Ruiz de Gamboa, que fué recibido hospitalariamente por los indígenas, quedó defini-

Capilla de Nuestra Señora del Amparo, de Matao. El pueblo fiel llega al caer la tarde para iniciar la misión. Arriba: Cristo existente en el templo de Achao, una de las mejores tallas de la escuela hispanochilota.



CHILOE

tivamente incorporado Chiloé a la corona de España. Desde esa época se empieza a mestizar la población y a reunirse más tarde en caseríos semidispersos—cuyo núcleo es la capilla—a orillas del mar, en la parte oriental de la «Isla Grande» y en sus islas adyacentes.

Mercedarios y franciscanos se establecieron a fines del siglo XVI, y posteriormente misioneros jesuítas, que, además de la ayuda religiosa, se dedicaron a la enseñanza.

Característica del pueblo del archipiélago de Chiloé es su gran religiosidad, y a cualquier persona que pase por las islas le extrañará seguramente ver tantas capillas diseminadas por doquier. Más de ciento cuarenta templos hay en la diócesis.

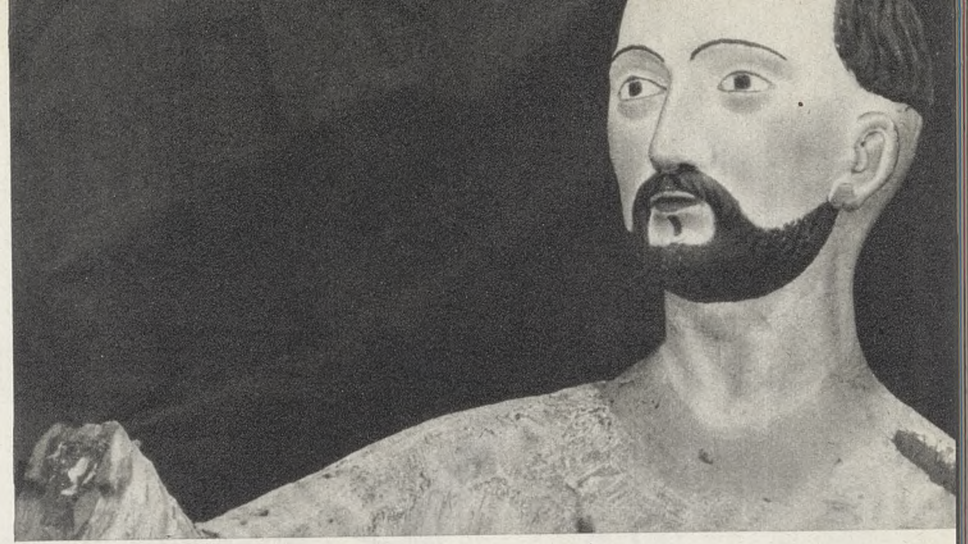
Puede observarse en la actual organización laica de las capillas la influencia española y, por tanto, cristiana, mezclada con las antiguas usanzas nativas, como también en las festividades religiosas. Los feligreses proponen al cura candidatos para que sean ayudantes *ad honorem*, entre los que elige a un «fiscal», un «sotafiscal» y varios «patronos» de la capilla.

El fiscal es el guardatemplo, encargado de la limpieza, «cantor de la misa», reza el Angelus y el Rosario, sepulta a los muertos... Y es asesorado por el «sotafiscal». Los «patronos» se encargan de cuidar altares e imágenes, y pueden ser de uno u otro sexo, no como los «fiscales» y «sotafiscales», que han de ser varones.

Este «servicio de capilla» tiene actuación preponderante en las «fiestas del cabildo», que fueron introducidas por los misioneros jesuítas y se efectúan en el día del santo patrón de la capilla con solemnes vísperas, las que se cantan solamente en loor a la Santísima Virgen; misa y procesión.

El joven folklorista Isidoro Vázquez de Acuña, con su fino olfato de investigador, se entregó a la tarea de buscar en Chiloé imágenes talladas. El realismo desconcertante de las primeras imágenes encontradas fué el incentivo mayor para seguir en su tarea. En pocos meses reunió importante número, integrando una colección que hace cátedra en este magno ejemplo chileno de folklore integral: una concepción estilizada de los artífices chilotes en la imaginería religiosa.

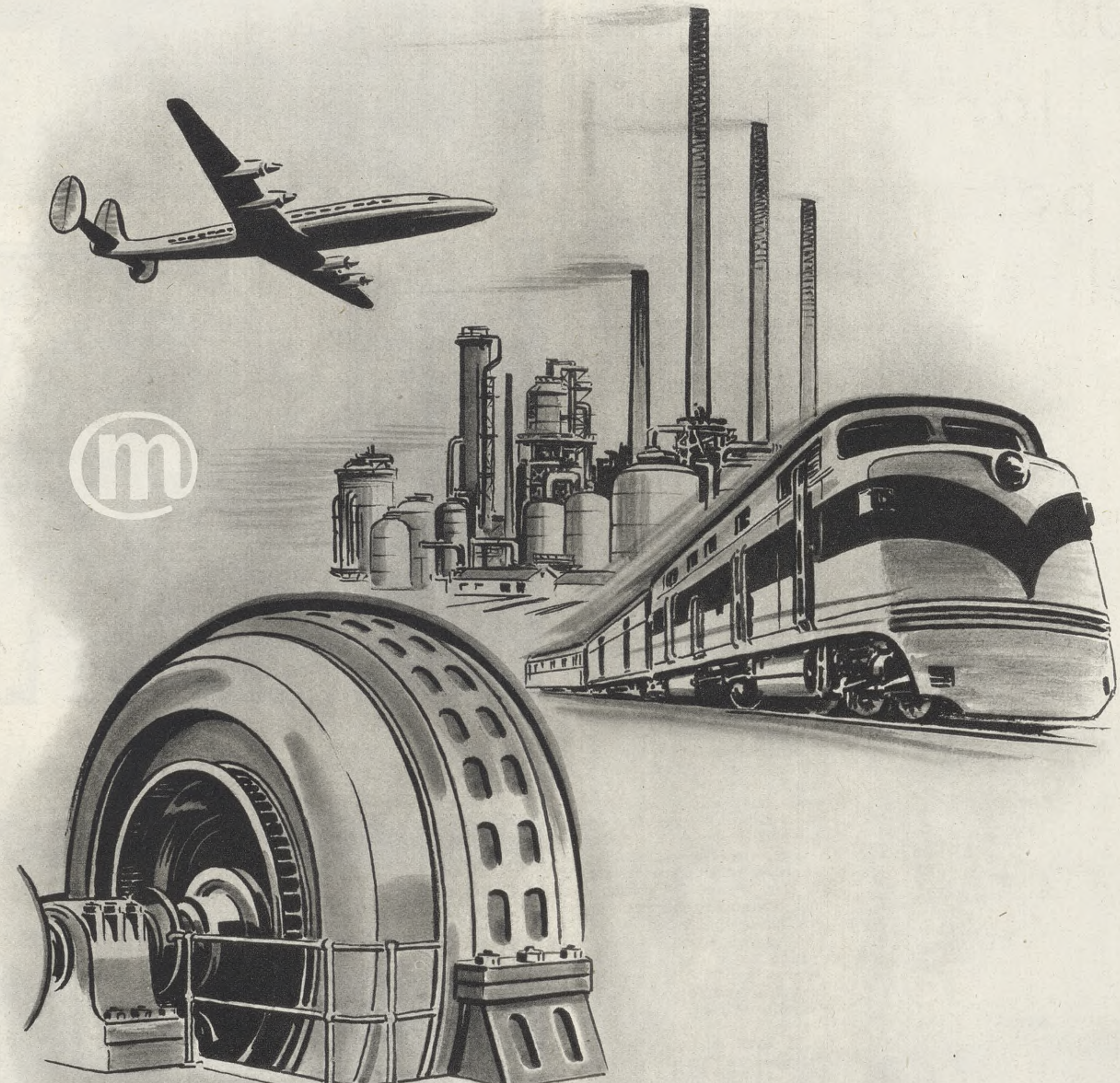
Izquierda: Responsos en el cementerio de Quinchao. Derecha (de arriba abajo): «San Francisco», busto con brazos mutilados, en madera de alerce. Portezuelas del tabernáculo en que aparecen San Ignacio de Loyola, con el libro de la Regla, y San Francisco Javier. Y, por último, dos aspectos de la despedida de los misioneros junto al «estero de Quinchao» en el año 1954.











La moda en el BRASIL

200 modelos lanza por año el español Pastor

Sus creaciones llevan nombres españoles: «Ibiza», «Granada», «Sorolla»

Por JUAN M. MARTIN MATOS

PEPE Pastor es uno de los nombres más comentados en los círculos sociales brasileños. Las mujeres, hablando sobre sus últimas creaciones. Los hombres, sobre sus últimos precios.

¿Quién es Pepe Pastor? Para sus clientes, uno de los mejores costureros del mundo. Y la mejor prueba de esto está en la lista elaborada por la mundialmente conocida revista «Les Documents de la Haute Couture», de Quebec, que selecciona periódicamente a los diez mejores modistos. La citada publicación menciona a Christian Dior, de Francia; Schubert, de Italia; Pedro Rodríguez, de España; Pepe Pastor, del Brasil; Jaumeandreu—también español—, de la Argentina; Valiente, Cavanagh, Oleg Cassini, Robert y Markulof, de Rusia. Para sus amigos, alguien con quien se puede contar en todo momento. El compañero cierto de las horas inciertas; un corazón abierto, amable, sencillo y sin complicaciones.

En nuestro vivir diario nos hemos encontrado continuamente con sus obras. Todas ellas con resonancias netamente españolas. Y su arte, su modo de realizar, su espíritu creador, han pasado a ser algo esencial en el «gran mundo» en que ha desenvuelto su labor.

Pepe Pastor se inició en la vida a través del Derecho. En 1933 se formó abogado por la Universidad de Barcelona. Por dos años se sometió a los códigos severos. Después, cuando ya era gerente del teatro Principal Palace, encontró su real profesión: el arte. Primero fué la pintura. Mas su espíritu, inquieto por excelencia y por necesidad, no se podía conformar con la tranquilidad perpetua que ésta le ofrecía. Su deseo era trabajar en algo que viviese continuamente. Que palpitase al compás de las horas. Y encontró su camino: la moda.



En 1948 comienza los estudios para su nueva carrera. Marcha a Francia, donde entra en contacto con los secretos del corte, de la creación y el arte aplicado a la costura. En esto pasa dos años. En el estudio de la estética corporal, dos más.

En 1952 prepara las maletas para irse a América. Piensa primero en México. Pero el destino lo trae al Brasil. Trabaja ocho meses en Río de Janeiro. Tiempo suficiente para ambientarse. Allí, el calor, que perjudicaba a su salud y que reducía a una centésima parte sus actividades, le hizo cambiar de residencia. En São Paulo instaló su «cuartel general».

PRIMEROS TIEMPOS

Pepe Pastor es la pura simpatía. Nos sentamos rodeados de bellos vestidos, prueba incontrovertible de que estamos hablando con un dictador de la moda.

La mejor aliada de la simpatía es la sinceridad. Y con sin-



El estilo español, interpretado tras una búsqueda depurada de la elegancia, sin concesiones fáciles a lo vulgar o populachero, inspiró a Pepe Pastor este modelo suntuoso, que demuestra la trascendente legitimidad del eje de la moda, París-Roma-Madrid.

PAULO V.



Vespa satisface a más de un millón de usuarios

La moda en el

BRASIL

ceridad extrema él nos va contando un poco de todo. De su Valladolid natal. De sus luchas por abrirse camino. Del terrible primer año que pasó en São Paulo, donde llegó a tener una deuda de más de un millón de cruceiros...

Y como las cosas mejoraron, su historia también fué volviéndose color de rosa.

Comenzaron por apreciar su originalidad al aprovechar temas populares. Muy pronto contó con entusiastas. Con éstas llegó la fama. Y con la fama, Pepe Pastor fué conociendo a su público, que ha dividido en tres grupos. El «snob», que llega a los más disparatados ridículos. El «exigente», integrado por las familias tradicionales brasileñas, consideradas por Pastor como las más entendidas en modas del mundo entero. Y el «emigrante», compuesto por los sucesores de antiguos emigrantes, que se destacan por ser más dóciles al modisto y por su simplicidad y corrección en la elección de vestidos.

EL CREADOR

Primero selecciona las telas. Después, directamente, sobre un modelo vivo, va creando una tras otra sus obras. Doscientas anualmente. Tiene fanatismo por los lunares. Es su distintivo principal. En colores prefiere el azul mediterráneo y el cereza.

Como español de pura cepa, considera fundamentales los zapatos como acento de la elegancia femenina. Y es partidario del sombrero, ya que da un señorío y distinción insuperables.

En su opinión, sus mejores colegas de profesión son Dior, Schubert, Castillo, Balenciaga y Jaumeandreu. Tres españoles, un francés y un italiano.

Se inspira para sus creaciones en la música, en cuadros famosos y en la escultura. Y en todo aquello que pueda darle un toque de bello y original. Cuando hace modelos especiales, procura conjugar el cabello, el rostro y los ojos de la mujer con el vestido. Así se obtiene una armonía total.

Los precios normales de sus creaciones se elevan a un promedio de 30.000 pesetas.

DE REGRESO A ESPAÑA

Pepe Pastor se nos vuelve a España. Será para diciembre de 1959. Y definitivamente. Se comprará una casa en el campo y trabajará exclusivamente para la moda artística. Ya no le interesará ganar dinero. El ha hecho su América.

Pensándolo bien, nuestra visita le ha costado a Pepe Pastor algunos millares de pesetas.

Juan M. MARTIN MATOS

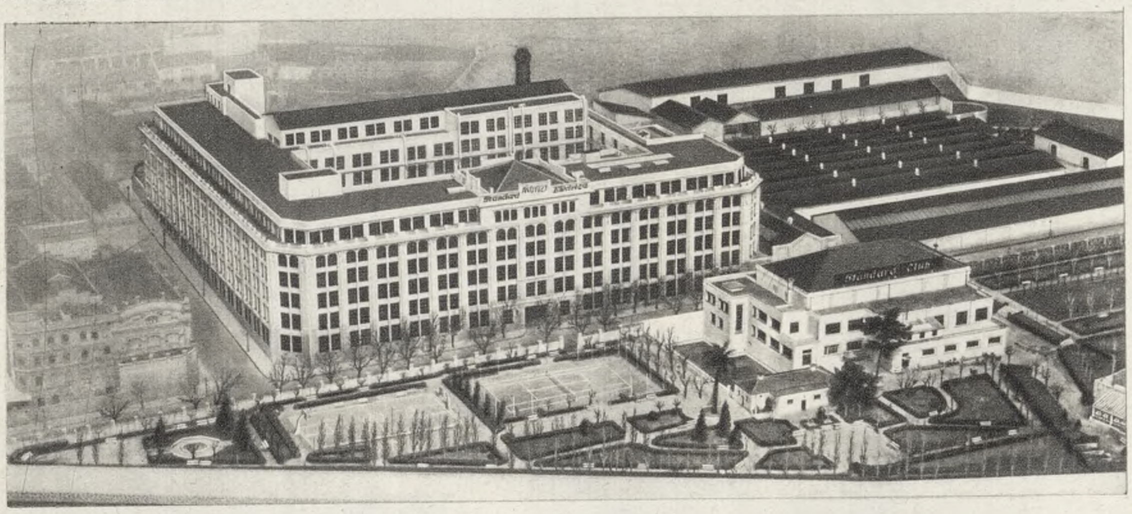


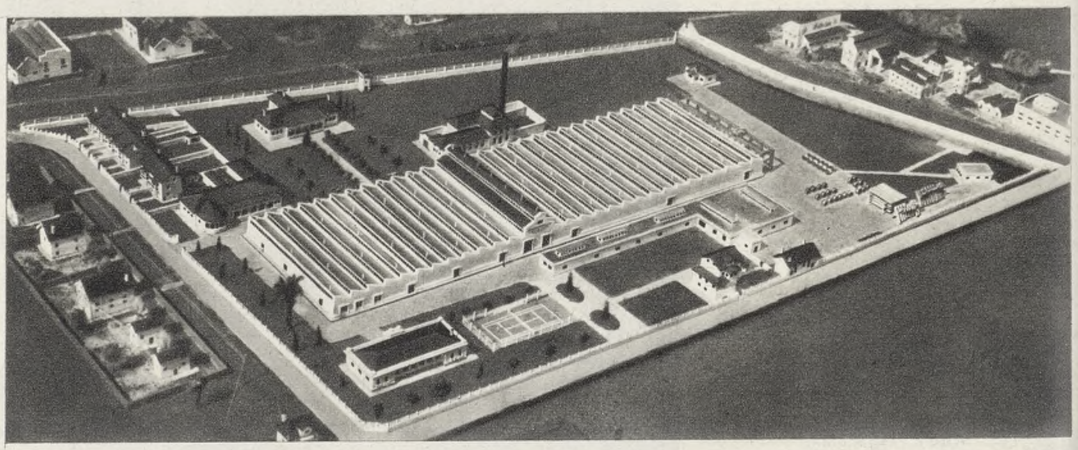






Arriba: «Granada», un modelo sensacional que las elegantes damas brasileñas aplaudieron en la presentación de «La Moda Española». Pepe Pastor, además de cortar e idealizar el modelo, creó la línea de los zapatos y el peinado con moño a la española. El modelo «Ibiza», premiado en el concurso «La Belle et la Bête». «Sorolla», inspirado en el movimiento de las aguas de un cuadro del famoso pintor español.—Abajo: Encajes, temas goyescos y labores de los artesanos españoles introdujo enamoradamente Pepe Pastor en el Brasil, que supone decir en el ámbito de la moda mundial.







cine

Sara Montiel

El cine norteamericano ha dado una nueva figura a las carteleras mundiales, ya que el año pasado conoció la expansión del nombre de Sara Montiel por encima de las fronteras. La actriz manchega había pasado antes de Madrid a México y de México a Hollywood, donde trabajó al lado de Gary Cooper y donde casó con el director Anthony Mann. En España intervino después en «El último cuplé», dirigida por el mismo que hizo triunfar a Aurora Bautista—Juan de Orduña—, y últimamente en «La violetera», dirigida por el argentino Luis César Amadori. A «La violetera» corresponde este fotograma.



NUEVA YORK HISPANICO

700.000 vecinos de habla española

Por W. K. MAYO

El crecimiento de la población de habla española en Nueva York es quizá el fenómeno demográfico urbano más interesante de los últimos diez o doce años. Mientras que la población total de Nueva York tiende a disminuir, como demostró el censo efectuado hace unos meses, la población hispana crece. Nueva York ha sido, desde el siglo XIX, la ciudad de los Estados Unidos con mayor número de extranjeros. En la época de las grandes emigraciones europeas—hasta la primera guerra mundial—la inmensa mayoría de los inmigrantes entraban en los Estados Unidos por el puerto de Nueva York. Ahora la inmigración está casi parada. Pero Nueva York sigue siendo una ciudad con más de la mitad de su población de origen extranjero.

Nueva York tiene ahora 7.771.000 habitantes; le superan Tokio y Londres. De ese total, 1.784.000 neoyorquinos nacieron fuera de los Estados Unidos, y 2.659.000 nacieron en Nueva York, pero de padres extranjeros. Los neoyorquinos de origen extranjero y los hijos de extranjeros suman 4.441.000. Es decir, más del 50 por 100 de la población total. Pero los neoyorquinos que son hijos de extranjeros están totalmente asimilados. Lo que cuenta es la población auténticamente de origen extranjero, que se aproxima a los dos millones, o la cuarta parte del total.

Hay en Nueva York habitantes procedentes de setenta países diferentes. Es una ciudad crisol de razas y pueblos. Aquí se hablan todos los idiomas, se practican todas las religiones, y no es, sin embargo, ni remotamente, una torre de Babel. El grupo más numeroso es el italiano, que asciende a 344.000. A continuación vienen los rusos (la mayoría judíos): 314.000. Los alemanes suman 185.000; los polacos, 179.000; los austríacos, 124.000; los irlandeses, 141.000. Los demás grupos nacionales son inferiores a 100.000. Los franceses y los ingleses suman alrededor de 20.000 cada uno. Uno de los grupos más pequeños es el portugués: 2.500.

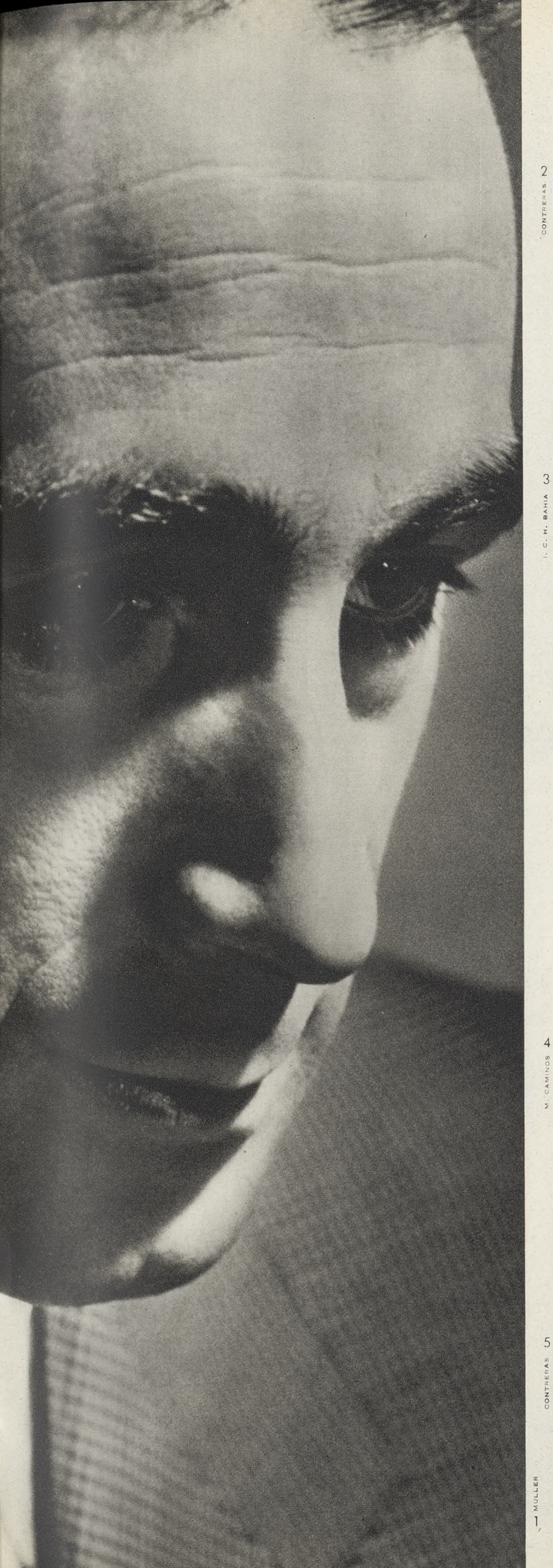
La población hispana de Nueva York ha crecido enormemente, debido a la inmigración puertorriqueña, que no tiene obstáculos legales, ya que los puertorriqueños son ciudadanos de los Estados Unidos. Los españoles suman 12.000. Los latinoamericanos ascienden a 42.000. Los puertorriqueños alcanzan la cifra de unos 650.000. La población neoyorquina de habla española asciende, pues, a unas 700.000 personas. Se ha calculado que dentro de pocos años en Nueva York habrá un millón de habitantes de habla española.

El crecimiento de la población hispana se refleja en muchos aspectos de la vida ciudadana. En todas partes se oye hablar el español. En los escaparates de las tiendas se ve con frecuencia el cartel «Se habla español». El número de cinematógrafos que proyectan películas hispanas—la mayoría mexicanas—debe de aproximarse a 40. Uno de los grandes éxitos de la temporada en Broadway es una comedia musical de Bernstein que gira alrededor de una «ganga» de jóvenes puertorriqueños.

Pero, sobre todo, lo que da la medida del crecimiento hispano es lo que ha ocurrido con el diario que mejor ha sabido interpretar el estado de espíritu y las aspiraciones de los puertorriqueños: *El Diario de Nueva York*. Empezó a editarse en el otoño de 1949. En los últimos años, en Nueva York, han dejado de publicarse dos diarios ingleses de prestigio: *The Sun* y *PM*.

Lanzarse a editar en Nueva York un diario en lengua extranjera parecía una empresa quijotesca. Pero los resultados han demostrado que los que concibieron la idea habían calculado bien. *El Diario de Nueva York* empezó a publicarse en Brooklyn. Después se trasladó, paradójicamente, al edificio que antes había ocupado *PM*. Allí donde un diario escrito en inglés no pudo arraigar, otro diario, escrito en español, ha triunfado de una manera espectacular (tirada normal, 60.000 ejemplares). El éxito de *El Diario de Nueva York* es un exponente de la fuerza ascendente de la población hispana neoyorquina, representada en un 90 por 100 por los puertorriqueños que vienen aquí a trabajar y a plantar muy alto y muy firme la bandera de la lengua de Cervantes, de Bello, de Montalvo, de Martí, de Gabriela Mistral y de Alfonso Reyes.

5 fotos sueltas



MULLER
1

2
CONTRERAS



3
I. C. H. BAHIA



1 Carlos Pascual de Lara, el notable pintor español y asiduo colaborador de MUNDO HISPANICO, que ha fallecido en Madrid. En las páginas últimas publicamos un trabajo sobre él.

2 El subsecretario de Relaciones Exteriores de la República de El Salvador, don Alfredo Martínez Moreno, a su paso por Madrid, con el director del I. de C. Hispánica, don Blas Piñar.

3 El cónsul de España, don Alfonso Díaz Pache, impone al rector de la Universidad de Bahía, profesor Edgar Rego, las insignias de miembro de honor del Instituto de Cultura Hispánica.

4 Poetas, escritores y artistas españoles e hispanoamericanos celebraron en el Ateneo de Madrid un acto conmemorativo del primer aniversario del fallecimiento de Gabriela Mistral.

5 La escritora catalana María Asunción Porta Graell, autora de «Dama de Indias», premio de novela «Club España de México», en el I. de C. H. de Madrid, donde recibió el premio.

4
M. CAMINOS



5
CONTRERAS









AZORÍN

El maestro del idioma, festejado por los poetas









Los años han colmado de nobleza el rostro del maestro que recibe el homenaje.

AZORIN

El poeta Gerardo Diego da lectura a sus cuartillas dedicadas a Azorín.





El poeta Luis Rosales, en un aparte, se dirige al gran prosista y maestro.



El gesto, taciturno, sobrio, atento, subraya las medidas y preciosas palabras.

A la puerta del segundo piso de la calle de Zorrilla, 21, han llegado dos poetas: Luis Rosales y José María Souvirón. Son las cinco y media de la tarde. Abre la puerta una doncella limpia, bien arreglada y atenta.

—Venimos en busca del maestro Azorín —dice Rosales.

La doncella hace pasar a los poetas. El maestro los está esperando, en pie, en medio del salón. En la penumbra de la casa todo es orden, recogimiento, claridad. Huele suavemente a romero quemado. Azorín lleva un abrigo gris y un sombrero hongo. En la mano, un bastón con puño de plata.

—Cuando usted quiera, maestro—dice Souvirón.

Un fotógrafo saca dos o tres placas. Los leves chispazos no turban la serenidad de la casa. Azorín avanza despacioso. Se asoma a una puerta y dice:

—Me voy; hasta luego.

Y los tres, seguidos por el fotógrafo, descienden al portal. Al salir a la calle, varios transeúntes se detienen, miran al gran escritor; alguno le sonríe y le saluda. Todo el mundo conoce a Azorín. La tarde está clara y templada.

En el auto, por la Gran Vía, el maestro se anima. Su voz, cálida, templada, un poco temblorosa, parece más segura. Sonríe. Al pasar ante un cine se habla de la película que allí proyectan: «Doce hombres sin piedad». Azorín afirma que es una de las mejores que ha visto en los últimos tiempos.

—Una gran película, ejemplar, que no todos han comprendido.

Leopoldo Panero abraza a Azorín. Coronel Urtecho aparece en la foto sentado.



Azorín, acompañado de Blas Piñar, director del Instituto de Cultura Hispánica.



Azorín, con la pulcritud en el vestir que siempre le ha caracterizado, sale de su casa para recibir el homenaje de los poetas españoles. Le acompaña el poeta José María Scuvirón.

Más adelante, al paso frente a otras salas, cambian los comentarios entre el maestro y los poetas. Azorín habla de la posibilidad de una buena película basada en el «Quijote».

—Es difícil; lo más probable es que la hagan mal; pero si se acertara...

El coche se desliza desde la plaza de España a la calle de la Princesa. Una brisa ligera conmueve un poco las copas de los árboles. Desde otros coches, en las paradas, los ocupantes miran curiosamente hacia el que va conduciendo a Azorín y sus acompañantes. En un taxi persecutor, el fotógrafo asoma la máquina y saca nuevas instantáneas. El diálogo entre los dos poetas andaluces y el maestro levantino, español universal, crece en animación. La Moncloa. Paisaje ancho, sobre el que las primeras nubes de un crepúsculo verdirrosado se alzan quietas, maravillosas. Una vuelta hacia la derecha y llegan al Instituto de Cultura Hispánica. Azorín se apea del auto, ayudado por Rosales y Souvirón. Cada uno de un brazo del gran escritor, avanzan hacia el vestíbulo, donde es recibido por las autoridades y jefes de la casa. La gente llena el salón de actos, se derrama por los corredores. Es difícil avanzar. Por fin, se logra llegar hasta el escenario. No hay tribuna. Aquello parece más bien una sala cómoda y confortable: dos tresillos, varias butacas, un par de mesas bajas y, sobre una de ellas, un plato con flores. Allí esperan los otros poetas, españoles e hispanoamericanos, que van a tributar su homenaje al patriarca de las letras españolas. Al asomar Azorín por una de las cortinas laterales, el público y los poetas, en pie, le rinden un aplauso fervoroso. Azorín sonríe, se adelanta pausadamente hasta su butaca. Saluda a los poetas: Dámaso Alonso y Gerardo Diego, académicos; José Coronel Urtecho y Eduardo Carranza, nicaragüense y colombiano, respectivamente, unidos entrañablemente por afición, cariño y larga amistad a los poetas españoles; Leopoldo Panero, José Antonio Muñoz-Rojas, Luis Felipe Vivanco, una vez que Azorín ha ocupado su asiento, se colocan, como en tertulia, en sus sitios. Nada de estiramiento. Confianza sí, pero en un ambiente de silencio, de severo respeto, de veneración. Se diría que algo religioso vuela por encima del público y de los participantes en el homenaje. Todas las butacas del salón están ocupadas. En los pasillos, gente en



AZORIN

El escritor vuelve a su casa y dedica un libro a Jorge Mañach



Ya en su casa, el maestro dedica uno de sus más significativos libros. Se trata de «Un pueblecito». El libro está siendo firmado para el insigne escritor cubano Jorge Mañach.

Reportaje gráfico: RAMON MASATS

pie; algunos se acomodan en los escalones. Las ventanas laterales, abiertas, y asomadas al interior del salón, desde los corredores, muchas mujeres. Hay personas de toda edad, país y condición. Muchas mujeres. Más allá de las puertas, algunos chicos que pugnan por atisbar algo, medio tendidos.

Azorín y el paso del tiempo: de J. Manrique al cubano Heredia

El acto comienza con la lectura, por José María Souvirón, de un «Escrito de Azorín al consistorio de poetas». El maestro recuerda los días del otro homenaje, ya lejano, que se le tributó en Aranjuez. Se refiere al paso de los años, y cita a Manrique, a Góngora, a Garcilaso, a Meléndez Valdés y a José María de Heredia, que en uno de sus sonetos habla de un viejo labrador de ochenta años que contempla sus campos, sus aperos, y recuerda melancólicamente su vida.

Después van leyendo los poetas. Dámaso Alonso hace una alabanza de la generación del 98, de la influencia de sus hombres—y particularmente de Azorín—en cualquiera de los que han escrito después sobre España, sobre el mundo desde España, desde las Españas. Gerardo Diego hace un bello recuerdo de su mocedad, cuando era opositor a cátedra y en el tribunal estaba Azorín. José Antonio Muñoz-Rojas evoca sus días de niño campesino y el descubrimiento de las primeras obras de Azorín en la biblioteca de la casa andaluza de sus mayores. Eduardo Carranza tributa un ofrecimiento de la selva, los ríos, los montes de América, al autor de «La voluntad». Coronel Urtecho lee un hermoso poema «para ser traducido a lengua náhual», en el que Azorín es trasladado a las lejanas—y tan cercanas—tierras hispánicas de América Central. Rosales dice un conmovido sistema de preguntas, lleno de profunda poesía, para terminar con la pregunta que su hijo, el pequeño Luis Cristóbal, le ha hecho: «Papá, ¿conoces a Azorín?» Leopoldo Panero lee su poema a Cervantes, trasponiendo intencionalmente los nombres de Miguel y de Azorín, en una hermosa alabanza. José María Souvirón recuerda, en bellos versos, la impresión de sus primeras lecturas azorinianas. Vivanco dedica al maestro un poema en loa de España.

No ha podido asistir, por enfermedad, Vicente Aleixandre, pero ha enviado su semblanza de Azorín, que lee Panero con voz justa y clara.

Azorín ha ido abrazando a cada uno de los poetas. El homenaje ha terminado. Los dos mismos poetas que fueron a buscarle, le acompañan de regreso; y en la puerta de Zorrilla, 21, el maestro, emocionado, silencioso, lleno de dignidad un poco fatigada, les tiende la mano, saluda alzando su sombrero y avanza hacia el interior de la casa. Ha sido una hermosa tarde.

Juan DE LEON

AZORIN

El último del 98

O el cine como explicación del tiempo y modo de asomarse al mundo

Por SALVADOR JIMENEZ

APARTE sus valores literarios, su significación, su entidad, esa repleta arca de primores que son sus libros, la actualidad de Azorín reside en su propia y real existencia, en ese saberle vivo, ciudadano de Madrid, registrado en la guía de teléfonos con el único seudónico que ha admitido la Compañía Telefónica hasta hoy: *Azorín. Escritor. Zorrilla, 21. Telf. 21 06 45.*

A esa actualidad se añade ahora la concesión del Premio March de Literatura (500.000 pesetas o 10.000 dólares) y el homenaje que, organizado por *Cuadernos Hispanoamericanos*, le ha rendido un grupo de poetas americanos y españoles en el Instituto de Cultura Hispánica.

Una doncella recalcitrante

La casa de la calle de Zorrilla conserva un cierto empaque, algo deslucido, pero que la ribetea de seriedad. El portero lee el periódico. Y no levanta la vista al vernos cruzar. El ascensor padece reuma; sube cansado, lentamente. Está achacoso el pobre. Es casi mejor llegarse al piso segundo por la escalera de madera. Hay pocos tramos que salvar. Y siempre la operación se realiza con alguna solemnidad, que no sabemos desde qué siglo sopla. Hay un timbre blanco. El visitante arregla la corbata. Saca unos centímetros de pañuelo blanco. Se alisa el pelo. Tose. Toca el timbre. Nada se oye en el rellano. Pausa. Nadie sube ni baja. Hay penumbra. Nace la eterna duda de llamar nuevamente o esperar. Se hacen las dos cosas: esperar, y como nadie acude, volver a llamar. Restregamos los zapatos. Cuando así estamos, sin ruidos que nos pongan en guardia, se abre la puerta y aparece una doncella. Es morena y de cara redonda. Siempre han sido guapas, bien aliñadas, las doncellas del escritor, con su cofia y sus ojos punzantes. Y viene la contestación, que, invariablemente, repite como una consigna: «El señor está en la cama; está resfriado; no se levanta.» Uno queda en llamar por teléfono; trata de abrirse paso con la insistencia en la poco convencida respuesta de la doncella, pero no hay nada que hacer; ella, torpe, nuevamente vuelve a repetir lo mismo, como un disco rayado, como la canción de cada día. Y nos vamos. Uno no sabe si decir que se mejore, y, como siempre, le asalta el pudor de preguntar por don José. Es igual. Pero cuando ya andamos de regreso por la primera planta, la muchacha se asoma y nos llama. Nos dice que subamos. Sonreímos. «Pase.» El truco queda al descubierto. Y la doncella fracasaría en el teatro.

El maestro en su gabinete

El pasillo es oscuro. A la derecha hay una habitación que tiene la puerta abierta. Parece algo desordenada. Allí es donde, en otros tiempos, Azorín recibía. Siguiendo, a la izquierda, se entra en el gabinete mayor con estilo alfonsino, un tresillo de muchos brillos, dos balcones con sus visillos antiguos, la madera del suelo reluciente y el retrato de Zuloaga. Es una habitación fría, algo triste, en la que todos gustan retratarse con Azorín.

El maestro sale a nuestro encuentro. Parece un autómata. Es cortés, delicado, lleno de buen porte y señorío. Está enjuto, amojamado, como un santo de madera al que hubieran policromado el rostro, por el que le sube un color precioso, sonrosado, lleno de matices. «Pase.» Y pasamos. En su gabinete de trabajo, donde los libros han tomado por asalto los flancos de una chimenea francesa. Allí andan revueltos, sin orden aparente, con un concierto clásico en sus lomos. Azorín ha dicho y repetido que literariamente vive en el siglo XVI. Y así son las suyas relecturas. Azorín está en batín de andar por casa. Es afable. Habla poco. Atiende de cuando en cuando. Otras veces parece ausente, perdido en el laberinto de sus recuerdos. Así como su prosa, su figura está también estilizada, reducida al mínimo de expresión.

Empezamos a hablar. Le explicamos que querríamos para MUNDO HISPÁNICO seguir el curso de veinticuatro horas de su vida, hasta donde nos quiera dejar pasar. Azorín se hace explicar la cosa dos o tres veces. Parece desconfiado. Parece cansado, de vuelta de todo. Estatua. Y nos dice que tiene que pensarlo. Apunta en un cuaderno con letra espatarragada, grande, desigual, nerviosa, unas cuantas cosas. Nos dice que volvamos, que llamemos. Y entonces, ya sin el prejuicio de la entrevista, es cuando se pone a hablar.

Hay una mesa pequeña, y de uno de sus cajones, donde todo anda ordenado, Azorín saca siempre el papel a punto, la cita de la productora que quiere hacer un guión de cine sobre su vida, el nombre de la visita del otro día, el recorte de un periódico fran-

El hombre que viajaba en los "mixtos" para bajar en cualquier estación

cés, la nota de un diario español. Pero lo grave, alarmante y nervioso son los silencios. De vez en cuando una lágrima le cae del ojo derecho y saca el pañuelo, limpio como una bandera, para atraparla. De cuando en cuando saca el tema del cine. Ya sabe todo el mundo que Azorín va a los cines de barrio, que se ve las películas dos o tres veces, que le gusta bastante el cine norteamericano y que sufre algo, y no siempre, cuando en la cartelera se encuentra con una película española. Por la calle de Cedaceros es fácil verlo camino del Palacio del Cine, del Panorama, o bajar para ir al Gong. Ha descubierto tarde el cine, y es como si andara con afán de desquitarse. Pero aparte su enorme sensibilidad y sus aciertos parciales, que a veces son redondos y definitivos, como bien registrara García Escudero, es la víctima de una educación anticinematográfica. Las seiscientas películas que se ve en tres años no impiden que vea el cine como teatro.

El cine como obsesión

Pero ya ha cogido el tema y no hay manera de darle vuelta. Se le nota obseso. A ratos parece irónico; otras veces, escéptico. Se encoge de hombros. Desde hace veinte años renunció a hacer vida de sociedad, y ahora, por lo experimentado, renuncia a recibir visitas, salvo excepciones. La verdad es que el hombre tiene ochenta y cinco años, y todos los miramientos y respetos que se concedan a un abuelo de esta extraordinaria categoría parecen pocos.

En otro tiempo, los estudiantes que venían de cualquier país hispanoamericano traían el propósito de visitarle. Algunos lo hacían. Creo que a veces los decepcionaba y que en seguida se hacían asiduos de don Pío Baroja. Porque Azorín es frío como el agua del río, escasamente comunicable. Ya de joven, cuando escribía con lápiz *La ruta de Don Quijote* y viajaba en los trenes mixtos, esos que se paran en todas las estaciones, para poderse bajar en la que le viniera en gana, se mantenía herméticamente callado en el departamento; no le gustaba entrar en relación con sus compañeros de viaje. No le gusta hablar. Y estando lleno de anécdotas y sucesos, de ejemplos y de cosas, le remite a uno en seguida a la biografía que escribió Angel Cruz Rueda. Pero hay una excepción, y es el cine. Ha cogido el tema por los cuernos y no lo suelta; lo zarandea, le da pases de una a otra orilla, y así un buen rato. Quiere decirse que ya no hay posibilidad de hablar de otra cosa, que la visita ha sido parcialmente un fracaso. No total, porque ya es algo oírle hablar, aunque sea de cine sólo. Y Dios sabe si volveremos a conseguir que se nos abra la puerta.

A los ochenta y cinco años teme a la leucemia

Distraídamente curioseamos por el cuarto de trabajo. Allí, sobre una mesa, está la Underwood que le regaló *La Prensa*, de Buenos Aires, al tiempo que le comunicaba su propósito de no admitir más originales manuscritos. En esa máquina, con un papel en cuyo ángulo figura impresa una sola palabra: *Azorín*, en caracteres que parecen de esos ingleses para cuaderno de colegiala, el maestro ha escrito muchas cosas.

—*¿Por qué no escribe ahora?*

—Me da miedo. No lo hago porque creo que va a salirme mal.

—*¿Ya no se levanta de madrugada?*

—No. Desde la caída. Antes sí; a las tres me ponía en pie. Y escribía. También iba más al cine. (Vuelta al tema.)

—*¿A qué le teme más de nuestro tiempo?*

—A una enfermedad: la leucemia.

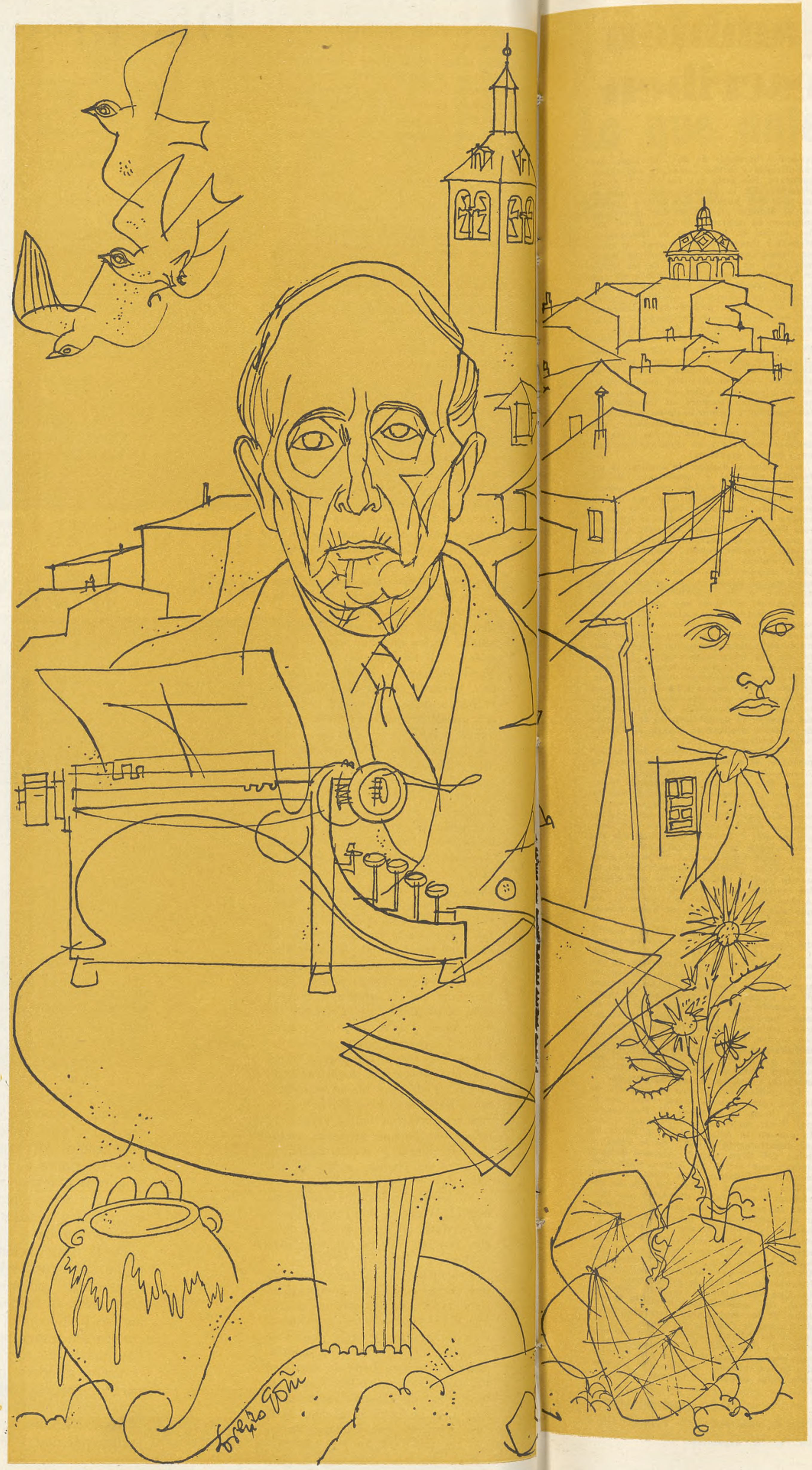
—*¿Qué es lo primero en el escritor?*

—La observación.

Las preguntas las hemos disparado rápidas, tratando de no ofrecerle ocasión para rehacerse, quebrantando su sistema cartesiano. Porque no era esto lo que queríamos: una entrevista al uso, sino un Azorín íntimo en su vida de cada día para destaparlo al lector de Hispanoamérica. Pero, a falta de ese pan amasado y cocido en su salsa, queda aquí esta apresurada imagen del hombre que puso, indudablemente, orden, limpieza y sencillez en el castellano, pero que a veces parece como un extraño en cuanto hombre. Nadie diría que es levantino. Allí la gente es de sangre caliente. Azorín, el último del 98, está ya más cerca de ser estatua.

—*¿Qué ve en el cine?*

—Dos cosas: la explicación del tiempo y una manera de asomarme al mundo.



Discurso sobre Azorín para ser traducido en lengua náhual

Por JOSE CORONEL URTECHO

Esto
es una carta a Jesús Maravilla, obrero, indígena, de Chinandega, de Nicaragua
quien me pide noticias de Azorín y una fotografía
Quiere escribirle una canción, con letra mía, en náhual
Y este es el tema de la canción
«Yo conozco a Azorín»—digo a mis hijos, a mi mujer, a mis amigos
Y hablaré de Azorín a vuestros hijos, oh hijos míos
Cuando esté en mi país, junto al gran lago, de vuelta de Castilla
«Yo conocí a Azorín»—diré a los hijos de mis hijos
Aunque no alcance a verlos, ya desde ahora se lo digo
Porque ellos me dirán: ¿A quién has conocido?
¿A los grandes del mundo, a los señores?
Tú te has dormido en la Asamblea de la ONU
No has distinguido al Mariscal en los desfiles militares
Pero yo me decía a mí mismo: «Conoceré a Azorín», cuando era niño
Azorín era un nombre que se daba cada día a las cosas
Azorín también era el instante, el matiz, la pasajera revelación que agrupaba las cosas. Que no pasaba
Azorín era el tiempo presente para todos los días
Azorín era estar amaneciendo diario, anocheciendo en cada anochecer, encendiendo la luz, oyendo la campana del otro amanecer
Azorín era siempre el que iba paso a paso, el que se detenía, el que miraba su reloj, puntual, sin prisa, de puerta en puerta, de ventana a ventana, el que tomaba nota, el que nombraba la flor en la maceta, el que medía el sol en la pared, el que alumbraba la sombra del rincón prendiendo una cerilla, el pasajero circunspecto, que saludaba, daba los buenos días, conversaba un momento, se despedía, abría su paraguas y cruzaba la plaza bajo la lluvia
Azorín inventaba a Azorín sobre el papel con una pluma
un hidalgo letrado meticuloso con su lápiz
un señor de Castilla que cogía las cosas con los dedos como en cinco palabras y que las repartía entre nosotros
la cera
de castilla
la caña
de castilla
la paloma
de castilla
palabras
de castilla
para todas las cosas
para el *cumiche*
para la *chicha*
para el *chischil*
para la *pipilacha*
El Popol Vuh de vuestros padres puesto en palabras de Azorín para vosotros, oh hijos míos
Y era España otra vez, sin palabras de más, en pocas líneas
España poco a poco, en detalle, al dedillo, al menudeo, con minuciosidad enamorada, de mar a mar, de paisaje en paisaje, de ciudad a ciudad, de pueblo en pueblo, casa por casa, nombre por nombre, libro por libro, hoja por hoja, línea por línea, palabra por palabra, letra por letra, pero de par en par y día a día
España entera en todas sus palabras
España repartida en todas sus Españas
La España de Azorín en Cuernavaca, en Chichicastenango, en Jinotepe
Azorín era España presente en todos sus lugares
Azorín era entonces como Azorín ahora
Azorín era ayer lo que será mañana
Pues mañana era ayer como Azorín lo era
Y ayer es hoy mañana como Azorín ahora
Ahora es Azorín
Hubiéramos querido conocer a Cervantes, tenerlo con nosotros en Soconusco
Yo he conocido a centenares de poetas. Muchos son mis amigos
Pero ahora conozco a Azorín
Yo conocí a Azorín en España, en Madrid, en su casa, entre libros, rodeado de silencio, junto a una máquina de escribir
Hubo una vez un homenaje para Azorín. Yo leí este poema

Madrid, 1958

Escribe **HUGO WAST**

Un sacrilegio en que colaboramos sin advertirlo

CON mucho retardo, porque he andado lejos de mi casa, me llega el número de diciembre de MUNDO HISPÁNICO con su ingeniosa cubierta, en que se ha reproducido más de un centenar de variadísimas y hermosas tarjetas de Navidad, impresas a todo color. Son los tradicionales mensajes que, en la sagrada fecha del Nacimiento del Niño-Dios—25 de diciembre—, se cambian millones de personas en el mundo entero, saludándose y deseándose felicidad. Una mirada sobre esta interesante cubierta de MUNDO HISPÁNICO nos pone delante de un gran problema: la descristianización de la Navidad.

Es explicable que la más luminosa fiesta del cristianismo, celebrada con júbilo, especialmente en los países anglosajones, no les sea simpática a las gentes de otras religiones, que, quieras que no, se ven envueltas en los regocijos de pueblos que creen en Cristo y lo proclaman como el Hijo de Dios.

Les habría gustado suprimirla, pero era absolutamente imposible. Ni siquiera restarle importancia, porque esto habría sido un serio perjuicio comercial para muchos de los que no creen en Cristo, pero realizan muy buenos negocios con motivo de su fiesta.

Una de las formas en que antaño se ponía de manifiesto el sentido espiritual de la fiesta era el mensaje de saludo enviado en una tarjeta con un dibujo alusivo al Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo. Muchas veces era la reproducción de algún cuadro de pintor famoso; otras era un dibujo original de autor reciente acerca del mismo tema.

¡Eso sucedía antes! Ahora, desde hace varios años, el panorama ha cambiado: se siguen enviando tarjetas de Navidad con preciosos dibujos, que rarísima vez contienen alguna alusión al Nacimiento del Redentor.

Lo demuestra muy bien la portada de MUNDO HISPÁNICO, donde, sobre cien tarjetas, apenas habrá cinco o seis que se refieran al único asunto que en tal día no se debiera escamotear. ¿Inadvertencia solamente? Creo que lo es en el caso de la mayoría de los que envían las tarjetas, pero no tanto en el de los que las dibujan y editan. Con amargura sospecho una aviesa voluntad, muy disimulada, pero eficazmente servida, de ir destiñendo, poquito a poco, el sentido cristiano del 25 de diciembre.

Otra de las formas cristianísimas de celebrar la Navidad en los hogares creyentes era el construir por los padres o los niños un minúsculo «nacimiento», como se llama en buen español ese conjunto de figuritas movibles, agrupadas en el simulado portal de Belén, alrededor del Niño-Dios reclinado sobre unas pajas. La Santísima Virgen, San José, los Reyes Magos, los pastores, los ángeles, el asno, el buey y todo cuanto podía adquirirse para realzar la representación del sagrado misterio.

Los que de niños han vivido esos días en que en su casa se preparaba el «nacimiento» (o el «pesebre», como también se le llamaba) conocen una de las más hondas emociones de la vida y no la olvidarán nunca. Es todo un dogma cristiano, impreso para siempre en el corazón y en la imaginación de una persona.

Ya los «nacimientos» o «pesebres» han desaparecido también de casi todos nuestros hogares, suplantados por el anodino árbol de Navidad, más barato ciertamente, pero que no tiene ningún sentido religioso y que se erige sin dificultad en el hogar de un pagano o de un mofador de Cristo. El «nacimiento», el «pesebre», es como un crucifijo; no se puede instalar sino en la casa de los bautizados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Se ve, pues, de qué manera habilísima, poco a poco, se va quitando a nuestra radiante Navidad su verdadero significado; y lo peor del caso es que los cristianos, especialmente los católicos, colaboramos, sin advertirlo, en este sacrilegio.

H. W.

Buenos Aires, 1958.

Los LECTORES también escriben

Hemos visto acá los últimos números y el especial dedicado a León. Este último muy, pero muy bueno. Felicitaciones cordiales.

En la plana veintiocho del número de septiembre nos dimos con la grata sorpresa de viejos amigos nuestros. Os agradecemos.

Nos hubiera agradado que, para que en todas las otras regiones de habla hispana no se confundan, las fotos, al menos las de la plana veintinueve, llevaran rótulos indicando que son «huacos» y no «mates» (ya que el título así parece indicarlo). La palabra «mate», en esa acepción, por supuesto, sólo se usa en parte de Sudamérica. Hace poco, de México, nos preguntaban qué era. Pues, para responder a toda Hispanoamérica, habría que decir: «Señores, se trata del mate, poro, puru, puruncu, porongo, poto, cojudito, guaje, acocote, tecomate, tecomal, jícara, güira, güiro, güícharo, guajey, totumo, totuma, tutuma, tula, tatuco, tatuca, tatuque, higüera, etc.» Se trata (para los hispanos, no americanos) de los frutos de dos plantas de los géneros Lagenaria (Cucurbitáceas) y Crescentia (Bignomiáceas), con el agravante de las varias especies (como sería Crescentia cujete, C. alata, etc.), y aún más, que un mismo vocablo, según la zona americana, varía, por ejemplo: jícara (del nahuatl: «xicalli), en México es el fruto de Lagenaria; en Guatemala, de Crescentia; en el Perú, un jarrito de arcilla, y en la Argentina, una tacita de loza. Aun en un mismo sitio digamos acá en La Plata, «matecito» (para tomar la infusión de «yerba») puede ser del fruto de Lagenaria, o un jarrito de fierro enlozado, o de plata, con adornos de oro. Lo que sí hay que destacar es que se trate del «fruto de la calabacera» (Cucurbita pepo, C. máxima, C. moschata, etcétera), como parece afirmar Carmen Nonell, autora del artículo.

Bueno, pero todo esto de los mates no tiene absolutamente nada que ver con los «huacos» de las fotos. Entre unos y otros media tanta distancia como podría haber entre, por ejemplo, los hermosos claveles leoneses de María Teresa o las muñecas españolas de doña Maruja González Herrero, y... los vasos alfareros de los suevos o visigodos (...¿tuvieron alfarería los suevos y visigodos?). Para la articulista el tiempo no reza (¡ojalá fuera!), y aun a los peruanos se nos hace difícil desenmarañar aquel artículo (hecho con tan buena intención y que nosotros de corazón agradecemos) que salió un poquitín «enredao».

Comencemos contándole a C. N. que «lo que fuera Tahuantinsuyo» hoy es algo más que Perú; es también sur de Colombia (río «Angasmayo», dicen los cronistas), Ecuador, Bolivia, noroeste de Argentina y norte y centro de Chile (río Bío-bío). Que no hay tal «raza inca». «Inca» quiere decir rey o monarca. En todo caso se puede usar el adjetivo «incaica» para designar a los quechuas.

No somos de la opinión, tan optimista, de nuestra escritora, de que hubiera aquellas grandes y alegres regatas en el Titicaca, entre «canoas fluviales de valiente curvatura y altiva proa», «doradas balsas de los aymaras» y «raudas canoas de los quechuas imperiales», porque las primeras eran (y son) de la hoya amazónica (siendo el «divortium» nada menos que la cordillera oriental de los Andes, o de Caravaya, con picos que llegan a los seis mil). Sus dueños no fueron nunca dominados por los quechuas: en cuanto a las últimas, serían las grandes balsas del Pacífico de que hablan los historiadores. Los «caballitos de totora» del Titicaca son de los uros—no de los aymaraes—, seres de los más primitivos, que etnológicamente parecen pertenecer a la familia Arauaca (tiene una frase famosa: «Cuando los hombres vinieron al mundo ya los uros existían.»).

Leemos luego: «las filigranas alfareras, tocadas de incomprensible influencia mediterránea, como en el famoso "torito de Pucará", idéntico al toro ibérico», y en la plana cincuenta y nueve: «¿Qué pensar, por ejemplo, del ya citado toro de Pucará, labor inca, que bien pudiera confundirse con el toro ibérico?» ¡Válgame Dios, señorita! Le parece «incomprensible» la influencia mediterránea... ¡después de tres siglos de vida española! ¿Y qué es aquello de «idéntico al toro ibérico» y «pudiera confundirse»? Si aca, en esta América, no se conoció más toro que el que trajeron de España. Y, aunque parezca raro, la primera corrida que se vió en mi Lima linda (posiblemente en Sudamérica) fué, recién, el lunes 29 de marzo de 1540, y el propio don Francisco Pizarro mató el segundo toro a rejonazos.

Los «toritos de Pucará» no los pudieron—¡jamás!—modelar «los incas»: primero, porque no conocían «toritos», y segundo, porque... ¡quiá!, ¡cualquier día un inca se iba a «rebajar» con los alfareros!

Igual le sugiero, C. N., que se olvide de «los exquisitos tejidos de jipi-japa», «los cromados bordados de sus alforjas», «los complicados y bellos jaeces de sus cabalgaduras». Eso sería (¡y fué!) en la época virreinal. En la incaica, no. Jipijapa es un simpático pueblecito de la hoy provincia de Manabí (Ecuador). Los incas consolidaron su imperio a lo largo de los Andes, no así en las costas de Esmeraldas, Manabí y Guayas. (Ulteriormente se hicieron famosísimos los sombreros «de Panamá», que, en realidad, son de las lindas costas ecuatorianas.) En cuanto a las «alforjas y jaeces de sus cabalgaduras...», de haberlas conocido los quechuas, ¡quién sabe qué hubiera pasado en Caxamarca! No, señorita; sólo había llamas. Las llamas no resisten el peso de un hombre.

Creo que ya queda poco por añadir... En todo caso (posibles errores de imprenta), que la palmera para hacer punta de flechas y lanzas se llama «chonta» y no «chanta»; que el dios Sol era «Inti» y no «Int»; que no se dice «al huahua», sino «a la guagua», siempre en femenino, ya sea machito o hembrita, pues se traduce por «criatura» (no hay «criaturo»), y que a los habitantes de las tierras bajas les decimos «yungas» y no «yuncas» (me suena a yuca o mandioca).

La escritora, después de explicar la artesanía, virreinal y republicana, de los mates burilados (confieso que no conozco los «huancas» cerrados, que «no pueden servir más que como objeto»; lo que sí venden en toda la zona «huanca» son «mates» llenos de un dulce: «frejoles colados», o sea, porotos, caraotas, frijoles, fríjoles, frisoles, fresoles, fesoles, habichuelas, habillas, alubias, judías, etc.), después de explicar aquello—decía—, da un salto hacia atrás en el tiempo y ¡ya estamos «huaqueando», o sea, desenterrando «huacos» preincaicos! (El «pre» hay que recalcarlo.)

Dice nuestra linda amiga: «Es creencia aceptada por los arqueólogos que los alfareros americanos conocieron el uso del torno de alfarería.» ¡Sensacional! Es un punto que nos interesa muchísimo. Le agradeceríamos a Carmencita que nos indicase el nombre del arqueólogo o, de ser posible, el libro donde aparece tal noticia. Por acá siempre se ha afirmado que, en América, la rueda fué desconocida hasta la llegada del español. El descubrimiento de un torno de alfarero prehispano echaría por tierra dicha hipótesis.

El siguiente párrafo, aquel del «primer período», el parecido a las «producciones europeas», etc., sí que está bastante confuso... Nos parece algo aventurado levantar castillos sobre basamento tan endeble. Resulta demasiado vago hablar de «períodos» sin especificar antes a qué civilización nos estamos refiriendo. América siempre ha sido (¡lo es hoy!) cohabitada por civilizaciones de diferentes rangos de cultura (junto con los que viven la época supersónica, atómica e interplanetaria, tenemos pueblos que ignoran la agricultura, los instrumentos metálicos, la ropa, etc.; Ambos extremos sólo se asemejan... en que desconocen el pecado de matar cuando se saben más poderosos).

Por las fotos (principalmente aquella del tope de la plana 29) nos enteramos (... pero ¿los de otras comarcas hispánicas?...) que los vasos-retratos que la autora dice que se han encontrado en las tumbas incas, que son «trabajos artesanos de los incas» y «que presentan, en plástica reproducción, los caracteres de tipo étnico "peruano"» (¡los criollos, cholos, negros, mulatos, zambos, injertos, chinocholos, pardos, jalados, cuarterones, etc., etc., unánimemente... disculpamos a la articulista), por la foto, digo, nos enteramos que aquellos «huacos» son de la civilización mochica, o sea, son «vasos de Trujillo».

La civilización mochica se extendió en la hoy costa peruana, desde Piura, por el norte, hasta la fortaleza de Paramonga, por el sur, en el valle de Pativilca, o sea, lo que en la actualidad es el límite de mi departamento (Lima). Se le llamó el reino del Gran Chimú. Algunos autores opinan que serían de origen maya, por muchas similitudes; entre otras, las magníficas pirámides escalonadas. En su cerámica, tan típica, se distinguen dos épocas: la primitiva, llamada «paleo-chimú» o «proto-chimú», se caracteriza por sus huacos de arcilla blanca con ornamentaciones en pardo o rojo claro, y la «neo-chimú», o simplemente «chimú», por sus huacos negros. Esta civilización, como tantas otras, fué avasallada por los ejércitos incaicos en su continuo avance imperialista. Una vez dominada, también como las otras, fué «quechuizada» mediante el sistema de los «mitimaes» (transplantación de grupos de familias de una a otra comarca del dilatado imperio, para homogeneizar la población). De los vasos-retratos sólo quedó el recuerdo, y los que, enterrados en las «huacas», saldrían a la luz muchos siglos después... o tal vez nunca.

ALDO ARBOCCO ARCE

Calle 49, núm. 932.

La Paz (R. Argentina).

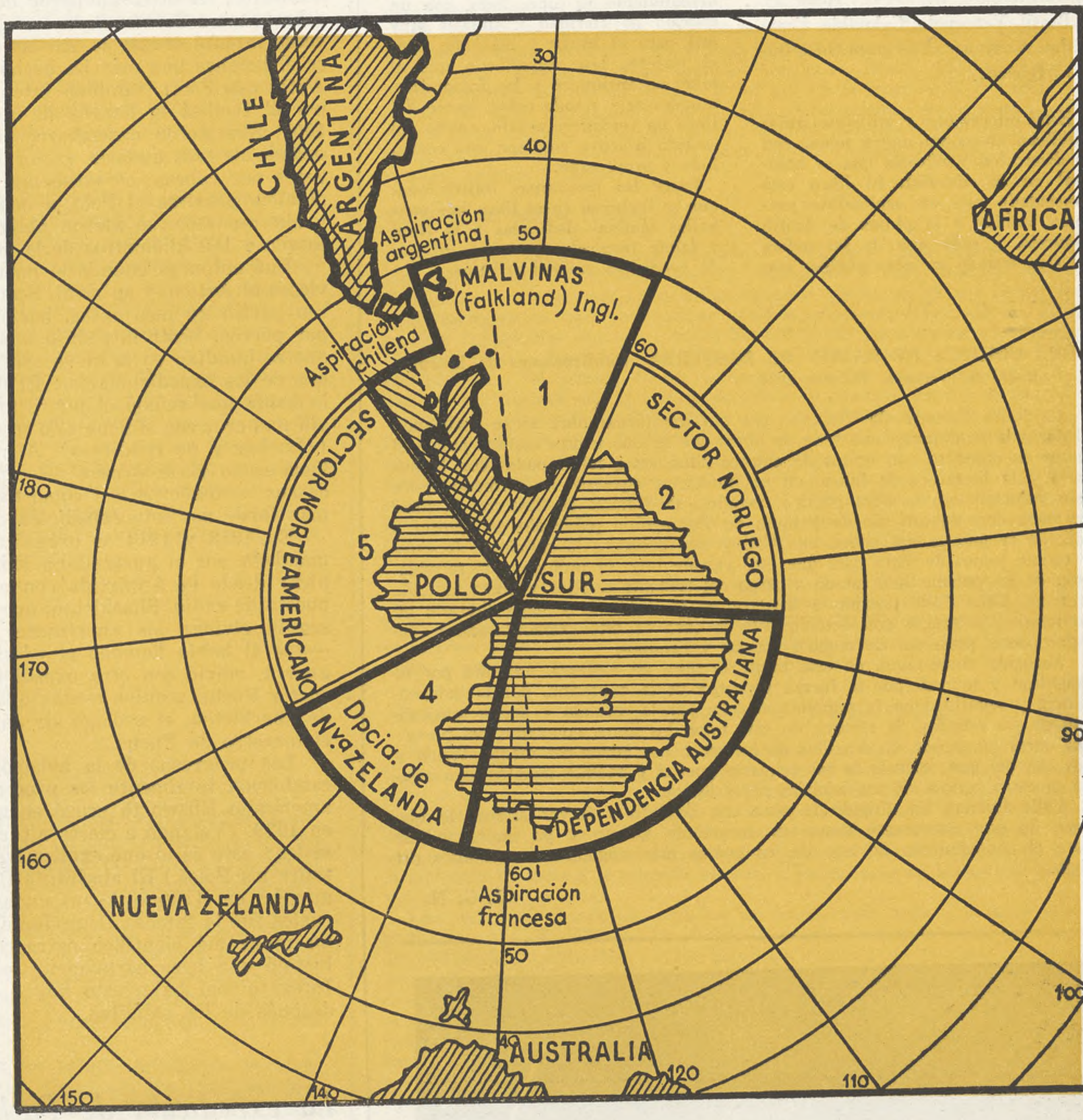
Lo que antes era una aventura trágica es hoy un deporte caro y sin peligro

(Viene de la pág. 12.) un científico de cabeza clarísima, un literato de pluma ágil y un patrón con sentido natural de los hombres y de las cosas.» Iba también en el equipo un tipo encantador, artista, zoólogo y doctor en Medicina, llamado Wilson.

Un ligero velero, el *Discovery*, los llevó felizmente hasta la costa antártica. Establecidos los cuarteles de invierno, pasaron allí dos años, muy ocupados en hacer excursiones en trineo, en escribir minuciosos diarios y en tomar fotografías. Un día Scott subió en un globo para tener una visión de conjunto de las tierras interiores. Wilson, más conocido por los expedicionarios como «Uncle Bill», el «tío Bill», pintaba deliciosas acuarelas, en que los púrpuras se mezclaban con los azules. Era un hombre tan exquisito como templado, capaz de aguantar las bajas temperaturas antárticas—al igual que sus compañeros—sin más protección que los sacos para dormir y las ligeras tiendas, que se agitaban bajo las tormentas.

Al fin llegó el gran día, a fines del año 1911: la ruta del Polo esperaba sólo a unos hombres intrépidos. Sir Edward Evans mandaba el último equipo auxiliar; el 4 de enero de 1912, a poca distancia del Polo, dijo adiós al patrón y a sus tres hombres y volvió al campamento. Tenían las barbas llenas de hielo; el rostro, de cicatrices; los labios, sangrantes. Pero no habían perdido el valor. El 17 de enero, Scott llegó al Polo: había una bandera noruega y una nota de Amundsen explicando su hazaña. Posiblemente, en ese momento todo el valor moral de Scott se vino abajo. Escribió en su diario: «Qué sitio más horrible.» Y abrumado por la humillación, el equipo británico emprendió el regreso.

Fué terrible. Uno de los hombres, un galés fuerte como un oso, resbaló y se hirió en la cabeza. Pocos días después lo enterraban. La naturaleza se desataba contra ellos y el viaje se hacía penosísimo, perdiendo días y provisiones. En una noche de tormenta, el capitán Oates abandona la tienda y se pierde en el desierto helado; deja una nota a sus compañeros: está enfermo y es una rémora; sin él podrían llegar; con él, perecerían todos. Quedan, pues, sólo tres del equipo: el doctor, el teniente Bowers—un muchacho valiente y entusiasta—y Scott. Pero están sentenciados. Scott prevé en su diario el final, que acepta con serenidad. Con las manos heladas escribe las últimas líneas, que demuestran un espíritu admirable: «Es mejor morir aquí que en un hogar confortable.» En Hut Point los esperaba un grupo que arrostró con una provisión de cuatro semanas todo el invierno. Pero fué en vano. No volvieron a ver a Scott, a «tío Bill» ni al teniente Bowers.



El mapa ofrece la división —más o menos oficial y un tanto aceptada por inercia—del casquete polar. Como se ve, una grandísima parte está bajo la influencia británica, ya que el sector número 1 corresponde a Inglaterra, el 3 a Australia y el 4 a otro país de la Commonwealth: Nueva Zelanda. La influencia inglesa en el sector 1 se apoya en la posesión de las Malvinas, islas tan justamente reclamadas por la Argentina a lo largo de los años. Los sectores noruego y norteamericano encuentran su argumento en las exploraciones realizadas por científicos y adelantados antárticos de aquellos países. Existe también una no muy amplia aspiración francesa en la zona de Adelaida, y también Suráfrica, por proximidad geográfica, aspira a una zona. Motivos históricos, geográficos y políticos—como ya se expuso en otra ocasión en estas páginas—fundamentan las justas pretensiones argentinas y chilenas sobre la Antártida.

Shackleton, el hombre de los hielos

El hombre más duro y más osado que ha conocido la Antártida ha sido, probablemente, Ernest Shackleton. Formó parte de la primera expedición de Scott, en 1901, y con él salió en la primera expedición al Polo desde el mar de Ross. El escorbuto hizo presa en

LIBROS ABIERTOS

LAS CIEN MEJORES POESIAS CUBANAS, por José María Chacón y Calvo. Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1958.

El ilustre director de la Academia Cubana de la Lengua y correspondiente de la Real Española, José María Chacón y Calvo, ha publicado esta segunda edición de su cuidada e interesante antología. A la manera de Menéndez Pelayo con *Las cien mejores poesías de la lengua española*, él recogió en su día este florilegio de la poesía cubana, libro tan favorablemente acogido, que pronto fueron rarísimos los ejemplares que se pudieran encontrar del mismo. Y las Ediciones Cultura Hispánica nos ofrecen ahora esta segunda edición.

Realmente, la obra acoge solamente a los poetas cubanos del siglo XIX, pero su valor didáctico y crítico es meritísimo. Las notas que el profesor Chacón y Calvo ha escrito para situar y presentar a cada poeta son un modelo de claridad y de serenidad de juicio. Valores ya tratados detenidamente por estudiosos y críticos de la lírica universal—José María Heredia, Gertrudis Gómez de Avellaneda, José Martí o Julián del Casal—son aquí tratados de nuevo en sus breves pórticos con una agudeza y una novedad sorprendentes.

El ilustre académico, al dar de nuevo a la luz este libro, ha puesto de manifiesto su gran conocimiento de la literatura en general y su magnífico *gusto* para situar ante el lector la mejor poesía cubana de un siglo.

L'AMERIQUE DU SUD. Tomo I: Brasil, Venezuela, Colombia, Ecuador, Guayanas. Ediciones Odé. Doré Ogrizek.

Estas interesantes y utilísimas guías publican ahora un nuevo tomo, con la discreción y eficacia que es habitual en la editorial. El libro está presentado con un espléndido prefacio, debido a la pluma de André Maurois, y cada uno de los países ha sido tratado en estas páginas con detenimiento y, sobre todo, con un criterio de claridad y síntesis muy útil para el lector y más aún para el viajero. Los mapas con que el tomo se enriquece y las fotografías, numerosas y a todo color, hacen del libro un verdadero regalo, aparte del sentido práctico con que está concebido y proyectado.

Entre las trescientas ilustraciones que se incluyen en el libro hay unas bellas láminas dedicadas a la flora y fauna tropicales y varios dibujos de verdadera calidad artística.

OBRA POETICA DE RAMON DE BASTERRA. Publicaciones de la Junta Cultural de Vizcaya. Bilbao, 1958.

La Junta Cultural de Vizcaya, que tan meritísima obra viene realizando al dar a la publicación una serie de libros que de una u otra manera ponen al lector en contacto con textos de autores bilbaínos o relacionados con la historia y la literatura de Bilbao en sus múltiples aspectos, ha formado ahora este volumen con la obra poética completa de Ramón de Basterra. El libro se inicia con un artículo de Joaquín de Zuazagoitia publicado en Madrid a raíz de la muerte del poeta, en 1928, y que conserva la suficiente frescura y sereno punto de vista para que esté vigente hoy. El prólogo y la recopilación de los poemas han estado a cargo del brillante escritor y poeta E. Calle Iturrino. Sitúa Calle Iturrino a Basterra en el ambiente y lugar literario de su tiempo, y estudia con detenimiento la obra de este extraordinario y singular poeta, precursor de muchas formas y caminos.

Recogida ahora aquí, en este tomo, la obra de Basterra, asombra por su magnitud y unidad, por la fuerza poderosa de la expresión, por la independencia y seguridad en la temática elegida, por la rotunda y ancha musicalidad de sus estrofas. Se recogen en este tomo los libros conocidos del poeta: *Las ubres luminosas, La sencillez de los seres, Los labios del monte, Virulo* y *Las alas del lino*, además de sus primeras poesías y poemas inéditos, con alguna muestra curiosa de sus iniciales pasos líricos.

Calle Iturrino ha dirigido la obra con cuidado y fervor amical, lo que hace de este interesante tomo un documento valioso y ya imprescindible para el conocimiento de uno de los poetas más singularmente valiosos del siglo.

J. G. N.

Los derechos en las "tierras ... sido heredados

Shackleton, que, a pesar de los terribles sufrimientos, se negó a desistir de la expedición; pero la pérdida de casi todos los perros y de parte de las provisiones los hizo dar marcha atrás.

Entre Shackleton y Scott se estableció una competición semejante a la que luego se ha originado entre Fuchs y el neozelandés Hillary; eran también dos tipos diferentes: el uno, un marino mercante; el otro, un héroe de la Royal Navy. Shackleton quería sobrepasar a Scott a toda costa, y aunque fracasó como él—por dos veces intentó cruzar la Antártida sin conseguirlo—, probablemente es el hombre que más ha hecho por el conocimiento del continente. Antes que Scott, también intentó alcanzar el Polo, y lo conseguido por él facilitó la hazaña de Amundsen. En efecto, en octubre de 1907, Shackleton desembarcó en la bahía de MacMurdo, y, acompañado de tres audaces exploradores, provistos de cien kilos de víveres por cabeza, atravesó las montañas heladas y llegó a la altiplanicie próxima al Polo, a una altura de 3.500 metros. Exhaustos y sin recursos, se vieron obligados a regresar, después de haber estado a 150 kilómetros de la meta.

Fué entonces cuando el noruego Amundsen, famoso ya por sus viajes al Artico, y su rival, Scott, decidieron probar suerte. Amundsen partió un mes antes, haciendo el viaje en trineos arrastrados por perros. Scott introdujo una novedad: los caballitos manchúes, que se hundían en la nieve profunda y que acabaron en los estómagos de los expedicionarios. El marino inglés llegó al regreso hasta la bahía que señaló el punto final de la expedición de Fuchs. Hay allí una cruz con el lema *«To strive, to seek, to find and not to yield»* («Luchar y no rendirse»). A manera de amuleto, el doctor Fuchs llevó en su viaje el reloj del capitán. Pues el cuerpo de Scott y los de sus compañeros, así como todos sus papeles, fueron encontrados más tarde por una expedición de socorro.

En 1913 y 1914 se organizan otras expediciones, una de ellas mandada por el australiano Mawson, que fué el primero en comunicar desde la Antártida con el mundo exterior por medio de un puesto de radio. Shackleton, que había regresado a Londres, no conseguía olvidar los «horizontes perdidos» del séptimo continente —que él había llamado el «desierto del hambre»—, y, acabada la guerra, volvió con otra expedición. Su heredero directo ha sido el doctor Fuchs, a quien contagió la fiebre del hielo uno de los hombres de Shackleton, el geólogo sir James Wordie, que fué en Cambridge el maestro de Fuchs.

Los progresos de la aviación tras la primera guerra mundial cambiaron totalmente los procedimientos de exploración. El norteamericano Ellsworth cruzó en avión la Antártida por vez primera en 1939. (Volando a cierta altura, las condiciones de vuelo son normales; esto es lo que explica las ventajas de los vuelos comerciales sobre los Polos.) El almirante Byrd empleó la aviación como medio auxiliar en el curso de sus numerosas expediciones, la última de las cuales fué la famosa High-Jump, que llevó a cabo entre 1946 y 1947 un programa científico extraordinario. La operación Deep-Freeze instaló una base permanente en el mismo Polo. El Año Geofísico Internacional ha puesto hoy a la Antártida en un primer plano, después de los satélites.

La expedición de Fuchs

Fuchs es un geólogo y no podía contentarse con estudiar desde los aires el continente, aunque en la preparación de su arriesgada travesía los helicópteros y aviones resultaron muy eficaces.

El explorador de comienzos de siglo no sólo tenía que batallar heroicamente para avanzar; lo más terrible era el regreso. Cada paso que daban hacia el Polo Shackleton o Scott tendría que ser desdoblado al regreso en peores condiciones. Sir Edgar Evans, el último hombre que vió vivo a Scott, cuenta cómo se salvaron él y sus compañeros tirándose en tobogán por una cascada de hielo y recorriendo en veinte minutos el camino de tres días, cuando ya andaban faltos de fuerzas y provisiones. Hoy, los equipos, provistos de radar, avanzan en dirección al Polo conversando con las bases de donde han partido, dando toda clase de pormenores al mundo

concedidos a España en el siglo XV, desconocidas del Sur'' han por la Argentina y por Chile

exterior—algunas veces indiscretos, como ese telegrama que envió Hillary a Fuchs intentando hacerle desistir de la expedición—, y son aprovisionadas, gracias a los helicópteros o a los aviones calzados con esquíes, tanto de combustible como de cualquier medicamento imprevisto; uno de los miembros de la expedición de Fuchs presentó síntomas de intoxicación por óxido de carbono y fué salvado gracias a un balón de oxígeno que les lanzó un avión norteamericano.

Lo que era antes una aventura trágica es hoy un deporte un tanto caro y para gente dura, pero no demasiado peligroso. Luego están los caprichos del tiempo, que pone buena cara a Hillary y siembra de dificultades el camino de Fuchs. Pero la tortura física y moral de los tiempos de Scott es inimaginable.

Cuarenta y cuatro estaciones hay instaladas en el continente y once países están representados en la Antártida. Norteamericanos y rusos han gastado el dinero a manos llenas; los primeros cuentan con siete estaciones, entre ellas dos muy importantes: la de MacMurdo, por su campo de aterrizaje—instalado a base de planchas de hierro—, y la Little America, la estación meteorológica más importante de la Antártida. Los rusos cuentan con cinco: una de ellas, la de Mirny, está espléndidamente instalada. Australia sostiene dos bases en el continente y una tercera en las Macarias. Francia tiene otras dos estaciones continentales y otra en las Kergueles. Muy importante ha sido la labor de Nueva Zelanda, que de manera tan brillante ha contribuído a la expedición del doctor Fuchs. Noruega, que fué la primera en alcanzar el Polo y que ha explotado de manera especial la industria ballenera de aquellas costas, no sostiene más que una estación; otra más Japón, y una, asimismo, Bélgica. Africa del Sur ha instalado dos bases, una en las islas del Príncipe Eduardo y otra en la isla de Gough.

Los derechos de las Repúblicas hispanoamericanas

La Argentina y Chile vienen sosteniendo una denodada lucha por sus intereses en la Antártida, que basan en una tradición histórica y en unos derechos que dicta la misma geografía. En efecto, España poseía en el siglo XV la prerrogativa sobre las «tierras desconocidas del Sur», y esta herencia es la que han recogido las dos Repúblicas hispanoamericanas. Chile basa también sus reclamaciones en el hecho de que la península de Graham no es más que una continuación de la cadena montañosa de los Andes. Los sismólogos están especialmente interesados en descubrir en el continente antártico las causas de los seísmos que agitan periódicamente la barrera andina.

Desde 1904, un equipo argentino ha estado prestando servicio en el observatorio instalado en las islas Falkland. En 1943, los británicos desmantelaron las instalaciones y se llevaron a los ocupantes como inmigrantes ilegales, ofreciendo luego solventar la cuestión ante un Tribunal internacional. En 1947, la Argentina y Chile enviaron expediciones importantes, que instalaron en las islas Shetland y en la península de Graham estaciones meteorológicas. Ambos países se han negado siempre a aceptar la resolución de un Tribunal internacional y se han opuesto rotundamente a la internacionalización del territorio, aunque están dispuestos a secundar cualquier iniciativa de tipo científico, como han venido haciéndolo a lo largo de todo el siglo.

La Argentina es el primer país que ha pensado en organizar un crucero de placer. En el verano polar los barcos pueden acercarse hasta la barrera de hielo. La temperatura en algunos parajes no es desagradable y el paisaje en muchos es de una grandiosidad y de una belleza incomparable. Por algo los expedicionarios como Shackleton no soportan luego la vida en las grandes ciudades y ansían volver al séptimo continente, que es para el hombre fatigado de nuestra época un auténtico bálsamo de silencio y paz.—E. A.

La palabra, la imagen, la letra...

Teatro

LOS TRES ETCETERAS DE DON SIMON, de José María Pemán.

Don José María Pemán ha estrenado en el teatro Recoletos, de Madrid, una pieza teatral titulada *Los tres etcéteras de don Simón*, a la que se le pueden encontrar precedentes, parentesco y paralelismo más o menos directos..., siempre que no vayan a buscarse en la anterior producción dramática del señor Pemán. En ésta lo más que encontraríamos iba a ser algún que otro atisbo, muy aislado y como vergonzante, de la pícara desenvoltura y el ágil desparpajo—muy en la línea del género *boulevardier* galo—, que constituyen las principales características de esta farsa estrenada ahora por el autor de *El divino impaciente*.

Aun cuando la trama ha sido tomada de un lance atribuído a Simón Bolívar, Pemán la ha situado en la Andalucía alborotada de la guerra de la Independencia, convirtiendo al protagonista en un gobernador afrancesado; a su lado, un personaje femenino, cuya profesión define muy exactamente el expresivo «nombre de guerra» con que es conocida—*Marifácil*—, y unos pocos tipos más, trazados todos ellos con tino que acredita el buen oficio que posee el comediógrafo, bastan para tejer un enredo vodevilesco sin mayor trascendencia, pero con ingenio en diálogo y situaciones más que suficientes para hacer pasar un rato amable a los espectadores.

En este género de piezas, deliberadamente frívolas, la interpretación es un factor siempre decisivo, y, en el caso que nos ocupa, a ella ha de atribuirse en buena medida el éxito logrado. Guillermo Marín, Mari Carrillo y Gracia Morales—ésta en un trabajo de los que en la jerga de la farándula se califica de «muy agradecido», por propicio al lucimiento—incorporaron muy certeramente sus respectivos personajes, bien secundados por el resto de la compañía titular del Recoletos. La dirección, de Carmen Troitiño y Manuel Benítez, correcta y fácil.

PATATE, de Marcel Achard.

Cuando un autor tan experimentado e inteligente como Marcel Achard logra el hallazgo de un tipo lleno de verosímiles y muy humanas contradicciones como lo es este León Rollo, apodado *Patate*, en el que la envidia y el resentimiento hacia un antiguo condiscípulo suyo, triunfante en todo, resultan compatibles con una esencial bondad y una poco menos que insólita candidez, todo lo demás es coser y cantar. Tanto en su concepción como en el planteamiento del asunto, *Patate* evidencia para los espectadores hispanos una notable afinidad con la manera de hacer de nuestro Arniches en las más afortunadas de sus tragicomedias. Pero esta afinidad desaparece en el desarrollo de la acción, a causa posiblemente de la mentalidad típicamente francesa de los personajes ideados por Achar. A lo largo de toda la trama el autor mantiene un difícil equilibrio entre la farsa y el melodrama, con perfiles sainetescos y relieves casi trágicos, y sólo en el desenlace se pierde un tanto este meritorio equilibrio, y no porque la solución dada al asunto sea improcedente, sino por los convencionalismos en que para llegar a ella tiene que incurrir.

Antonio Vico es un gran actor, y su creación de *Patate* lo atestigua una vez más. Conchita Montes es tan elegante y tiene tanto talento, que con ello le basta para agradar siempre a los espectadores. Muy bien y ajustados a sus respectivos cometidos Carmen Carbonell, Gabriel Llopart y Ana María Custodio, y excelente la traducción de Juan Ignacio Luca de Tena.

CAMINO REAL y LA ROSA TATUADA, de Tenessee Williams.

El Teatro Nacional de Cámara ha estrenado en Madrid *Camino real*, de Tennessee Williams, y pocas jornadas después la compañía Pequeño Teatro daba a conocer *La rosa tatuada*, del mismo autor. De este modo, y casi simultáneamente, se han presentado a los espectadores madrileños dos obras de quien tiene en su haber títulos tan universalmente famosos como *Un tranvía llamado Deseo*, si bien la difusión de la primera de ellas queda por el momento limitada a la minoría habitual a las sesiones de los teatros experimentales y de cámara.

Con una frase paradójica, pero no tan incoherente como a primera vista pudiera creerse, T. Williams ha situado la acción de *Camino real*, por boca de uno de sus personajes, en los primeros instantes de la pieza: ésta se desarrolla en un lugar «donde concluye el camino real y comienza otro camino, real también». También real, podemos añadir, pero de manera más profunda y más auténtica. Allí ha convocado a toda la Humanidad, encarnada en unos cuantos tipos representativos: Don Quijote, Margarita Gautier, Sancho Panza, el caballero Casanova, Lord Byron, la gitana Esmeralda..., para suscitar en ellos las cuestiones más apremiantes que tiene planteadas el hombre de nuestro tiempo. Idea tan ambiciosa ha obtenido un desarrollo un tanto embarullado, y ello va sin duda en detrimento de su mejor comprensión por parte de los espectadores, no obstante lo cual logró una lisonjera acogida y el Teatro Nacional de Cámara tuvo que repetir por dos veces la representación de *Camino real*. Modesto Higueras realizó una excelente labor como director de escena, y los intérpretes no superaron los límites de la discreción.

La rosa tatuada, anterior cronológicamente a *Camino real*, es también menos ambiciosa que ésta. Sin embargo, no deja de ser una comedia importante, que era preciso conocer. Popularizada por la versión cinematográfica, que tuvo a Anna Magnani por protagonista, es pieza excelentemente construída, en la que Williams logra una perfecta fusión de elementos realistas y poéticos y describe de manera impresionante un tipo de mujer torturada por el amor y los celos. María Arias vivió intensamente su personaje, dándole adecuada réplica Adela Carbone—una de nuestras mejores actrices—, Julieta Serrano, Ramón Corroto, Ricardo Blume y Margarita Lozano. La dirección de Miguel Narros supo imprimir a la acción todo el dinamismo que ésta exigía, y también acertó plenamente en el movimiento de los personajes.

Juan Emilio ARAGONES

estafeta

VACACIONES EN INGLATERRA, Archer's Court, Hastings. Teléfono 51577. — Perfeccione inglés en Hastings, pueblo simpático, habitantes amables, estancia campestre, quince minutos autobús distante población y playa a dos horas tren de Londres. Pensión completa temporada verano, £ 7.7.0. (pesetas 1.235) semanal; primavera y otoño, £ 5.5.0. (pesetas 882) semanal. Dormitorio salón descanso, agua corriente caliente y fría. Biblioteca. Jardines arboleda, extensos. Escriban vuelta correo.

FRANCISCO AROBES. Fernández de los Ríos, 70. Madrid. — Solicita correspondencia con jóvenes de uno y otro sexo de cualquier parte del mundo.

PEPITA AMIEIRO OTERO. Covadonga, 6. Madrid. Solicita correspondencia con jóvenes de uno y otro sexo de cualquier parte del mundo.

JOSE FERVENZA C. Garibay, 6. Madrid. — Desea correspondencia con señoritas hispanoamericanas de dieciséis a veinte años de edad.

TERESA y PEPITA SOLA TURELL. José Antonio, 1. Polinya (Barcelona).—Solicita correspondencia con señoritas alemanas, con preferencia sabiendo español.

JUAN PEDRO QUESADA LOPEZ. 18 compañía. Rifier. Ceuta.—Solicita correspondencia con señoritas españolas.

ARTUR MOURATO. Rua Angelina Vidal, 49. Lisboa (Portugal). — Solicita correspondencia con señoritas españolas de dieciocho a veintidós años de edad.

FRANCISCO GOMES FERNANDES. Rua Ivens, 61. Lisboa (Portugal).—Desea correspondencia con señorita española.

FARREL, G. J. Sig. 065. Tripolitania Signal Troop B. F. P. O. Trípoli (Norte de Africa).—Desea correspondencia con joven española, en inglés.

ALVARO ALVAREZ DIAZ. Monte, 939 (entre Pila y Estévez). La Habana (Cuba).—De veinticuatro años de edad, solicita correspondencia con jóvenes de habla española de cualquier parte del mundo.

ATILANO CAL DOCAL. Cristo, 34-36. Apartado 3. La Habana (Cuba).—Desea correspondencia con jóvenes extranjeras de quince a diecinueve años de edad, en español, inglés, francés e italiano.

MARIA SOLA. Torre Nueva, 32, 1.° Zaragoza.— Solicita correspondencia con jóvenes de treinta años en adelante.

INHA LEENDY YACKSIC. Casilla 10.128. Santiago de Chile.—Desea correspondencia con joven de treinta años en adelante de cualquier parte del mundo.

SUSANA H. SOUZA. Villarino, 141. Bahía Blanca. Buenos Aires (R. Argentina).— Estudiante de quince años.—Desea mantener correspondencia en español, francés e inglés con jóvenes de cualquier parte del mundo.

A. R. P. Apartado de Correos 1.846. San Juan de Puerto Rico.—Desea correspondencia con jóvenes médicos, de treinta y cinco a cuarenta y cinco años de edad, de cualquier parte del mundo.

EDUARDO AGUIRRE ARIAS. Casino. Calatorao (Zaragoza). — Solicita correspondencia con señoritas españolas y extranjeras.

MANUEL SANCHEZ. Avenida General Mola, 47. Salamanca.— Solicita correspondencia con señoritas de treinta años en adelante, en español.

MARIA NIEVES DOMINGUEZ RODRIGUEZ. General Franco, 57. Orense.— Solicita correspondencia con jóvenes españolas.

VICENTE GARCIA NAVARRO. Plaza Pintor Picazo, 6. Valencia. — Desea correspondencia con jóvenes españolas y extranjeras de quince a dieciocho años de edad.

MARIA MASCARO. Obispo Massanet, 51. Palma de Mallorca. — Solicita correspondencia con jóvenes universitarios, en español o francés, de cualquier parte del mundo.

JUAN JIMENEZ AMPUERO. Carlos Hernández, 8. Madrid (Ventas).— Solicita correspondencia con jóvenes de uno y otro sexo para intercambio de revistas, libros, etc.

BLAS SANCHEZ SANCHEZ. Huesca, 15. Sabadell (Barcelona).—Desea correspondencia con señoritas de dieciséis a veinte años de edad, en español y francés.

RAMON FORCEN LOPEZ. Camino Miraflores, 72. Zaragoza.—Solicita correspondencia con señoritas de dieciocho a veinticinco años de edad, españolas y extranjeras.

FERNANDO ZURDO ZALDUMBIDE. Banco Hispano Americano. Sabadell (Barcelona). — De diecinueve años de edad, solicita correspondencia en castellano con señoritas de cualquier parte del mundo.

ALICIA MARIA GONZALEZ GARCIA. Triana, 4. Arrecife de Lanzarote (Canarias).—Solicita correspondencia con jóvenes de uno y otro sexo de cualquier parte del mundo.

JOAQUIN PATRICIO DA SILVA. Avenida Alfonso III, 61. Lisboa (Portugal).—Solicita correspondencia con señorita española.

ANDRES M. GARCIA SERRANO. Carrera de las Mercedes, 10. Alcalá la Real (Jaén). — Solicita correspondencia con señoritas de quince a dieciocho años de edad.

MARIELLE BEAULIEU. Lac Baker. Cte. Madawaska. Nouveau-Brunswick. Canadá. — De diecinueve años de edad. Desea correspondencia con jóvenes de uno y otro sexo de dieciocho a veintidós años de edad, aficionados a la música, la lectura y los deportes.

Luis Candelas

Por MARIANO TUDELA

El bandido de Madrid es, a veces, un torerillo sin suerte apodado el *Pilili*. Cuando le da es *Manoliyo*, agitanado tocador de guitarra. Pero Candelas siente nostalgias de su aire de gran señor—su suprema creación—y vuelve de cuando en cuando a la apariencia de don Luis Alvarez de Cobos.

(Capítulos de una biografía de próxima aparición.)

RECUERDOS DEL PEQUEÑO LUIS



MONOTONIA en su niñez. Nada de particular ni de extraordinario, con ese ribete de felicidad menguada que da al niño un aire de algo logrado, ya hecho, ya preparado para la sazón.

A los nueve años su padre lo lleva al taller, para buscarle las cosquillas de la afición en el mismo sitio donde sus hermanos han fracasado.

—Si tienes disposición y un algo de tino, no te preocupes. Te ganarás el pan de cada día.

Pero a Luis le pasa algo parecido a lo que les ocurrió a sus hermanos. No da en el oficio. Sus manos enganchan el listón con torpeza y cogen la garlopa con precauciones. El padre no se arredra por los primeros fallos.

—Un poco de calma. Otro poco de serenidad. Puedes hacerte aún.

A Luis le cuesta mucho trabajo encerrarse en el taller. Le disgusta el tierno color de la madera. Mas no se irrita ni se rebela. Realmente todavía no se le ha descubierto disposición para nada. Puede que en la carpintería encuentre su porvenir.

A sus nueve años es un chico espigado, con su algo de delgadez, despierto y tranquilo, pero con un pronto de irritación parecido al de su madre.

Sin embargo, el pronto le da muy de tarde en tarde y no se sofoca así como así.

Con sus hermanos no tiene demasiada relación. Ellos, hasta ahora, han tenido más suerte. Se zafaron bonitamente del taller. El mayor estudia en San Isidro; Fernando, que acaba de demostrar su absoluta negación para el paterno oficio, no hace más que corretear por el barrio.

¡Corretear por el barrio! Eso es lo que verdaderamente entusiasma a Luis. Corretear, vagar, no dar golpe y hablar con los chicos de su edad.

Casiano, Remigio, «Botitas» y el Cayetano. Chicos todos de la calle, así como del arroyo, que no tienen que perder sus horas en aburridos talleres de carpintería.

Al principio, Luis baja a la calle cuando su padre le da licencia, que es cuando se han esfumado las malditas horas de aprendizaje, un aprendizaje duro, molesto, que no le va.

Entonces, Luis, que sale como una fiera hambrienta de libertad, habla con Casiano, Remigio, «Botitas» y el Cayetano. A estos chicos, que ya están cansados de trotar como potrillos, cuando escuchan al atardecer la vocecilla de Luis, les hace el efecto de que oyen a un niño diferente de ellos, que parece que se acaba de levantar de la cama, que empieza ahora su diaria jornada de holganza y divertimiento.

—¿Vamos hasta el altozano?

—¿Jugamos a justicias y ladrones en lo alto del cerro?

—¿Nos vamos de bureo por ahí?

—¿Queréis una carrera?

Los planes de Luis, el extraño hijo del maestro Candelas, siempre llegan demasiado tarde. Ellos han jugado todo el día, y a esta hora ya están demasiado cansados para aceptar las sugerencias del recién llegado.

—¿Al altozano a estas horas?

—¡Cualquiera sube ahora al cerro!

—No, chico; estamos demasiado cansados para irnos de bureo ahora...

—Nada de carreras. Si quieres, siéntate aquí con nosotros. Escucha al «Botitas», que va a contarnos una historia de conquistadores.

Y Luis, que no puede ceder a sus ansias de libertad corretona, tiene que pechar y sentarse frente a un portal del barrio, para escuchar una leyenda americana que el «Botitas» se acaba de aprender.

Al final, cuando la historia concluya, dirá:

—Eso es una bobada. ¿Quién te la ha enseñado?

Y todos miran a Luis, porque es que el «Botitas», con sus diez años mal sumados, tiene un abuelo viejurro y apergaminado que hace setenta años navegó hasta las Américas, vivió en Cuba y supo muchas y muy bonitas historias del tiempo de los conquistadores.

—El me la ha enseñado, ¿comprendes? Y es verdad.

Al poco tiempo, Luis, que ya no planea juegos cuando encuentra a sus amigos en la calle, se interesa por las relaciones del «Botitas», piensa en ellas y luego sueña, por las noches, con las peripecias de los ingeniosos relatos.

De su amigo el «Botitas», pequeñajo enclenque y enfermizo, con pelo de zanahoria, aprendió Luis a amar una vida extraña, remota y entrañable, que hasta entonces no conocía: la vida de la aventura.

Luis, algunas veces, se quedaba absorto en medio de su diario aprendizaje, pensando en los encantados países de fabulosos tesoros, y hasta llegaba a ganarse un pescozón de su progenitor, que ya empezaba a comprender que tampoco el más joven de sus hijos había nacido para el oficio.

—Como sus hermanos... ¡Lo mismito que ellos!

Los domingos procuraba escapar a la tutela materna y, si conseguía sustraerse del familiar paseo hasta el centro ciudadano de la Puerta del Sol, se iba a unir con sus amigos de la semana, para subir al cerro o encaramarse en los altos de las Vistillas.

—¿Conoces a la banda del «Cuco»?

—¿Y a la partida del «Manco»?

El pequeño Candelas nada sabía de los héroes del lugar dominguero. Pero le escocía el deseo de conocerlos. Tenían unos nombres bravos, broncos y así como aventureros; ¡él los tendría que conocer!

—El «Cuco» tiene más valor, pero el «Manco» es más listo.

El «Cuco» y el «Manco», héroes de la grey infantil. Matoncillos de barriada con andares de jayán. Pero brutales, dispuestos a todo, como si sus diecinueve o veinte años estuviesen presididos por el aprendizaje del oficio que muchas veces conduce, irremisiblemente, a los caminos del presidio.

—El «Manco» la gana por listeza, y el «Cuco», a pesar de su nombre, por la valentía.

Casiano, Remigio, «Botitas» y el Cayetano se pirran por las domingueras aventuras de los héroes del lugar. Como ellos, todos los chicos de los barrios cercanos. Pero no llegan al paroxismo de la admiración. En cambio, en Luis, cuando divisa por primera vez el plante fornido, feón y casi bestial del «Cuco», o el sibilino, cauto y poco tranquilizador del «Manco», siente nacer en su pecho un irrefrenable entusiasmo. Se le encandila la mirada. Le aprieta el ahogo de la vocación.

A Casiano, Remigio, «Botitas» y el Cayetano, como a la mayor parte de los chicos espectadores, se les escapa la simpatía por la persona del «Cuco». A Luis, y quizá a algún otro niño de inquietante porvenir, por el «Manco».

El «Cuco» representa la fuerza bruta. El «Manco» la fuerza noble de la inteligencia.

Durante unos cuantos domingos, el hijo del


I. URAOLA 58

maestro Candelas, en unión de sus amigos de barrio, asiste al encuentro guerreante de los dos figurones del alto de las Vistillas. El «Cuco» y el «Manco» se zurran la badana, con sus leales a cada lado manejando la honda con tino sobrecogedor. A veces surge la sangre en algún rostro infantil. El cantazo ha sido certero. Los niños gritan, hasta enmudecer, de puro entusiasmo. Y sigue la batalla implacable, cruel, porque para eso las viejas de los alrededores se hacen cruces por lo que pasa, los domingos por las tardes, no muy lejos de donde ellas sestean.

Que el «Cuco» y el «Manco» sean las dos principales figuras de semejante escenario no quiere decir que sean las únicas. A los altos de las Vistillas, los domingos por la tarde, acuden otros caudillos del rompe y rasga juvenil, pilluelos en agraz, que pronto van a ser hombres, generalmente de cuidado, porque si los niños espectadores suelen acabar empleando sus domingos en otros menesteres, haciéndose, como vulgarmente se dice, muchachitos de provecho, los jefes de partida, desde el «Cuco» al último mono, terminan, por lo general, como el rosario de la aurora.

Luis, que ya va todos los domingos al improvisado campo de batalla, en donde baten el cobre las bandas enemigas, generalmente formadas por lo peor de cada barrio, conoce de cerca la figura de un cachorrillo de hampón, chico poco mayor que él, que capitanea una banda: la de los «Mojicones».

Casiano, Remigio, «Botitas» y el Cayetano empiezan a perderse en las curvas de la memoria. El pequeño Candelas, que acaba de cumplir doce años, frecuenta la amistad de Benjamín, jefe de los «Mojicones», a quien el chaval del carpintero le ha caído en gracia porque ha sabido interpretar el extraño e inequívoco brillo de su mirada.

—Cuando se acabe esto, tú te vienes conmigo.

Y Luis, que ya no ve por otros ojos más que por los del amigo Benjamín, se va, los anocheceres de los domingos, a aprender la parda gramática de la gallofa a un reducto maloliente que cae, afortunadamente, un tanto a trasmano del Avapiés.

—Para esto de luchar, amigo Luis, hay que tener una cosa...

El primer domingo, aunque Benjamín no dijo más, Luis no se atrevió a preguntar. Pero al siguiente ya no se contuvo:

—¿Con qué hay que contar?

Benjamín, que tenía la jeta atravesada, inquietante y cazurra, se le quedó mirando fijamente y le dijo muy confidencialmente:

—Hay que tener una «chaira» que no falle, quererla como a una madre; eso, como a una madre...

Y mientras pronunciaba aquellas palabras extraía de su bolsillo la navaja reluciente, cachas de hierro brillante, que refulgía como una estrella en la mano sucia del mozalbete.

—El valor viene después, amigo Luis. Primero la «chaira». Una «chaira» fina, capaz de hacer bien su trabajo de bajar el labio del enemigo, porque con la honda no basta ni sirve de nada si no existe confianza en la «chaira».

Benjamín refrescó el gaznate con un trago de vino manchego—había que enseñar al amigo todos los resortes de la vida de un hombre de acción—y torció la cháchara.

—¿Has oído hablar del «Sastre»?

Luis meneó la cabeza.

—¡Menudo gachó! Cuando lo conozcas ya no piensas más en el «Manco». Pura filfa al lado del «Sastre».

Luis quiso recordar:

—¿Ha peleado estos días?

Benjamín torció el labio en una sonrisa casi monstruosa:

—No. El «Sastre» es hombre de clase. Mayor que yo, pero no mucho. Y ya ves, ha estado como un pepe en el Saladero. Tiene maneras. Le vienen de atrás. ¡Repara, ya ha estado en el Saladero!

Luis se fué aquella noche pensando en el «Sastre», que debía de ser un tipo verdaderamente portentoso para ganar al «Manco», de mucho valer, para llevarse la admiración de su amigo Benjamín.

Algunos domingos después, en cuanto estuvieron en el reducto maloliente, luego de jornada triunfal para los «Mojicones», Benjamín volvió a hablarle del «Sastre», que mucho tenía que ver con los más importantes planes de su amigo.

—En éste no se acaba nunca de aprender. Y si consideras que ya tienes bastante con lo que sabes, estás perdido. Yo tengo mis planes. Y en ellos entra el tipo de que te hablé, el «Sastre».

Benjamín se echó al coleto un trago largo y abundoso antes de seguir.

—Estoy cansado de esto de las Vistillas. Se me hace como un juego de niños. Quiero irme a otro lado y sacar producto limpio... ¿Crees que podré?

A Luis se le fué el resuello al saberse consejero de Benjamín.

—¡Hombre!

—Bueno, mira, para mí el «Sastre» es el mejor luchador de las Vistillas. Voy a medirme con él. Si salgo bien, me decido a dar el salto a otra cosa más seria. De lo contrario..., ya veremos.

—¿Y cuándo pelearás con él?

Benjamín hacía volar la mirada hacia el bajo techo de su reducto.

—En cuanto salga del Saladero...

Aquella noche, seguramente como recompensa a su amistad, Luis recibió de su compinche una «chaira» con muelle de seguro golpe, reluciente y bonita, de recia y plana hoja. Con ella Luis obtuvo la promesa de entrar a formar parte en la banda de los «Mojicones», con la categoría de lugarteniente.

—¿Y qué vas a hacer del «Bizco»?

—¡Bah, de ése no te preocupes!

Llegó a casa alborotado por el contento y por el vinillo manchego que Benjamín le estaba enseñando a beber. Se acostó en seguida, sin comer, abrazando bajo el cabezal la primera «chaira» de su vida, facón capaz de pintar el jabeque al semejante más plantado, al que habría que querer como a la mismísima madre...

Se durmió pensando que al día siguiente hablaría con su padre. Ya había encontrado algo en el mundo que le tiraba de la afición. Al taller ya no volvería más.

* * *

Innecesario decir por qué el maestro Candelas anda preocupado esta temporada. Su última esperanza le ha fallado. Ahora, para él, la carpintería ya no será un placer, sino una carga, porque ya no será nunca el oficio de los hijos, a quienes Dios—o el mismísimo diablo—ha llamado por otro camino.

Pero no es sólo esta preocupación la que le nubla el semblante, porque el buen artesano, que sabe que sus hijos mayores han tirado por determinados y bien conocidos caminos, no está muy seguro de las andadas del menor.

Luis, que acaba de cumplir los trece años, demuestra un refinado y bien cuidado misterio por todas sus cosas. Sale, no se le ve por el barrio, haraganea por donde pintan sus desconocidos vientos y vuelve a casa con la noche. Si alguien le pregunta por los lugares en donde ha flaneado durante el día, no responde. Es su secreto, su más inviolable secreto.

Una noche el pequeño Luis llega a casa con un cantazo en la sien derecha. El hematoma tiene color morado y un aspecto un tanto escandaloso. A la madre le da un berrinche demasiado sonoro, y el padre, conteniendo su intranquilidad, le pregunta cómo y cuándo sufrió tal herida. Pero el pequeño Luis, que sabe guardarse muy bien su bonita vida de aventurero con los «Mojicones» —ahí es nada, ¡gozar de la jefatura de Benjamín!—, contesta con evasivas. ¿No es lo suyo juego de hombres? Pues a callar. Y el pequeño Luis, casi descalabrado, no suelta prenda.

Como ha llegado el importante momento de tomar una determinación, el maestro Candelas pide consejo a su mujer.

—Me preocupa el pequeño, ¿sabes? He pensado que...

Pero la madre también ha pensado algo. Y como todavía no ha perdido el talante del pronto gritón, es ella la que cuenta a su marido lo que ha pensado.

De ello, de todo lo que marido y mujer se han dicho en este punto, sale la decisión de enviar a Luis a un colegio, el mejor sitio adonde se puede mandar a un chico que empieza a dar muestras de una inclinación torcida y aviesa.

San Isidro acoge al chico del carpintero de la calle del Calvario una mañana gris, macilenta, de lluvia, que es como un presagio que no anuncia nada bueno.

Sabía ya las primeras letras porque era despierto y tenía curiosidad. Y en San Isidro, que muy pronto va a cargar la paciencia de Luis, se inició en Geografía, en Matemáticas y en Latín.

Pero no ha nacido Luis para esta vida de las aulas y de la disciplina escolar. O, si ha nacido, el espejismo de su inclinación, que reluce como nunca los domingos por la tarde en el campo de Agramante de las Vistillas, le hace creer lo contrario. En el fondo es igual. Y Luis, que comprende que no puede durar mucho tiempo en aquella su prisión de San Isidro, sólo revive cuando el sábado, sobre las cinco, termina la pesada semana de estudios mal llevados.

Con sus trece años muy corridos ya es el lugarteniente de Benjamín, caudillo de los «Mojicones». Los domingos, desde las tres, vive su vida, su gran vida de pequeño inadaptado social que sólo goza con la pelea y la lucha a brazo partido.

En la hora que silban las hondas como vientos encontrados, Luis está al lado de su jefe. Y no importa que un día le den una pedrada en la ceja, ni un golpe en el costado, ni que otro esté a punto de pechar con el picotazo de una pequeña navaja que surge de Dios sabe dónde. Luis vive su vida, y en paz. Eso es lo suyo.

Después de los encuentros, en el reducto escondido de Benjamín, jefe y lugarteniente beben los vientos del triunfo y los vinos domingueros —Luis ya sabe hacerlo tan bien como cualquiera—, mientras preparan la estrategia para la semana próxima, ansiado domingo o fecha festiva que caiga en cualquiera de los seis días venideros.

Entre los «Mojicones» Luis ya tiene su cartel. Le dicen Candelas y hay su miaja de respeto cuando le hablan. Unicamente el «Bizco», postergado lugarteniente, le tiene resquemor. No podía por menos de suceder. Y Luis lo sabe y toma buena nota de esta inquina.

Durante varios meses el hijo del carpintero lleva esta vida de guerreante de las Vistillas, apenas conjugada con su otra vida de estudiante de San Isidro.

Ya se afeita con entusiasmo para ver si le sale la barba de una vez.

Una noche pierde el tino con el vinillo manchego y llega a casa un poco mareado.

Y un domingo, por vez primera en su vida, oye a Benjamín hablar de mujeres. A Luis le brota un temblor en la garganta cuando se entera de que su jefe tiene una amiga. Se llama Amparo y cose en un taller.

Es la época de los descubrimientos. De sus descubrimientos precoces y confusos.

Quiere ganar tiempo al tiempo. Crecer. Ser un hombre. Un hombre en la medida de lo que él tiene su noción.

* * *

Ya está en los quince años. Pronto va a cumplir los dieciséis.

Sus estudios en San Isidro van de mal en peor.

Sigue con los «Mojicones», jugándose la cara por los altos de las Vistillas.

Un día Benjamín desaparece. Su hueste asegura que se ha cogido las manos en algún asunto que no perfiló bien. Parece que unos familiares se lo han llevado a Córdoba. Pero todos están convencidos de que Benjamín volverá. Lo esperan. Ha ganado muchos enteros en la consideración de todos. ¡Tener un lío serio! Casi como el «Sastre», que, según se runrunea, está para salir del Saladero.

Le nombran jefe en funciones, y él, que no quiere tener estorbos y sabe de las políticas maniobras, nombra al «Bizco» lugarteniente. Es un manejo diplomático muy siglo XIX.

Ya tiene tres «chairas» impresionantes, distintas y bien templadas.

Ya es jefe. Ahora hay que seguir. Seguir siempre y no dormirse.

Ya no puede con los latines de San Isidro. Todo se le antojan vejaciones en su vida estudiantil, rodeado de «gilís» incapaces de fajarse más que con mojigatos como ellos.

Cuando cree sufrir alguna humillación se muerde la lengua y traga un agrio violento. ¡El, el Candelas de los «Mojicones»! ¡Ah, si se enterase la gente de su partida, estaría irremisiblemente perdido!

Pero un día, cuando ya no puede más, cuando todo lo procura hacer al revés en el aula, cuando lleva una buena quincena sin abrir un libro, el profesor de Latín, un oscuro dómine de increíble delgadez, le impone un castigo que considera sangrante: dos horas de rodillas, sobre el frío suelo, con los brazos extendidos, desplegados como un par de alas inmóviles.

Luis, al principio, trató de morderse la lengua con más fuerza que nunca. Y de tragarse el agrio más molesto que había sentido. Pero su capacidad de aguante se había rebasado. A su entender, el jefe de los «Mojicones» no podía sufrir aquella humillación.

Se levantó. Quedóse en pie frente al latinista escurrido y esperó.

—Le he dicho que de rodillas...

Luis no abrió la boca. Se le quedó mirando con una mirada fría y violenta.

—¿No me ha oído usted?

Entonces el pequeño Candelas, que ya tenía una sombra de bigote y un cuerpo desarrollado, empezó a mover la cabeza afirmativamente. Luego dijo:

—Sí, he oído; pero esto no lo aguanto, no me da la gana de aguantarlo.

El dómine canijo y enclenque se le acercó. Se le revolvían todas las bilis almacenadas a lo largo de su vida de educador. Cogió violentamente al alumno por los brazos y le zarandeó con saña, ordenándole que volviese inmediatamente a su posición de castigo.

A Luis se le nubló la mirada. ¡De allí no podría pasar! ¡Qué diría el «Bizco» si le viese zarandeado por un viejo pequeño, delgado como una lámina! No pudo contenerse y soltó sobre el profesor una ruidosa bofetada. Los quevedos, quebra-

dos, fueron a romperse sobre la tabla de la pizarra. En el aula se deshojó un silencio de muerte.

La expulsión no se hizo esperar. Luis, para su particular contento, ya era libre como un pájaro, como un pájaro de verdad, sin alas inmóviles como las del castigo humillante.

El maestro Candelas y su mujer sufrieron el lance con resignación y falta de tacto. No habrían sabido actuar de otra forma, y se limitaron a castigar al hijo menor con no darle un céntimo ni volver a ocuparse de él en lo tocante a su educación.

Para Luis era la gran ocasión de su deseada vida. Podía flanear a su antojo por las encrucijadas de la gallofa, en donde se le podía ofrecer el aprendizaje de lo que él tenía por norte de su vida.

Un sábado supo que el «Sastre» estaba libre. Al día siguiente iría a las Vistillas a luchar con quien no tuviese reparo en hacerlo con semejante rival. A Luis le faltó tiempo para correr a la Ribera de Curtidores, por donde haraganeaba el «Bizco».

—Oye, mañana tendremos tomate con el «Sastre». Avisa a todos y que se preparen, que con ése hay que sujetarse mucho los machos.

El «Bizco» se quedó con la boca abierta. ¿Luchar con el «Sastre? ¿Sabría Candelas lo que decía? ¡Luchar él, él de jefe, contra el tipo más temible de todos los honderos de Madrid! ¡Si aun fuese Benjamín!

Pero Luis estaba persuadido. También él tenía sus referencias del «Sastre». Ya se sabe; se las había proporcionado el mismo Benjamín. Y en cuanto Luis supo lo de la aparición del admirado hondero, hizo suyo el plan de su antiguo jefe. No podía detenerse, había que seguir. Como decía Benjamín:

—Me mediré con él, y si salgo con bien daré el salto a otra cosa más seria. De lo contrario...

Aquella noche Luis tuvo un sueño inquieto, de gladiador en vísperas de batirse en la arena.

El domingo comió poco y salió a escape para las Vistillas.

Los ánimos de los suyos estaban descompuestos. Hasta el «Bizco» estaba nervioso. Pero él sentía un goce profundo y no podría arredrarse.

En el momento previsto comenzó la lucha. Silbaban las piedras por el aire y un fragor de gritos se elevaba a la bóveda celeste. Al principio todo fué conforme al plan premeditado. Actuaba la vieja estrategia aprendida de Benjamín, aunque con ciertas variantes que se asemejaban a las hechuras del «Manco», que ya se sabe que, como el propio Luis, era ladino, astuto y listo como una zorra.

Pero en seguida las ínfulas del «Sastre» empiezan a desbaratar los planes de los «Mojicones». La pedrea empieza a ponerse mal para éstos. Algunos titubean, vuelven la espalda, huyen.

—¡Cobardes! ¡Yo los arreglaré!—truena Luis.

Y cuando quiere ensayar una maniobra envolvente, correrse hacia la derecha para deslizarse con cautela y cogerlos por la retaguardia, Luis, casi con lágrimas en los ojos, ve como casi todos los suyos han desertado.

Pero queda el último resorte: dar la cara, y con la cara el ejemplo. Así, a lo mejor, los suyos se animan. Y Luis, que siente miedo, pero también vergüenza, vergüenza de herido amor propio, se sobrepone a un ataque abierto y aguerrido, dando unos gritos tremendos.

Su estampa es brava y colosal. Parece un héroe yendo en pos de la gloria. No se contiene. Sigue. Sigue en derecho hacia el enemigo.

El «Bizco», con los que quedan, se encorajina y sigue a su jefe. La pedrea entra en su más emocionante momento. Ya no hay estrategias ni planes preconcebidos. Cada uno actuará por su cuenta, como buenamente acierte a entender.

Pero Luis, borracho de ardor, no cuenta con la buena puntería del «Sastre». Un cantazo bien medido se estrella contra su frente. Cae tambaleándose. Está ahora en el suelo, semiinconsciente, con la sangre embadurnándole la cara de un rojo escandaloso. El «Bizco» y los demás, al notar la caída de su jefe, ya no piensan en más que retroceder, poner pies en polvorosa, darse a la carrera desenfrenada y vergonzosa.

Es entonces cuando cesa la pedrea, cuando la banda enemiga se acerca, ululante, para rodear el cuerpo caído del insensato jefe rival.

Luis, en nebulosa, oye los cabildeos de sus vencedores. Delante está un mocetón fornido, mayor que él, con aires de jefazo cínico y sin piedad.

—Dame tu honda—le dice el «Sastre».

Pero Luis, adquiriendo de improviso una rara consciencia, salta ágilmente y recoge su arma.

—No te la daré. ¡Yo no me rindo nunca!

La carcajada, en boca del «Sastre», suena a algo trágico.

—Mira, gilí, no bravuconees, que te la ganas.

No le aplana la voz del matón. Es mucho lo que Luis se juega esta tarde.

—Que no me rindo.

El «Sastre» empieza a impacientarse.

—Mira, niño, si te rindes no te haremos daño. Nos das la honda y sanseacabó.

Luis estaba dispuesto a morir.

—No se acabó nada. Tú hablas así porque estás rodeado de tu gente; si estuviésemos solos, otro gallo te cantaría.

El «Sastre» se queda absorto. Nadie le ha dicho eso en su vida. Está a punto de abofetearle, de darle su merecido. Pero no; en el fondo tiene gracia la matonería inconsciente. El «Sastre», con una risita cínica, propone:

—¿Qué te parece si nos batimos tú y yo? Mi gente no intervendrá. ¿Hace?

A Luis le sale un débil gallo en la voz.

—Hace.

El «Bizco» y los demás no pueden dar crédito a sus ojos. Desde un desmonte acaban de ver cómo Luis saca su «chaira», envuelve en su brazo siniestro la chaquetilla protectora de enemigos viajes y cómo el «Sastre» le imita. ¿Es posible? ¿Se va a batir Luis con el «Sastre»? ¡Jamás hubieran podido sospecharlo! Y se acercan. Cautelosamente, pero se acercan.

Ya se ha iniciado el desafío. Va a durar largo rato, porque el «Sastre» maneja la faca con regodeo y porque Luis, por lo que demuestra, no se intimida fácilmente.

Viajes espectaculares que buscan el chirle hondo en la jeta. El «Sastre» es lo único que quiere: bajarle el labio a tan intrépido mocoso. Y éste, por su parte, no desea otra cosa que salir con bien, como sea.

Relucen las armas de la majeza manejadas con picardía. Pasos. Avances. Retrocesos. Los leales del «Sastre» ya no se ríen, sino que parecen admirados. El «Bizco» y sus cobardes se confunden con la hueste enemiga.

Sólo se oye el jadeo de los luchadores. Sobre ellos se ha hecho un silencio hondo y penetrante. Ni frases de aliento ni gritos de fácil consejo. Los rayos de sol que alumbran tienen un color de drama.

De allí a un rato, a un buen rato de tanteos y dificultades, de entradas y salidas, de momentos de apuro y de compromiso, el «Sastre», que no cabe en sí de puro asombro, hace un extraño, se confía en un falso y queda al descubierto, perdida la guardia. Luis, que sabe que las ocasiones hay que aprovecharlas, que conoce muy bien el valor de las propicias coyunturas, salta como un felino, se arropa con su chaquetilla sobre el cuerpo de su enemigo y descarga el tajo con su «chairà» decidida. El matón rival descorcha un agudo grito de dolor y se lleva las manos a la cara. Le ha hecho un jabeque en el rostro.

Todos se apartan. Luis, con gesto triunfador, con el corazón desbocándosele en el pecho, pisa la faca caída del «Sastre». Ha vencido. Una nueva luz empieza a brillar para él.

* * *

Diecisiete años acaba de cumplir.

Ya no va por las Vistillas. Total, juego de niños. O, como dice el «Sastre», pérdida de tiempo para los mayores.

Desde el día de su triunfo en el campo de las peleas, la vida de Luis Candelas ha cambiado de rumbos. Después del tajo de su «chaira», el matón herido tuvo todo un gesto. Le dió la mano y le dijo:

—¿Cómo no te conocía yo? ¡Eres todo un valiente! Me llamo Francisco Villena, pero se me conoce por «Paco el Sastre».

Y los dos caudillos, con un gesto de desprecio para sus respectivas huestes, bajaron juntos desde los altos de las Vistillas.

Desde aquella misma tarde «Paco el Sastre» y Luis Candelas fueron amigos. Sellaron su amistad con la sangre cambiada, que secaron y curaron sus heridas en una taberna del aprecio del Villena.

Ahora, en este momento de los diecisiete años, Luis ha dejado de ser pequeño. Tiene barba, pero no se la afeita. Planta, que cultiva. Arte de mal vivir, con el que goza, y un aire de truhán amoroso que hace sus estragos entre el mujerío de más de un barrio.

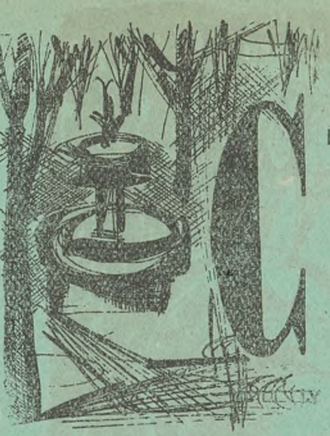
Su casa, la casa del maestro Candelas, ya no es más que un refugio. Va a ella muy entrada la noche y sale muy de mañana. En el Avapiés es popular por su elegancia, por su trapío. Aunque el padre sigue sin darle un céntimo, Luis maneja; siempre tiene sus reales en la cartera.

Asegura que su suerte la tuvo el día de marras, su último día en los altos de las Vistillas. El conocimiento de «Paco el Sastre» le trajo buenos vientos. La verdad es que lo enseñó a vivir. A vivir de verdad, sin niñerías, como un hombre, como para lo que él es un auténtico hombre.

Se da al amor. Es como una droga nueva e insospechada. ¡De aquello no supo darle noticia cumplida el Benjamín, su primer maestro en el arte del vivir!

... ...





CLARA, la amada Clara, no va a tener que esperar mucho tiempo. Porque su galán vuelve en seguida, no puede estar separado de ella un minuto, y aunque ahora los trabajos sean «frecuentes», él tendrá un momento, durante el día, para acudir a verla, casi siempre ante su balcón de virtuosa soltera.

Don Luis Alvarez de Cobos ronda la calle.

Clara, con el obligado aditamento de un breve pañolillo, se hace de rogar por breves instantes para terminar saliendo, con tierno recato, al pequeño mirador.

Candelas, desde la acera de enfrente—la calle es estrecha y recoleta y cae a un paso de la glorieta de Bilbao—, inicia el código señalero del amor de entonces. Al poco tiempo ya le conoce la vecindad, que lo mide por distinto rasero al de los demás novios del barrio, porque casi todos ellos son jóvenes oscuros, covachuelistas de pequeña paga, mientras que éste, el de la señorita Clara, es un hombre apuesto, arrogante, que apalea la moneda allá en el lejano Perú.

No han de transcurrir muchos días antes que Luis Candelas «entre en casa» de Clara. A su señor padre y a su señora tía no les disgusta el mozo. Se han enterado de la mejor forma posible. Han inquirido detalles, buscado informes. Y el señor Alvarez Cobos, según todo el Madrid más deslumbrante, es un caballero sin tacha, un opulento limeño que no se dejaría ahorcar por muchos millones de reales.

Padre y tía de Clara asisten encantados a las cruces que se hace el vecindario, que ya ve casada a la señorita Clara con un mirlo blanco de las Américas.

Luis Candelas no se arredra ante nada. Está enamorado, perdidamente enamorado. Formaliza el noviazgo de buen grado. Y en los momentos de meditación, por primera vez en su vida, empieza a renegar de su sino, de su vocación—a la que está dando harto cumplimiento—, de su condición de bandolero, que, aunque parezca lo contrario (por el aquel de la engañosa identidad de tapadillo de don Luis Alvarez de Cobos), le distancia lejanamente de su Clara, de su amada Clara, que es, como todo el mundo lo sabe, una chiquilla honesta, virtuosa, buena.

Mariano Balseiro, que tiene su pesquis para todo aquello que no sea la fidelidad de su Josefa, se da cuenta a través de las correrías nocturnas, que al jefe le pasa algo, que no todo va bien, que hay dificultades.

—Pero vamos a ver, Candelas, ¿a ti qué te pasa?

—¿A mí? ¡Pues «na»!

—¿Cómo que nada? A ti te pasa algo. Y malo.

—¿A mí?

—¡A ti, Candelas, a ti! Andate con ojo, que ya sabes; tú mismo dices que para este oficio hay que tener muy despierto el sentido...

A Balseiro se le ocurre que todo puede tener como causa una trastada del corazón. Cualquier señoritinga le habrá puesto los puntos al jefe. Y la cosa no tiene gracia. Porque puede echarlo todo a rodar.

—¿No será una hembra, Candelas?

Y Candelas ríe. Pero ríe con risa triste y luchando por guardar la compostura para que Balseiro no se amosque.

Espoleado por su amor hacia Clara, Candelas no vive más que pensando en ella. A veces tiene arranques de rebeldía y se apresta al olvido... Animadoras de ese olvido que no llega son María Alicia—que no se limita al único amor de Olózaga—, Paca y la «Monene», una juncal compinche del picador de toros del mismo sobrenombre.

Azuzado por sus meditaciones, Luis Candelas llega a la conclusión de que su tapadillo de acaudalado peruano le da «jettatura», mala suerte, gafancia. Y procura espaciar un poco sus salidas en son de tal. Pero, transformista sin remedio—entre otras cosas porque tiene que burlar los esfuerzos policiales, que no cesan para apresarle—, se inventa otras parsonalidades encubridoras de las que se vale con frecuencia.

Luis Candelas es, a veces, un torerillo sin suerte apodado el «Pilili», esforzado protagonista de capeas pueblerinas.

Y cuando le da, es «Manoliyo», agitanado «tocaor» de guitarra en paro forzoso, amigo decidido y admirador arrebatado de Manuel Martínez, segundo puntillero de la plaza de toros, y, en horas extraordinarias, «cantaor» y bailarín del más puro flamenco.

Y si la ocasión lo requería, el bueno de Candelas se convertía en Paquito, amantísimo hermano de «Lola la Naranjera», funcionario, en situación de cesantía, del Real Patrimonio.

Candelas viste estas respectivas personalidades—para las que cuenta con sus respectivas documentaciones—con una pasmosa y difícil facilidad. Lo mismo se planta en hechuras de torero malo que en son de mancebo groserillo, o que en trapío de pintoresco templador de guitarra, o que en actitud de hermano agradecido.

Pero Candelas, que siente nostalgias de su aire de gran señor—su suprema creación—, vuelve de cuando en cuando a la apariencia de don Luis Alvarez de Cobos.

El Balseiro, que vive estos días con la mosca detrás de la oreja, empieza a temer que el jefe se escabulla hacia las colonias, que arrime el ascua a su sardina influyente y se busque un amigote de viso que le proporcione un momio bien retribuído en la complicada administración de ultramar. ¿O es que Candelas no es capaz de eso, y aun de mucho más, por la mujer que le ha sorbido el seso?

Porque para Mariano Balseiro, sabueso de la peripecia humana, el que existe una mujer, una señorita remilgona de la buena sociedad, no deja lugar a dudas.

* * *

En llegando a este punto arribamos al período de más actividad bandolera de nuestro hombre.

Quiere empaparse en la acción, en la fechoría—siempre sin sangre, eso sí—que le haga olvidar el drama íntimo, como el borracho que se entrega al alcohol o el suicida que se cuelga de una viga.

Y con este período activo coincide su momento de maestría, difícil de superar. Toda su teoría del robo se engarza con la práctica. El mejor biógrafo de Luis Candelas, el escritor Antonio Espina, dice al llegar a esta hora de su vida:

«Ha definido su estilo—depurándolo—de tal manera, que en vano buscaríamos nada semejante entre los más acreditados jerifes del arte. Acaso Giaccomo Giberti, el terror de Calabria, puede compararsele en claridad de visión y en sangre fría. Pero carece, en cambio, de las dotes de estratega y la rapidez ejecutiva que distinguen a Candelas. En las operaciones a campo descubierto, la escuela norteamericana, que tantos progresos había de realizar andando el tiempo, no puede enseñar gran cosa a los salteadores de Castilla la Nueva y Andalucía. Así, por ejemplo, Harry Poots—del grupo de ensayistas de Baltimore—, el admirable salteador de caminos (1792-1825), no logró nunca dominar ciertos aspectos importantes en la perpetración de los delitos. Desdeñó imprudente el cultivo de las autoridades policiales. Arrastrado por el placer dionisíaco deportista del robo, no se libró de cometer algunas pifias y su final fué triste. Le colgaron en fragmentos en los postes de una carretera. Quizá únicamente el francés Cartouche, Luis Cartouche, superaba a tu tocayo Candelas en delicadeza de estilo y perfección técnica. Pero el español, en conjunto, los aventajaba a todos por la rara habilidad con que combina y distribuye los elementos más heterogéneos en el total armónico de cada empresa.»

Por momentos Candelas consigue no pensar en otra cosa que no sea el golpe de cada noche, de cada madrugada, llegando a olvidarse hasta de Clara, aunque con cada amanecer vuelva el recuerdo lacerante y heridor.

También la primavera es una estación propicia para los ladrones. La cuadrilla de Candelas, con la complicidad poética de la luna de abril, borda el trabajo, el negociejo, la combinación.

Saqueos. Robos en descampado. Asaltos a diligencias.

El marqués de Vilume, toda la Policía de Madrid, el titular del Ministerio de la Gobernación, todos se mesan los cabellos ante las diatribas de las circunspectas gentes de orden.

Luis Candelas es como una sombra, que anda suelta, vagante, en la noche, como alma en pena, intemporal y abstracta.

Porque de día no vive Luis Candelas. Sino el «Pilili», Elías Salcedo, «Manoliyo», el hermano de la «Naranjera» o, ahora pocas veces, don Luis Alvarez de Cobos.

La hueste golfa no cabe en sí de gozo. Balseiro, Cusó, el «Sastre», y ahora también Juan Mérida, se ponen las botas con el caldo gordo de la actividad. La Josefa luce un sortijón espejeante y gordo como un pedrusco.

El único que no ahorra es el jefe. Luis Can-

delas se engolfa aún más en el vicio. Bebe. Juega. Ama. Todo para olvidar. Y en cuanto repara, ya le hace falta dinero, ya no tiene, como quien dice, donde caerse muerto.

Una mañana, tras la azarosa noche de orgía báquica con la «Monene», Candelas se amanece a un día radiante, primaveral, en el que la nostalgia de Clara es viva y tierna como un pan caliente.

No puede sustraerse a la idea de ir a visitarla, a presentarle sus respetos a su señor padre y a su señora tía. ¡A ver a Clara!

Pero Candelas se da cuenta de que no dispone de mucho dinero. Además, hay que ir pensando en espaciar más los «trabajos». Seguir de tal guisa puede ser peligroso. En fin, que para esta misma noche tiene que idear una chapuza que le reporte un buen dinerillo. Así mañana podrá ver a su amada. Y acaso pasar una temporada de descanso, dedicado a las dulces mieles del buen amor.

Rápidamente, como si de aquello dependiese su vida, Candelas combina un plan para la noche. Habla con Cusó. Recuerda que «Paco el Sastre» le ha hablado de cierta probabilidad en una pensión muy concurrida de la calle de Alcalá.

—Eso no me parece difícil—dice Cusó—. Juego de niños para nosotros.

A Candelas le ha dado un pálpito. Una mala corazonada. Siempre le han resultado muy peligrosos los juegos de niños. Como en el amor, que se le han dado más fácilmente nobles damas que criadas. Pero lo olvida pronto. Porque necesita dinero. Mucho dinero...

También aquella noche de primavera hay trabajo para la pandilla. La pensión de la calle de Alcalá, sumida en las sombras, resulta fácil para el asalto. En un dos por tres arramblan con los equipajes de los confiados huéspedes, que duermen su dulce sueño, tan bien recibido después de los goces de diferentes veladas. Y los componentes de la banda, consumado el robo, se separan, tira cada uno por su lado, cargando a las espaldas los voluminosos equipajes.

¿Qué habrá notado de raro aquel modesto «guindilla» en el aspecto del mozo maletero, alto, moreno y fornido, que camina, bien cargado, con aire triste e indolente? Pero es el caso que el «guindilla» le sigue, y ve cómo desaparece por el portal de una casa de la calle de la Estrella. Después, como obedeciendo a un impulso secreto, se queda plantado allí, ante el inmueble por cuya entrada se esfumó el mozo. ¿Cómo no baja? ¿Cómo va a vivir en una casa como ésta un gañán de su especie? Paciencia, que el «guindilla» no tiene ronda fija y da igual estar en un sitio o en otro.

Plantificado ante el portal, el guardia se entera, por unos compañeros que pasan, que unos ladrones acaban de desvalijar la posada del Rincón, en plena calle de Alcalá. Como alguien pronuncia el nombre de Candelas, el modesto «guindilla» se queda suspenso. ¡A ver si va a ser él quien se lleve la gloria de atrapar al célebre bandido!

El oscuro guardador del orden público, como es natural, no suelta prenda, se inquieta y se contiene alternativamente, y espera a que se produzca lo que se tiene que producir: la salida del mozo de equipajes, que, o mucho se equivoca, o no debe de ser otro que el mismísimo Luis Candelas.

Forja un plan el diligente guardia. En la «Comi» verá a su amigo Pascasio a la hora en que termine el servicio. Le soplará la información al oído, porque Pascasio es un buen amigote, casi un hermano, con el que se puede compartir el alto honor de la gloria. Pascasio se colocará ante la casa, y cuando aparezca el mozo, a la mañana siguiente, ¡zas!, la popularidad bien ganada y Dios sabe si el deseado ascenso.

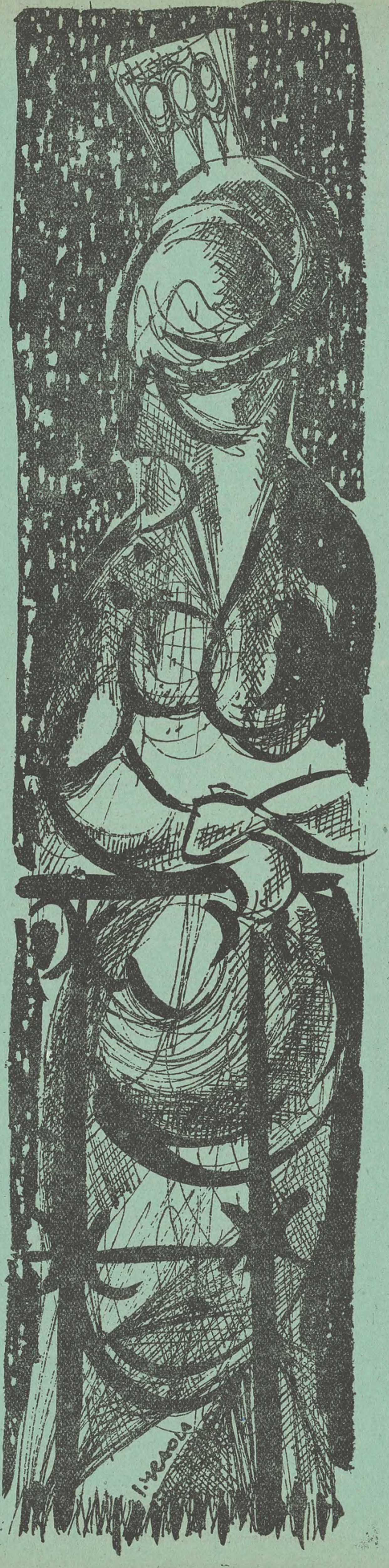
Pero a la mañana siguiente, cuando Pascasio monta su guardia con el resuello alterado, no sale ningún mozo que pueda parecérsele. Damas que van a misa y caballeros que acuden a su trajín. Y un elegante rubio y ostentosamente trajeado que, por lo que se ve, deja el lecho a muy altas horas de la mañana.

El alto honor de la detención estaba reservado —de justicia era—al «guindilla» del servicio nocturno, que, por cierto, no había podido conciliar el sueño aquella mañana...

* * *

Don Luis Alvarez de Cobos, tras pasear el Madrid de la moda, después de comer en una afamada casa de comidas de la calle de Peligros—premonición inmediata—, se ha ido a ver a Clara, que ya languidecía de amor y de nostalgia por la única y exclusiva razón de que su galán no llegaba.

—No todo sale en la medida de mis deseos, amor mío. Yo quisiera no separarme nunca de ti, estar siempre a tu lado; pero... Mis cosas se retrasan demasiado. He de atenderlas constantemente.



—¡Luis! ¡Amor mío!

La tía hace que descabeza un profundo sueño en mullido sillón. Pero no se pierde palabra. A ella siempre la han enternecido las cosas del amor. Por desgracia no encontró su mitad—o tal vez no fue en su juventud, pieza codiciada—, y en el desamparo de su otoño decadente y triste gusta de pensar en la dicha que aguarda a su sobrina, a la que ya ve matrimoniada con opulento y señorial caballero de las Américas.

—Así es, Clara querida. Cierto que he tardado mucho en venirte a ver. Y acaso, ¡triste suerte!, ocurra lo mismo otras veces... ¡Pero tendremos nuestra recompensa, amor! ¡El matrimonio! ¡La felicidad! ¡La dicha en las tierras de mis mayores!

La tía ha dado un respingo en su sillón. Pero se rehace y vuelve a simular el sueño. Un sueño tan real y perfecto, que da pie para que el Cobos deposite en la inmaculada frente de Clara un breve y casto beso.

—¡Amor mío!

—¡Luis!

Pero las horas pasan pronto. Y don Luis Alvarez de Cobos, que tiene a las nueve una reunión importante, se despide a las ocho y media, hora en que llega a casa el papá de la adorable criatura, por cierto inquieto y preocupado porque, por lo que parece, el Gobierno acaba de meter en la cárcel al joven, brillante y prometedor Olózaga.

(«¡Pobre María Alicia!», piensa Candelas para sus adentros y como sin querer.)

La mencionada reunión importante no era tal reunión, ni tampoco a las nueve, sino cita de parte de la banda en las inmediaciones de la calle de la Estrella. Muy importante cita, desde luego. Porque Candelas va a bajar lo robado desde su casa. Y auxiliado por el «Sastre» y Juan Mérida se va a llevar el petate a casa de Jacob, el judío del callejón del Infierno.

El «Sastre» y Mérida, cuando llegan al lugar escogido, no reparan en que fisga un guardia desde las sombras de un portal entreabierto. Tampoco Candelas lo ha visto, al bajar con el producto de lo robado—parte del producto—y encaminarse al lugar en donde le esperan los suyos.

El guardia, cuyo corazón es como un gamo que corre herido, no espera a más. Rompe a correr. Toca el silbato. Da la orden de alto.

Innecesario narrar el sobresalto que se ha llevado Candelas. En muy pocos segundos ha sucedido todo. El «Sastre» y Mérida han emprendido la huída. El jefe quiso medir sus posibilidades, y, viéndose perdido, intentó soltar los equipajes que transportaba e imitar a sus leales en lo de la veloz carrera. Pero le falló el segundo propicio. Era mucha carga la que había que soltar. Y el lastre le perdió. Ya el «guindilla» le tiene sujeto por un brazo y ya un grupo de curiosos, y una ronda cercana, que ha oído el sonido del silbato, se acercan a él. ¡Ha perdido esta vez!

Conducido a la Comisaría, no ha dejado de pensar en su embuste. A él, a Luis Candelas, no le valdrá de mucho. Pero salvará el buen nombre, que todavía no se ha mezclado en esto, del potentado Alvarez de Cobos.

En el primer interrogatorio ya se tiene bien aprendida su lección. Después del robo en la posada del Rincón se escondió en un viejo desván —que existe en realidad—de una casa de la calle de la Estrella. Dejó pasar veinticuatro horas. Luego salió, o intentó salir, creyéndose a salvo de toda sospecha...

* * *

Todo Madrid se despierta al amanecer de la noticia.

¡Han apresado a Luis Candelas!

El marqués de Vilume se frota las manos de puro contento. Las gentes hablan, dicen, cuchichean. Pero como Candelas es un hombre de suerte, no todo el chau-chau se debe a su detención, que en otro momento hubiese sido sensacional.

En otro momento, lógicamente, que no fuera éste. Porque Madrid, y España entera, está conmocionada con la detención de Olózaga y de algunos leales de su política. Como el padre de Clara. Como todo el mundo, en este instante, que habla y no para y reparte sus comentarios entre el joven político y el joven bandolero.

Uno y otro coinciden en la misma cárcel. Olózaga dispone de una celda preparada para los presos políticos. Candelas, de una mazmorra infecta, bien surtida de ratones, con gruesa bola de hierro unida a su pierna por molesto grillete.

Como es natural, existe en la cárcel un nerviosismo creciente. Hay un detenido popular, político que va a dar mucha guerra, y una buena pieza de la peor especie, elemento buscado y rebuscado, causante de muchos dolores de cabeza y de no pocos problemas.

Se refuerzan las vigilancias para evitar evasiones. Olózaga cuenta con muchos adeptos, que, es seguro, redoblarán sus esfuerzos para procurarle la libertad. Y Candelas, maestro en evaporaciones casi increíbles, ya estará urdiendo su plan de huída.

Pero la verdad es, por lo que al bandido respecta, que Candelas no está para pensar demasiado. Lo que está es indignado, avergonzado, decaído. ¡Haber caído en las garras de la justicia por una chapuza insignificante! ¡Dar a la opinión, que tanto se ocupaba de él, ocasión de motejarle de ladronzuelo vulgar, de caco de posadas!

En cuanto estrenó la infecta celda, Candelas procuró darse idea exacta de su situación. Afortunadamente los suyos estaban en libertad, porque incluso el «Sastre» y Juan Mérida habían logrado huir. Por otra parte, al tomarle los datos de rigor para ingresar en la prisión, había descubierto, entre el grupo de chupatintas, a un caballero habitual de los «Escoceses». El masón también le había reconocido—pese a que a la logia no iba jamás como Luis Candelas, e incluso, en oportuno momento, le había hecho una seña significativa.

¿Podría contar con los esfuerzos de los suyos y con los buenos oficios de sus compañeros de los «Escoceses»? Cabía esperarlo. De lo contrario, mal lo iba a pasar, porque la cárcel era como una fortaleza inexpugnable, no sólo para él, sino para el brillante amor de María Alicia.

¡María Alicia! ¿Qué haría María Alicia? Porque, bien pensado, María Alicia trataría de hacer algo en favor de su amado político... He aquí un pensamiento que reconforta a Candelas, y con el que no se equivoca, a pesar de que, en buena lógica, María Alicia, en todo caso, se ocuparía de Olózaga. Nunca de él.

Pero el acierto raro y extraño es otra virtud de la personalidad de Luis Candelas. María Alicia, a estas alturas, ya se ha procurado los medios de hacer salir de la cárcel a su buen Olózaga. Para ello ha tenido muy en cuenta la presencia de Candelas y su habilidad de evasión. María Alicia ha estado con Balseiro, con Cusó y con importantes elementos de los «Escoceses»; ya se ha tejido todo un plan de escapatoria.

Por lo pronto, a los cuatro días de encierro, Candelas ha notado una suavización en el trato. Ya le sueltan el grillete. Ya le dejan salir a tomar el casi veraniego sol del patio. Ya le dan mejor de comer.

¿Qué es lo que puede ocurrir? Sencillamente, que entre el chupatintas masón de la cárcel y algún otro funcionario más, de mayor importancia, convenientemente «untado» por los leales de Olózaga, se ha tejido toda la maraña que va a conseguir la libertad de las dos figuras, ambas populares a su modo y manera: la del político y la del ladrón.

Para suerte de Candelas, que no hubiera podido soportar los negros pensamientos sobre la triste causa de su detención—un juego de niños—, él mismo va a dirigir los hilos de la evasión. Por las mañanas, en el patio, aunque no ve—no ha visto nunca—a Olózaga, recibe consignas suyas y determina lo que se ha de hacer, tomándolas en consecuencia o desechándolas bonitamente, que para eso es él un maestro en huídas.

En el mismo patio comunica las oportunas órdenes a un celador sin escrúpulos que ha aceptado de los secuaces de María Alicia una crecida suma de dinero.

El celador, al poco rato, transmite esas órdenes a un pobre ciego que demanda la caridad pública en las cercanías de la prisión.

El ciego oye y calla. Y sigue plañiendo su desgracia.

El alma caritativa se aleja al poco rato y corre a la platería del judío Jacob, que es el lugar en donde se condimenta la salsa de la evasión.

Todo lo demás sucede en la sombra.

* * *

Amanece el día 20 de mayo de 1831.

Madrid aparece más bello que nunca, con su primavera abierta en flor como un clavel reventón.

El marqués de Vilume, que se sigue frotando las manos, ha dormido bien esta noche. Ya se ha disipado la pesadilla como una sombra agorera.

Por las esquinas, en bocas noveleras e imaginativas, corre la leyenda de Luis Candelas, que para muchos ha dejado de ser el bandido peligroso, convirtiéndose en simpática y generosa figurilla de romance.

Balseiro, Cusó, Mérida y demás elementos de la pandilla de Candelas no pierden el tiempo con el sueño. Desde hace días no descansan. Trabajan en la sombra como conspiradores de una extraña política con la que, por esas cosas que ocurren, han llegado a emparentar.

Además hoy...

Porque aunque parezca que este florido y hermoso 20 de mayo es un día como otro cualquiera, no lo es. Esta noche, si las cosas no se tuercen, Olózaga, los leales de Olózaga y Luis Candelas recobrarán la libertad.

El propio Candelas está hoy nervioso.

Mucho más lo está el ciego de las inmediaciones de la cárcel, que no es otro que Antonio Cusó, convenientemente disfrazado.

Y también lo está María Alicia y ciertos encopetados secuaces del político enchiquerado, que han sido hasta el momento los encargados de recoger del falso ciego las órdenes transmitidas por Candelas.

¿Y cómo no lo van a estar Balseiro, el «Sastre», Mérida, los funcionarios sobornados, Jacob el judío y ciertos capitostes de los «Escoceses»?

Santisteban, a la hora señalada, va a retirar los centinelas de todas las puertas. Así, la fuga de su jefe político no podrá resultar más fácil.

Pero a lo que Santisteban no se doblega es a que también se fugue Candelas. El fin, para él, justifica los medios. Y no se arredra en ayudarse de un águila tan fina como el célebre bandolero para procurar la libertad de su figura política. Hasta ahí todo va bien. Pero él no quiere pechar con la responsabilidad de sacar de la cárcel al celebérrimo jefe de partida.

Candelas se entera en el patio. El chupatintas masón actúa de correo entre capitán y bandido. Los afectos a Candelas están a punto de echarlo todo a rodar, negándose a seguir colaborando en la conspiración si es que su jefe no recobra la libertad esa misma noche. Pero Candelas, que tiene un muy aguzado instinto, ordena a los suyos que sigan en la brecha.

—Dígales usted que si yo no salgo esta noche, saldré la de mañana o la de pasado. Es igual...

Al fin, todo se resuelve como estaba previsto por los conspiradores. A la hora señalada, Santisteban fué aligerando todas las salidas carcelarias de incómodos centinelas. Candelas, fuera de su celda, se encaminó a la de Olózaga y le hizo salir. Las cerraduras se abrían como por encanto.

—Por aquí... ¡Vivo!

La tétrica oscuridad de la cárcel hacía casi imposible el camino hacia la libertad. Pero Candelas tenía un plano en su cabeza. Andaba en la oscuridad como si alumbrase la más hermosa luz del día.

Después de una serie de vueltas, llegaron a un largo corredor. Al fondo se veía una luz difusa. ¡La calle!

—Salga usted—musitó Candelas.

Olózaga le tendió la mano.

—Usted es el celador del primero, ¿no es así?

—¡No, hombre, yo soy Luis Candelas!

Olózaga ahogó un grito de sorpresa:

—¡Candelas!

—Calle usted, hombre, que le van a oír...

Olózaga miró hacia la claridad lunar que se divisaba al final del corredor.

—¿Y por qué no se viene usted conmigo? ¡Salga usted también!

—No; le he dado mi palabra al capitán Santisteban. Yo no me puedo fugar... hoy. Tal vez mañana o pasado.

Olózaga adoptó una actitud generosa:

—Pues si no viene usted, yo no me fugo...

—¡Pero, hombre, que corre el tiempo demasiado! ¡Corra usted!

Claro que se pasaba el tiempo. Y se pronunciaban demasiado palabras que no estaban en programa. Tantas, que llegaron a oídos de unos guardianes que jugaban al tute en vecina habitación.

—¡Alto! ¿Quién va!

Los corazones de Olózaga y Candelas dieron un vuelco al unísono. El bandolero gritó:

—¡Huya!—y echó a correr hacia su celda.

Pero era demasiado tarde. Los guardianes rodearon a Olózaga, quien supo, en aquel instante definitivo, no arredrarse, tomar la espada que sus leales habían deslizado hasta su celda y, al tiempo, sacar de sus bolsillos apretada bolsa, que lanzó al suelo. Fué entonces cuando gritó su célebre frase:

—¡Onzas y muertes reparto!

Y los guardianes, ante tal disyuntiva, prefirieron elegir las onzas, que ya tintineaban en el suelo, al desprenderse de la bolsa, y que tenían un brillo mucho más tierno y apetitoso que el filo de la espada de Olózaga.

* * *

La evasión del detenido político armó la marimorena en los centros gubernamentales de Madrid. Ceses. Castigos. Expediente largo y tendido. Y, entretanto, el camino abierto para Luis Candelas, porque en la cárcel todo rueda a la buena de Dios, todo anda como quiere, y cualquiera que se preocupe, que tenga el talento del bandolero y cuente con amigos, dentro y fuera de la prisión, puede tener el camino expedito.

Tres días después sale nuestro hombre de la cárcel como Perico de su casa. Respira a pleno pulmón y sonríe. Se promete a sí mismo no volver a caer jamás en las redes de la justicia.

* * *

—¡Amor mío!

—¡Luis, qué abandonada me tienes!

—No, amor; ya sabes, mis cosas...

Lo primero que ha hecho Luis Candelas, después de abrazar a todos sus leales, ha sido ir a casa de Clara. Sigue siendo la frágil muchacha una obsesión para él. Y él para ella.

—¡Luis, bien mío!

Clara está triste y mustia. Luis se entera de que hay novedades, porque al papá de su prometida le han nombrado para integrar una comisión que muy pronto va a salir para Levante, en donde se dedicará a redactar no sé qué extraño informe.

Clara tiene que irse a Valencia, porque ella y su tía no pueden dejar solo al padre.

—Y como lo suyo no está arreglado, pues, ya ves, se impone otra separación, esta vez muy larga. Luis, amor, ¿cuándo terminarás de arreglar tus cosas?

Candelas, en el papel de don Luis Alvarez de Cobos, no sabe qué responder. (¡Pues sí que están «sus» cosas como para arreglarse!)

—¿Vendrás mañana, amor mío?

—Sí, mañana volveré—responde el galán con voz triste.

Porque Luis Candelas, en esta etapa de recién recobrada libertad, va a ir todos los días a casa de Clara y a los salones de viso en donde inviten a Clara, porque a él, por su alcurnia, le invitan a todos. Va a ir todos los días porque quiere a Clara—ya no tiene por qué ocultarlo a sí mismo—y porque también la vida de la briba, en la taberna del «Cuclillo» o en donde sea, le da cien patadas, le carga, le pesa.

Paca le huele a aceite. Y las demás hembras habituales de la tasca de la calle Imperial no le dicen gran cosa.

Ha alquilado un piso lóbrego cerca del Portillo de Embajadorse. Así podrá alternarlo con su domicilio de la calle de la Estrella, que para muestra basta el botón del avispado «guindilla».

Una tarde, a los pocos días de su evasión, Mariano Balseiro va a visitarle y le dice que el horno no está para bollos. El marqués de Vilume está a punto de caer. Caerá si no encuentra a Candelas en un corto plazo de tiempo. El marqués redobla sus afanes. Toda la Policía de Madrid le busca, le olfatea, sueña con él.

—Creo que lo mejor que podrás hacer, por una temporada, es «darte el bote». Escoger un sitio tranquilo y «sanseacabó».

¡Ya está! ¡Valencia! ¡Clara! ¡El amor! Candelas no lo piensa más, y en cuanto el papá de su prometida anuncia el viaje, don Luis Alvarez de Cobos anuncia solemnemente que él también partirá para Levante. Sus cosas marchan despacio y de momento no es necesaria su estancia en Madrid. Clara llora de contento. La tía hipa de emoción. El padre sonríe, viendo cada vez más cercana la inmediata «colocación» de su hija.

Pero la partida se retrasa. Candelas continúa en Madrid y lleva una existencia ambigua, visitando todas las tardes a su novia y siendo visitado todas las noches por Balseiro, que le lleva los dineros suficientes para subsistir decorosamente y que le dirige, con increíble tacto, los manejos del chantaje a que tienen sometido a cierto propietario de un conocido balneario.

Así transcurre mucho tiempo, demasiado, meses y meses, que completan años y años, hasta dos, y que Candelas invierte en querer a Clara, en quererla como no quiso en su vida a otra mujer y en tratar de encontrar una solución para su existencia.

Se amarga cuando llega a la conclusión de que su vida ya no hay quien la enderece.

—Pues no, amor mío, mis cosas no terminan de arreglarse. ¡Con las ganas que tengo de regresar a mi tierra! Ya verás cómo te gusta...

Si en este tiempo Candelas ensaya algún trabajillo, no será por otra cosa que por no dar que pensar a su gente. Pero él ya le está perdiendo afición al oficio. Sólo piensa en Clara.

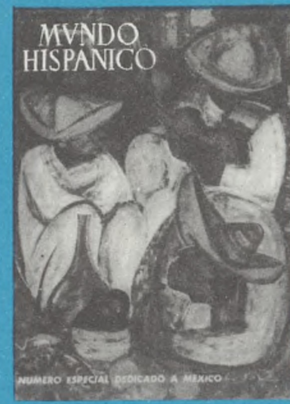
Al fin, cuando ya nadie pensaba en Valencia, se constituye la comisión en la que va a participar el papá de Clara. Candelas, o don Luis Alvarez de Cobos, se siente feliz cuando sale de Madrid.

Van a pasar algunos meses, hasta las Navidades de 1836, que Candelas verá transcurrir entre luminosidades mediterráneas. Luz y color valencianos suponen buen acompañamiento para el amor. Y las cosas de la vida, o las trastadas de su corazón, hacen que don Luis Alvarez de Cobos vegete en la luminosa Valencia en son de novio serio y circunspecto, de novio que tendrá que casarse muy pronto si no quiere que a su futura tía le dé un soponcio y a su futuro suegro se le acabe la paciencia.





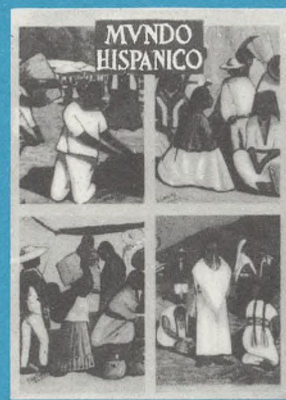




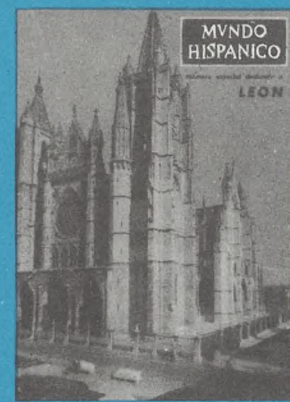






















MUNDO HISPANICO

LA REVISTA DE VEINTITRES PAISES

Alcalá Galiano, 4 — Teléfono 24 91 23 — MADRID — Apartado de Correos 245 — Direc. Teleg.: MUNISCO

ORDEN DE SUSCRIPCION

D. ....
....,
con residencia en ....,
calle de ...., *núm.* ....,
se suscribe a la revista MUNDO HISPANICO, por el tiempo de ...., *a partir del número de* ...., *y cuyo importe de* .... *pagará por anticipado contra* reembolso / recibo de la Admón. *(Táchese lo que no convenga.)*

.........................., *a* .... *de* .... *de 195*...

EL SUSCRIPTOR,

Dirección exacta para remitir la revista: ....
....

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA y PORTUGAL: anual, 160 pesetas; dos años, 270 pesetas.
AMERICA: anual, 5 dólares; dos años, 8,50 dólares.

ESTAN A LA VENTA LAS TAPAS PARA ENCUADERNAR LA REVISTA «MUNDO HISPANICO» DEL AÑO 1957

PRECIO: 70 PESETAS; A LOS SUSCRIPTORES LAS SERVIMOS AL PRECIO DE 60 PESETAS

También tenemos a la venta las TAPAS de los años 1948 a 1956

Para pedidos, dirigirse a la Administración de MUNDO HISPANICO, Instituto de Cultura Hispánica (Ciudad Universitaria), Apartado de Correos 245, MADRID (España), o a nuestros distribuidores: Ediciones Iberoamericanas, S. A., Pizarro, 19, MADRID (España)


ALMONEDA
OLMO